

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON



EL CASO DE
LOS HEREDEROS
ASUSTADOS

de

Virginia Baxter, secretaria de una famosa firma de abogados, es el único testigo vivo que diera fe de la autenticidad de las últimas voluntades del testamento firmado por Laretta de Trent. Pero Virginia ha sido acusada falsamente de tráfico de drogas y debe pedir ayuda al famoso abogado Perry Mason para que evite su condena. Ahora, Laretta ha sido asesinada en la carretera, después de casi ser envenenada. ¿Tiene dudas? ¡Piense tan sólo lo que el abogado de Virginia, Perry Mason, debe sentir!



Erle Stanley Gardner

El caso de los herederos asustados

Perry Mason - 74

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Horrificed Heirs*

Erle Stanley Gardner, 1964

Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALTON Ferris: Doctor del «Phillips Memorial», que cuida a la señora Trent.

ANDREWS Jack: Agente especial de la Brigada de Narcóticos.

BAXTER Virginia: Ex secretaria de un famoso abogado, que se ve envuelta en el caso Trent.

BRIGGS Dianne: Hermana de Lauretta Trent y casada con Boring.

BRIGGS Boring: Esposo de Dianne.

BURGER Hamilton: Fiscal general.

CASWELL Jerry: Representante del ministerio fiscal contra Virginia Baxter.

CORTLAND Albert: Juez de la primera causa contra Virginia Baxter.

DRAKE Paul: Detective, colaborador y fiel amigo de Perry Mason.

EAGAN George: Chófer particular de Lauretta Trent.

FISK Hallinan: Confidente de la policía.

FRITCH Anna: Enfermera particular de Lauretta Trent.

GRAYSON: Juez de la segunda causa contra Virginia Baxter.

KELVIN Maxine: Hermana de Lauretta Trent y casada con Gordon.

KELVIN Gordon: Esposo de Maxine.

MASON Perry: Famoso abogado criminalista.

MENARD George: Seudónimo de George Eagan y Fisk Hallinan.

STREET Della: Bella y active secretaria de Mason.

TRAGG G.: Teniente de la Brigada Criminal.

TRENT Lauretta: Dama de la alta sociedad, rodeada de parientes ávidos de su herencia.

PRÓLOGO

Lluvias torrenciales habían caído sobre Escocia, hinchando ríos y torrentes, desbordándolos de su cauce. Cuando uno de aquellos cursos de agua volvió a su antiguo lecho, entre el fango y el cieno de la orilla, quedó un envoltorio, no demasiado voluminoso.

Aquel atadijo contenía carne humana.

Emprendida la correspondiente investigación, dio por resultado el hallar en días posteriores más envoltorios de aquella índole, y ciertas circunstancias permitían suponer que algunos de ellos habían sido lanzados desde cualquier puente a las turbulentas aguas.

Aproximadamente un mes más tarde, después del primero de aquellos macabros hallazgos, fue encontrado un pie correspondiente a una pierna derecha, junto a una carretera y a cierta distancia del río, que discurría paralelo a ella.

Como es de suponer, todos los restos hallados mostraban un avanzado estado de descomposición.

Cuando se examinó el conjunto de los miembros, pudo determinarse que pertenecían a dos cuerpos. Ambas cabezas habían sido mutiladas mediante la extracción de los ojos y cortándoles las orejas, además de la nariz y los labios, y luego desolladas. Les habían sido arrancados todos los dientes y muelas.

Todos los indicios señalaban que una mano experta había descuartizado los cuerpos humanos en un intento de imposibilitar su identificación.

Durante mi estancia en Glasow tuve ocasión de discutir el caso con el distinguido y experto médico forense, cuya labor contribuyó en grado sumo a la detención de los asesinos. Su nombre es John Glaister y puedo afirmar que es un experto en jurisprudencia y en ciencia médica y tan hábil abogado como experimentado doctor en

ciencias y medicina. Las distinciones académicas recibidas, la posición conseguida en su larga y distinguida carrera, son pruebas más que suficientes para demostrar su valía, y sin duda mucho mejores que aquellos elogios que yo podría enumerar.

Bastará con afirmar que mediante su labor en aquel caso, tan misterioso como intrincado, marcó un hito en la concepción de la medicina legal. Los más relevantes detalles y pormenores de aquellos cuerpos fueron «reconstruidos» mediante razonamientos y métodos científicos y claros, así como determinantes deducciones que señalaron el lugar donde habían vivido, y en consecuencia coadyuvando eficazmente en la labor de aprehender a los asesinos.

Mi amigo el profesor Glaister es el autor de la obra *Medical Jurisprudence and Toxicology* (E. & S. Livingstone, Ltd., Edimburg & London — 11 Edition), una de las obras más claras, comprensivas y autorizadas en la materia. Los que deseen saber más detalles acerca de este asesinato tan sorprendente y de los procedimientos científicos empleados para la identificación de los cuerpos y consiguiente detención del asesino, hallarán en dicha obra amplia información.

El profesor Glaister es persona dedicada por completo a su profesión; su nombre y opinión son distinguidos y respetados. Ha contribuido en gran manera a desarrollar la ciencia que protege la vida, arrancando a la muerte muchos secretos. Es persona digna, libre de todo prejuicio o influencia, consagrado a hallar la verdad allí donde se encuentre e indiferente a donde puede herir.

Por ello dedico la presente obra a mi amigo, John Glaister, D. Sc.; M. D.; F.R.S.E

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

El asesinato no se perpetra sin motivo, como si dijéramos, en el vacío. Tiene un origen. Bien sea el producto de la pasión, de la avaricia, del odio, de la sed de venganza o quizá, también del miedo. La acción del asesino puede afectar la vida de muchas personas, completamente ajenas a su actuación, como las ondas que se forman al caer en el agua la piedra lanzada a un estanque, que lenta y paulatinamente van alejándose hasta alcanzar y morir en las más alejadas orillas.

Los primeros rayos del sol matutino penetraban por la amplia ventana de una habitación particular del hospital «Phillips Memorial», mientras el rumor de la calle, que durante la noche se había oído sólo como un lejano y leve zumbido, comenzaba a aumentar en volumen y ritmo. Resonaban los pasos de las enfermeras por los corredores, y a medida que avanzaba la mañana aumentaban también en su fuerza y frecuencia, indicación de la labor que sobre ellas pesaba.

Se lavaba a los pacientes, se tomaba y anotaban las temperaturas, se recogían muestras de sangre, mientras los carritos cargados con las bandejas de los desayunos, iban avanzando por los corredores, envueltos en el aroma del café y en los vapores de los platos de sopa de harina de avena, que se elevaban en el aire con gráciles inclinaciones y reverencias, como pidiendo perdón por su momentánea intrusión en el severo reino antiséptico, prometiendo que su presencia sería sólo cosa de pocos instantes.

Enfermeras enarbolando jeringas con agujas hipodérmicas, previamente esterilizadas, penetraban en las antesalas de los quirófanos para inyectar a los pacientes que allí aguardaban la dosis de la droga que aquietaría sus nervios y alejaría todos sus temores y aprensiones ante la próxima intervención a que serían sometidos, y

así aceptarían la anestesia sin resistencia.

Lauretta Trent se sentó en la cama y sonrió desmayadamente a la enfermera que acababa de entrar.

—Me siento mejor —dijo con voz débil.

—El doctor prometió pasar esta mañana, tan pronto termine de las operaciones —respondió la enfermera con una sonrisa que quería ser animadora.

—¿Indicó si podría ir a casa? —preguntó con ansiedad la enferma.

—Nada sé de ello, señora. Me permito sugerirle que se lo pregunte —repuso la enfermera, añadiendo seguidamente—. Pero no me cabe duda que durante algún tiempo tendrá que seguir una dieta severa. La última indisposición fue de cuidado; la verdad sea dicha, muy grave.

Lauretta suspiró al mismo tiempo que murmuraba:

—Daría cualquier cosa por saber cuál es la causa, porque he tenido sumo cuidado. Probablemente se me está desarrollando alguna alergia.

Capítulo 2

En la residencia de los Trent, que se alzaba en el centro de espaciosos prados como una reminiscencia de tiempos pasados, el ama de llaves estaba dando los últimos toques en el dormitorio de la dueña.

—Parece que la señora Trent regresará hoy —dijo dirigiéndose a la doncella—. El doctor ha pedido a su enfermera, Anna Fritch, que esté aquí para cuando llegue. Esta vez se quedará una o dos semanas.

—Es la suerte que tiene una —contestó displicente la doncella—. Precisamente esta noche que pensaba salir... tenía un compromiso muy particular.

En aquel momento un par de manos revolotearon, mejor que se movieron, encima del cuenco del lavabo y un ligero polvo blanco cayó en él desde una redoma, mientras una de aquellas manos abría uno de los grifos y el chorro de agua arrastraba el polvo por la tubería del desagüe. Ya no habría necesidad de aquellos polvos; su misión había terminado.

En toda la amplia mansión reinaba una expectación tensa que abarcaba a todos los que en ella residían: Boring Briggs, cuñado de Lauretta, y su esposa Dianne; Gordon Kelvin, otro cuñado de Lauretta, y Maxine, su esposa; el ama de llaves, la doncella, la cocinera, la enfermera, y el chófer George Eagan. Si bien a cada uno le afectaba por motivos distintos el inminente regreso de Lauretta Trent la suma total de ellos era lo que producía la expectante atención.

Ahora, terminadas las operaciones de la mañana en los diversos quirófanos y cuando los cirujanos habían vuelto a vestir sus trajes de calle, en la actividad del hospital «Phillips Memorial» se producía una pausa momentánea.

Los pacientes que habían sido sometidos a las intervenciones, se hallaban de nuevo en las antesalas de los quirófanos. Los que habían sido operados en primer lugar, comenzaban a despertar de la anestesia y eran llevados por diligentes ayudantes hacia sus respectivos lechos, mostrando sus rostros pálidos y cubierto el cuerpo por blanca sábana, los ojos cerrados y alguna que otra mueca, quizá de dolor, en los labios.

El doctor Ferris Alton, de estatura mediana, ligero, ágil, de estrecha cintura a pesar de sus cincuenta y cinco años, descendió por la escalera hacia el piso donde se hallaba la habitación de Lauretta Trent, cuyo rostro se iluminó de alegría al verlo entrar. La enfermera observó el cambio que experimentaba la paciente y mirando por encima del hombro vio al doctor; sin decir una palabra se deslizó hasta el pie de la cama a la espera de las posibles instrucciones.

—Vamos, parece que esta mañana usted se encuentra mejor —dijo el doctor sonriendo a su paciente.

—Es verdad, me siento muy bien. Como si nada me hubiera sucedido. ¿Podré hoy marcharme a casa, doctor?

—Desde luego, hoy se irá a su casa. Pero con una condición —advirtió el doctor Alton—. Durante una temporada estará con usted su antigua enfermera, Anna Fritch. Ya he dispuesto que le preparen el dormitorio adyacente al de usted, y esto significa que técnicamente estará de servicio las veinticuatro horas del día. Deseo que la mantenga en observación, porque considero que fue un error el que se marchara de su lado cuando hubo cesado su última indisposición. Sí, y también deseo que vigile su corazón.

La señora Trent asintió en silencio.

—Ahora voy a ser franco con usted —prosiguió con grave acento el doctor—. Lauretta, éste ha sido el tercer ataque de gastroenteritis que usted ha sufrido en ocho meses, y si bien esos ataques ya fueron bastante graves en sí mismos, debo advertirle que ahora lo que me preocupa es su corazón. Deben cesar esas, digamos, escapadas de la dieta. Deberá sujetarse estrictamente a ella.

—Sí, ya lo sé. Tiene usted toda la razón, doctor. Pero... alguna vez hay manjares tan... tan apetitosos...

Con serio gesto el doctor la contempló unos instantes en silencio y por fin, como si hubiera tomado una determinación, dijo

lentamente:

—Creo que cuando esté repuesta del todo lo mejor será que llevemos a cabo una serie completa de pruebas de alergia. Pero mientras tanto, usted va a tener sumo cuidado con usted misma, porque creo que es mi deber el advertirla que su corazón no resistirá otra indisposición como la que ha sufrido.

Capítulo 3

Las manos y los polvos habían llevado a cabo su misión. El camino había sido allanado; los preliminares habían terminado.

La vida de Laurretta Trent dependía de una mujer a la que sólo había visto una vez y esta mujer, Virginia Baxter, guardaba sólo un vago recuerdo de Laurretta Trent, cuando con ocasión de un trámite de rutina, propio de su trabajo, intercambió con ella algunas palabras.

Probablemente y después de algún esfuerzo, Virginia habría recordado la ocasión, momento y motivo de aquel breve encuentro o entrevista; pero en aquellos instantes el suceso estaba completamente inmerso y entremezclado con los diarios quehaceres y problemas habidos de un decenio de vida rutinaria.

Ahora Virginia seguía la corriente de pasajeros que al descender del avión desfilaban por delante de las azafatas del aparato.

—Adiós, señora.

—Adiós y gracias.

—Adiós, caballero.

—Adiós, gracias y feliz regreso.

—Gracias a usted, caballero.

La corriente humana siguió el acostumbrado camino pisando los asfaltados senderos del aeropuerto y penetrando por una rampa que en suave descenso desembocaba en una enorme sala donde campeaban las letras de la palabra «Equipajes» con una gran flecha que señalaba hacia una escalera mecánica. Virginia Baxter se puso encima de uno de los escalones y apoyó su mano derecha en la barandilla deslizante. Llevaba un pesado abrigo doblado sobre el brazo izquierdo y se sentía ligeramente fatigada.

A pesar de hallarse ya en los últimos treintañales, mantenía una silueta grácil y sabía vestir con discreta elegancia; pero a lo largo de

toda su vida había trabajado sin descanso, y ahora alguna ligera y fina arruga parecía querer asomarse junto a sus ojos y una sombra de pliegue parecía dibujarse a cada lado de la nariz. Cuando sonreía, su rostro se iluminaba con su encanto interior; pero cuando estaba en reposo las comisuras de los labios tendían a relajarse ligeramente.

Apeóse de la escalera y se encaminó hacia la plataforma giratoria por la que aparecerían los equipajes.

Habían llegado demasiado pronto, todavía no habían comenzado a llegar los equipajes, pero como una característica propia del temperamento de Virginia aquel detalle no la privó de ir con rápidos pasos y decidido ademán hasta el lugar donde tendría que aguardar varios minutos.

Por fin comenzaron a aparecer equipajes que eran llevados hasta allí por la correa transportadora, que iban siendo depositados en la plataforma que giraba lentamente. Los pasajeros que aguardaban comenzaron a coger sus pertenencias y los maleteros con los talones en la mano iban retirando pesadas maletas que seguidamente colocaban encima de las carretillas que tenían al lado.

El amontonamiento comenzó a menguar a los pocos minutos sólo quedaban unas pocas maletas encima de aquella plataforma. Partieron las carretillas; el equipaje de Virginia todavía no había llegado. Se dirigió a uno de los empleados, reclamando:

—Falta mi equipaje.

—¿Cómo es, señora? Quiero decir, ¿de qué se compone?

—Una maleta, color castaño, y una maletita oblonga, es decir, lo que llamamos «fin de semana».

—¿Por favor, señora permite que vea sus talones?

Ella le entregó los comprobantes solicitados. Luego de haberles echado una ojeada el empleado repuso:

—Creo que es mejor antes de comenzar cualquier investigación, que aguardemos unos instantes. Con frecuencia hay una segunda expedición de equipajes. A veces las carretillas no pueden cargar con todo en un solo viaje.

Virginia quedó aguardando con evidentes muestras de impaciencia. Al cabo de unos dos o tres minutos aparecieron otras cuatro maletas y maletines. Allí estaban las de Virginia y otras dos.

—¡Ésas son! ¡Ésas dos son las mías! —exclamó—. ¡Ésa de color

castaño, la grande y ese «fin de semana», el oblongo!

—Perfectamente, señora. Ahora las cogeré.

La maleta, seguida por el «fin de semana», continuó su camino hasta deslizarse en la plataforma giratoria. Segundos más tarde, el empleado las cogía y luego de comparar sus números con los de los talones las entregaba al maletero, que a su vez las colocó encima de la carretilla, echando a andar hacia la puerta.

En aquel momento, un hombre que hasta aquel entonces se había mantenido algo apartado dio unos pasos y colocándose junto al maletero, dijo:

—Un momento, por favor.

El maletero lo miró sorprendido y el individuo sacó del bolsillo interior de la chaqueta una cartera de piel y abriéndola mostró un escudo dorado, al mismo tiempo que decía:

—Policía. Dígame, ¿ha habido alguna dificultad con el equipaje?

—Ninguna —respondió el maletero sorprendido, añadiendo—. Nada de particular, excepto que al parecer las maletas no vinieron con la primera expedición de los equipajes.

—¿No ha tenido ninguna dificultad con su equipaje? —preguntó aquel individuo dirigiéndose esta vez a Virginia Baxter—. ¿Es suya esta maleta?

—Claro que es la mía.

—¿Está usted bien segura?

—Completamente. Esta maleta es mía y este «fin de semana» también. A aquel empleado le he mostrado los talones correspondientes.

—¿Podría describirme, darme un detalle del contenido de la maleta?

—¿Por qué?

—Por favor, ¿quiere hacerlo?

—Bien. Encima de todo hay un abrigo tres cuartos, café con leche, con un cuello de piel oscuro, una falda color...

—Creo que basta para demostrar que sabe su contenido —interrumpió aquel individuo, añadiendo—. ¿Tendría la bondad de abrirla para que pueda comprobarlo?

Virginia lo miró sorprendida y dijo:

—Bien, no tengo inconveniente alguno, pero supongo que se trata de algo correcto.

—¿Está cerrada con llave?

—No, únicamente con los cierres automáticos.

El hombre aquel apretó hacia los lados los pasadores y el maletero bajó la carretilla para que la maleta pudiera ser examinada sin dificultad alguna. Virginia levantó la cubierta y quedó sorprendida al ver su interior.

Allí estaba su abrigo tres cuartos, tan bien doblado como ella lo había colocado, pero junto al cuello de la prenda, había varios paquetes de materia plástica, transparente, que mostraba en su interior otros varios paquetitos, dispuestos con todo cuidado.

—Usted nada me ha dicho de esto. ¿Qué es? —preguntó el policía.

—Pues no lo sé. En mi vida los he visto.

Como obedeciendo a alguna señal previamente convenida, súbitamente apareció un individuo por detrás de una de las columnas del vestíbulo, con un aparato de fotografiar en la mano, y mientras Virginia todavía trataba de recuperarse de su sorpresa, sus ojos quedaron cegados por la llamarada del magnesio que frente a ella había disparado. Con profesional eficiencia el fotógrafo retiró la lámpara consumida, colocó otra y la fotografió junto a la maleta que allí estaba abierta. El maletero rápidamente se apartó unos pasos, para evitar ser fotografiado.

—Lo siento, señora, pero tendrá que acompañarme —dijo el policía.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó sorprendida Virginia.

—Bien, parece que se lo tendré que explicar todo. ¿Se llama usted Virginia Baxter?

—Sí. ¿Por qué?

—Hemos tenido una confidencia acerca de usted, advirtiéndonos que trata con narcóticos.

El fotógrafo impresionó otra placa y sin decir una palabra desapareció. Virginia le respondió:

—Bien; estoy dispuesta a ir con usted, si me promete que este asunto será aclarado inmediatamente. No tengo ni la más ligera idea de lo que contienen esos paquetes y jamás los he visto en mi vida.

—Lo comprendo, señora —repuso el agente con gesto serio—, pero tendrá que acompañarme a la jefatura de Policía. Allí

examinarán y analizarán su contenido.

—¿Y qué sucederá si son... narcóticos?

—Entonces tendremos que detenerla y pasar la denuncia correspondiente.

—¡Pero esto es un absurdo!

En lugar de contestar a su exclamación el agente se dirigió al maletero diciéndole:

—Por favor, traiga las maletas —al mismo tiempo que cerraba la que había inspeccionado, abrió el «fin de semana» y halló en su interior tarros de crema, un camisón, adminículos de manicura, frascos de loción y cosas similares.

—Bien —dijo cerrándolo de nuevo—, parece que su contenido es lo corriente, pero no dudo que en la jefatura querrán analizar los contenidos de todos estos preparados. Entregaremos ambas maletas.

Acompañó a Virginia hasta un automóvil negro que estaba aparcado ante la entrada y luego que el maletero hubo colocado en el portaequipajes las maletas, Virginia tomó asiento en la parte posterior del coche; el agente tomó el micrófono, diciendo:

—Agente especial Jack Andrews comunica que parte del aeropuerto hacia la jefatura con una detenida, sospechosa, y una maleta conteniendo material de índole desconocida para ser examinada. Hora: las diez y diecisiete minutos.

El agente colocó de nuevo el micrófono en su soporte, apartó el coche de la acera, guiándolo suavemente con mano experta, hacia la Jefatura de Policía.

Llegados a su destino, Virginia fue entregada a un agente femenino y con ella aguardó unos quince minutos hasta que llegó un funcionario que entregó a su guardiana un rimero de papeles, a los que les echó una ojeada, diciendo seguidamente a Virginia:

—¿Tiene la bondad de venir conmigo?

Virginia fue con ella hasta una mesa y la agente dijo:

—Su mano derecha, por favor.

La agente, antes de que Virginia se percatara de lo que iba a hacer, tomó su mano derecha y cogiéndole el pulgar lo apretó contra un tampón y seguidamente estampó su huella dactilar encima de una hoja de papel blanco que allí estaba dispuesta.

—Bien. Ahora el otro dedo —dijo la funcionaria.

—¡De ninguna manera! —exclamó Virginia retirando la mano—.

¿Cómo se atreve usted? ¿Por qué?

—Vamos; no me cree dificultades —replicó la agente—. Déme su índice.

—¡Me niego! ¿Pero qué es lo que yo he hecho? ¿Por qué me tratan así? —exclamó Virginia.

—Tiene el derecho a hacer una llamada telefónica —le explicó la funcionaria, sugiriéndole inmediatamente—. Puede llamar a un abogado, si lo desea.

Aquellas palabras despertaron un recuerdo en Virginia.

—Por favor, déme una guía de teléfonos. Deseo llamar a la oficina de Perry Mason.

Pocos minutos más tarde, Virginia hablaba con Della Street, la secretaria de confianza de Mason.

—Deseo hablar con Perry Mason, por favor.

—¿Tiene la bondad de decirme de qué se trata? —inquirió Della Street, y notando el acento de ansiedad de su interlocutora añadió —: Quizás yo pueda ayudarla.

—Me llamo Virginia Baxter. Durante muchos años, hasta su fallecimiento, fui la secretaria del señor Delano Bannock, abogado, y en la oficina de mi jefe atendí un par de veces al señor Mason. Seguramente que me recordará. Dígame que era su secretaria y recepcionista.

—Lo comprendo, señorita Baxter. Ahora, por favor, dígame, ¿qué le sucede?

—He sido detenida por haber hallado narcóticos en mi poder, cuando la pura verdad es que no sé de qué se trata. Necesito hablar inmediatamente con el señor Mason.

—Un momento —fue la escueta respuesta.

A los pocos instantes la profunda y bien modulada voz de Perry Mason sonaba en el auricular.

—¿Dónde se halla ahora, señorita Baxter?

—En la Jefatura de Policía.

—Dígales que se reserva todos los derechos de actuación, por favor. Nada más. Voy hacia ahí inmediatamente.

—¡Oh, gracias, muchas gracias! Es que, sabe usted... no tengo ni la más ligera idea de lo que ha sucedido, porque...

—No intente explicármelo por teléfono. No diga nada a nadie, niéguese a cualquier declaración y dígales que voy inmediatamente.

Que soy su abogado. ¿Qué fianza piden? ¿Podría prestada usted?

—Yo... si no es demasiado... Tengo alguna cosa.

—Bien. Tranquilícese, que voy inmediatamente. Pediré que la presenten al magistrado más próximo y allí discutiremos el asunto. Hasta ahora.

Capítulo 4

Perry Mason entró en la pesadilla de Virginia Baxter, desgarrando aquella telaraña de irrealidad y terror.

—Bien, el magistrado ha fijado una fianza de cinco mil dólares. ¿Puede conseguirlos? —comenzó preguntando Mason.

—Tendré que disponer de toda mi cuenta corriente, de la cuenta de ahorro para la vivienda, y solicitar un préstamo —contestó Virginia.

—Siempre será mejor que aguardar en la cárcel —observó Mason, y seguidamente dijo—: Ahora dígame exactamente lo sucedido.

Virginia le contó con todo detalle lo que le había sucedido aquella mañana.

—Vamos a ver. Usted llegó en avión. ¿Desde dónde?

—Desde San Francisco.

—¿Qué hizo en aquella ciudad? ¿Por qué fue allí?

—Fui a visitar a mi tía. Últimamente la he visitado con cierta frecuencia, envejece, no disfruta de buena salud y se encuentra sola. Mis visitas son un consuelo para ella.

—¿Qué hace ahora? ¿Trabaja?

—No continuamente. No me he empleado en lo que podríamos llamar en forma continua desde la muerte del señor Bannock. Me he ocupado en trabajos ocasionales.

—¿Debo deducir que tiene usted ciertos ingresos?

—Sí —explicó ella—. Excepto un hermano, el señor Bannock no tenía familia y en su testamento me hizo un legado. Se trata de una propiedad en Hollywood que produce...

—¿Cuánto tiempo estuvo usted empleada con Bannock? —la interrumpió Mason.

—Quince años. Comencé a trabajar con él a los veinte.

—¿Está usted casada?

—Lo estuve... pero no prosperó.

—¿Divorciada?

—No. Estamos separados desde hace algún tiempo.

—¿En relaciones amistosas con su esposo?

—No.

—¿Cómo se llama?

—Colton Baxter.

—¿Ha adoptado de nuevo el apelativo de «señorita»?

—Sí, porque así parece que es más fácil conseguir una plaza de secretaria.

—Bien. En resumen. Usted fue a visitar a su tía. Tomó aquel avión para regresar. ¿Qué sucedió con el equipaje? ¿Recuerda algo fuera de lo corriente con relación al mismo?

—Puess... no. ¡Un momento! Sí, tuve que pagar un exceso de peso del equipaje.

La mirada de Mason mostró un súbito interés.

—¿Pagó usted un exceso de equipaje?

—Sí.

—¿Tiene usted el recibo?

—Fue unido a mi billete. Tiene que estar en mi bolso. Me lo quitaron cuando fui detenida.

—Ya nos lo devolverán. Continuemos. ¿Viajaba usted sola?

—Sí.

—¿Recuerda algún detalle de la persona que estaba sentada junto a usted?

—Era un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años, podría decir bien vestido... y ahora al recordarlo... pues era... tenía un aire frío. Algo peculiar, como quebradizo, no sé cómo expresarlo... no era un tipo de los que corrientemente se encuentran como compañero de viaje. Me es difícil explicarlo.

—¿Lo reconocería si lo viera de nuevo? —preguntó Mason.

—Seguramente, sin duda alguna.

—¿Cree que podría identificarlo si lo viera en una fotografía?

—Creo que sí podría hacerlo, si se trata de una buena fotografía.

—¿Llevaba sólo una maleta?

—No. También había un neceser, eso que se llama un «fin de semana». Tiene la forma oblonga y contenía perfumes, lociones; en

fin, útiles de tocador.

—¿Qué sucedió con el equipaje?

—Pues se lo quedaron los empleados del aeropuerto. A la llegada por la correa transportadora apareció en primer lugar la maleta. El maletero la cogió y seguidamente echó mano del «fin de semana». En aquel momento surgió de no sé dónde un hombre, y luego de haberme mostrado su credencial de policía me preguntó si tenía algún inconveniente en que echara un vistazo a mi maleta porque había habido ciertas perturbaciones en la entrega de equipajes. Como que mi equipaje se había retrasado bastante en la entrega, creí que era algo relacionado con ello.

—¿Qué le dijo usted a él?

—Le expliqué lo que contenía la maleta y que podía examinar su contenido.

—¿Puede usted recordar algún detalle más de la conversación?

—Sí. En primer lugar me preguntó si era mi maleta y yo le contesté que sí. Entonces me pidió que le explicara su contenido para así establecer sin lugar a duda que era de mi propiedad. Describí lo que en ella había y él me dijo que era suficiente para comprobarlo.

Mason guardó silencio unos instantes, mirando ante sí con el ceño fruncido.

De pronto, preguntó de nuevo:

—¿Su equipaje, es decir, para precisar, las dos maletas, juntas pesaban más de veinte kilogramos?

—Sí. Juntas pesaban veintitrés kilogramos. Pagué una tasa de sobrepeso de tres kilogramos.

—Creo que va a necesitar todo el dominio que pueda ejercer sobre sí misma. Es decir, va a sufrir una experiencia desagradable; pero quizá consigamos ir hacia delante por uno o bien otro camino.

—Lo que no entiendo —repuso ella— es cómo aquellos paquetes llegaron a mi maleta. Es verdad que fue lo último, puede decirse, que llegó del avión, pero parece imposible que alguien se haya atrevido a manipular en ella mientras la llevaba desde el avión a la sala de equipajes.

—Hubo muchos momentos propicios para manipular con ella —observó Mason—. Luego de haberla entregado usted y antes de que fuera cargada en el avión, cualquiera hubiese podido abrirla y

haber colocado en su interior los paquetes. Tampoco sabemos dónde fue colocada una vez llegó a bordo del avión y si durante el vuelo ya fue colocada en ella la mercancía. Luego, a la llegada se produjo aquella demora. Esto indica que quizá la maleta se hallaba al fondo del departamento de equipajes a la espera de otra carretilla donde cargarla. Ahora bien, estos aviones están contruidos en forma que el equipaje se carga y descarga por el costado opuesto por el que entran los pasajeros. Quizá dejaron la maleta en el suelo de la pista, hasta que llegara la segunda carretilla, y allí, sin mucha dificultad, pudo ser abierta y colocados en su interior esos paquetes de narcóticos.

—Pero... ¿por qué?

—Ésa es la pregunta —contestó Mason con un suspiro, agregando—: Probablemente se trata de alguien que trafica con narcóticos. Quizá recibió un aviso advirtiéndole que su equipaje iba a ser registrado. Se le ocurrió colocar el contrabando en su maleta y luego un cómplice telefoneó a la policía advirtiéndoles que la mercancía se hallaba en la maleta de una tal Virginia Baxter. Debíó darle todos los detalles de su persona; porque no cabe duda que el agente que allí la aguardaba con la excusa de examinar su equipaje, tenía una buena descripción de usted y la localizó tan pronto salió de la escalera mecánica.

Mason guardó silencio de nuevo y al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Cómo podían saber su nombre? ¿Lo llevaba acaso inscrito o marcado en la maleta? ¿Iniciales o bien nombre entero?

—Colgando de una de las anillas de la empuñadura hay un tarjetero y en él una tarjeta mía con mi dirección: 422, Eureka Arms Apartments.

—Bien. Nada más. Vamos a depositar la fianza. Procuraré que su caso sea visto ante el tribunal a la mayor brevedad posible. Por lo menos forzaremos a que la policía muestre su juego. Creo que todo habrá sido el resultado de algún error y que podré arreglarlo sin demasiadas dificultades; pero usted tendrá que soportar algunas molestias.

—Pero, dígame —objetó ella con cierta aprensión—. Allí había también un fotógrafo y tiró varias placas. ¿Cree usted que apareceré en los periódicos?

—¿Un fotógrafo? —preguntó a su vez Mason, asombrado.

Ella asintió en silencio.

Mason contrajo el rostro con una mueca, al tiempo que decía:

—Esto indica que se trata de un asunto con bastantes aspectos que desconocemos y más siniestro de lo que al principio me figuraba. No es ningún error. Sí, saldrá en los periódicos.

—¿Nombre, dirección y todo lo demás?

—Con nombre, dirección y fotografía de cuerpo entero —contestó Mason con serio acento, y añadió—: Prepárese para ver su propio rostro con gesto de sorpresa, y al pie de la fotografía un comentario, como por ejemplo: «Ex secretaria de abogado acusada de tráfico de narcóticos».

—¿Pero cómo podía estar aguardando allí el fotógrafo de un periódico?

—Ésa es la cuestión, pero tenga presente que algunos policías gustan de la publicidad y en compensación, cuando van a llevar a cabo algún servicio especial, como por ejemplo el arresto de alguna mujer joven y bonita, lo comunican a los periódicos amigos. Los periódicos comentan el caso y el policía ve su nombre en la Prensa con cierto elogio. Ahora prepárese a leer que los narcóticos que hallaron en su maleta tienen un valor muy elevado, digamos el precio de detalle aumentado en algunos miles de dólares.

El rostro de ella mostró vivas muestras de desconsuelo.

—¿Y una vez demostrada mi inocencia? ¿Qué sucederá?

—Probablemente nada de particular. Quizás algunas líneas en una página secundaria.

—Pero seré absuelta, ¿verdad? —preguntó con ansia.

—Señorita, yo no soy nada más que un abogado, no un adivino. Haremos lo posible y cuanto en nuestra mano esté para conseguido —respondió Mason.

Capítulo 5

Mason acompañó a Virginia Baxter hasta el asiento que le correspondía ocupar ante el tribunal.

—Procure tranquilizarse y dominar esos nervios —le dijo con voz mesurada.

—Es más fácil decirlo que conseguirlo. Es como si a una persona transida de frío se le dice que no tirite. No puedo evitarlo, estoy temblando como una hoja, aunque me esfuerzo en ocultarlo. Me parece que estoy llena de mariposas.

—Éste no es más que un juicio rutinario, lo que se denomina preliminar. Casi siempre es el primer paso para que la causa se vea ante un tribunal superior pero cuando esto sucede, por lo general, el juez aumenta el importe de la fianza y alguna vez la cantidad señalada puede decirse que es prohibitiva. Esta eventualidad también debe tenerse presente.

—Si me aumentan la fianza no podré hacer frente a ella, a menos que venda mi propiedad con una grave pérdida.

—Ya me lo figuro. Lo único que he querido advertirle es de lo que puede suceder, pero esto no quiere decir que haya de suceder necesariamente. No obstante, una propiedad a su nombre puede influir en el juez en la fijación de la fianza.

—Usted no tiene mucha confianza en que todo termine con esta audiencia preliminar, ¿verdad?

—Como ya le he explicado antes, casi es de puro trámite, y con mayor motivo si el fiscal quiere continuar el caso ante un tribunal superior. Pero algunas veces se consigue una sentencia definitiva. Es algo casi excepcional pero esta vez voy a probar si consigo presentarla a usted en circunstancias tan favorables, que dicte una sentencia en firme.

—¡Esa horrible fotografía, con sus comentarios! —casi sollozó

ella.

—Desde el punto de vista del director del periódico es una fotografía soberbia, y yo... pues creo que no es mala. Muestra su sorpresa y consternación. Casi estoy por decir... que le favorece, claro, desde el punto de vista procesal.

—Pero ha destrozado mi reputación. ¡Si supiera cómo me evitan los amigos!

Iba a contestar Mason, pero en aquel momento se abrió la puerta del despacho del juez, y el abogado, inclinándose hacia ella, le dijo en voz baja:

—Póngase de pie.

Todos los que se hallaban en la sala se levantaron cuando entró el juez Cortland Albert, que pausadamente ocupó su sitio al mismo tiempo que echaba una ojeada a la acusada.

—Este tribunal ha sido convocado para la vista preliminar del proceso del Estado contra Virginia Baxter. ¿Están ambas partes dispuestas para procedimiento? —preguntó el magistrado.

—La defensa está dispuesta —contestó Mason.

Jerry Caswell, uno de los más jóvenes letrados de la fiscalía y que con frecuencia era destinado a representarla en los juicios preliminares, algo ambicioso y siempre procurando atraerse la atención y simpatía de sus superiores, también estaba de pie y con enfático gesto y dramático tono, respondió a su vez:

—¡La fiscalía «siempre» está dispuesta!

Dejó transcurrir unos instantes antes de sentarse de nuevo.

—Llame a su primer testigo —dijo entonces el juez Albert con mesurado tono.

Caswell llamó al maletero del aeropuerto.

—¿Conoce a la acusada?

—Sí, señor. La he visto antes.

—¿El diecisiete del corriente mes?

—Sí, señor.

—¿Es usted uno de los maleteros del aeropuerto?

—Sí, señor.

—¿Se gana usted la vida transportando equipajes?

—Sí, señor.

—Bien... dígame, ¿el diecisiete del corriente mes, la acusada le entregó una maleta?

—Sí, señor. Así fue.

—¿La reconocería si la viera de nuevo?

—Sí, señor. Con absoluta seguridad.

Caswell hizo un gesto a un agente de la policía, que se adelantó con la maleta.

—¿Es ésta?

—Sí, señor.

—Ruego que esa maleta sea marcada y señalada como «Prueba A» del Estado, para su posterior identificación —dijo Caswell.

—Procédase a ello —decretó el juez.

—¿La acusada aseguró y afirmó que era su maleta?

—Así fue, señor.

—¿Estaba usted presente cuando la maleta fue abierta?

—Sí, señor.

—¿Había algo más que las prendas de vestir corrientes?

—Había unos paquetes, de plástico, quiero decir transparentes.

—¿Cuántos? ¿Lo sabe usted?

—No los conté. Pero eran bastantes. Varios.

—Bien, esto es todo —exclamó Caswell, y dirigiéndose a Mason le dijo—: Puede interrogarlo.

—¿La acusada afirmó que esa maleta era suya?

—Sí, señor.

—¿Le dio a usted el talón correspondiente?

—Sí, señor. Así lo hizo.

—¿Comparó usted, quiero decir si comprobó el número de registro del talón con el de la maleta?

—Sí, señor. Así lo hice.

—¿Cuántos talones le dio la acusada?

—Me dio dos.

—¿A qué concernía el segundo talón?

—A uno de esos maletines de señora donde llevan cosas de tocador, eso que llaman un «fin de semana». También me hice cargo de él.

—¿También fue abierto?

—Sí, señor.

—Bien, volvamos a la maleta y le ruego recuerde lo que sucedió inmediatamente antes de ser abierta. ¿Hubo cierta conversación con una determinada persona que se identificó como agente de la

policía?

—Sí, señor. El oficial Jack Andrews mostró a la señorita sus credenciales preguntándole seguidamente si aquella maleta era la suya.

—¿Qué respondió la señorita?

—Dijo que efectivamente era suya.

—Entonces..., ¿qué dijo a su vez Andrews?

—Le preguntó si podía abrirla.

—¿Fue ésa toda la conversación?

—Bien, eso fue, puede decirse, el resumen.

—No deseo saber el resumen —replicó Mason, añadiendo—: Estoy preguntando acerca de lo que se dijo en aquella conversación. Vamos a ver. ¿No es cierto que él preguntó a ella si estaba segura que aquella era su maleta y si podría identificarla describiendo las prendas o cosas que contenía?

—Eso es, sí, señor. Eso fue lo que le preguntó.

—¿Y luego él pidió a ella que abriera la maleta para que pudiera comprobar que aquél era efectivamente su contenido?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Y qué sucedió con el maletín, ese «fin de semana»? ¿Le pidió también que lo identificara?

—Únicamente le preguntó si también le pertenecía.

—¿Contestó ella afirmativamente?

—Sí, señor.

—¿Y luego también fue abierto?

—Sí, señor. Él lo abrió.

—¿Eso fue todo lo que sucedió?

—Hubo más. Cuando las maletas estuvieron cerradas de nuevo, él se llevó a la señorita al coche y yo coloqué las maletas en el portaequipajes.

—Ahora sírvase examinar esta fotografía que muestra a la acusada y a la maleta. Fue publicada en la edición vespertina de un periódico local.

Al oír aquello el representante del fiscal, exclamó:

—Protesto, porque es algo que no está relacionado con el proceso, por ser irregular el introducir esa fotografía en el juicio y mencionada en el interrogatorio.

—Ruego al representante del fiscal que tenga presente que éste

es sólo un juicio preliminar y le aseguro que por nuestra parte sólo nos guía el propósito de esclarecer lo sucedido.

—No ha lugar a reclamación. Continúe el interrogatorio — decretó el juez Albert con su pausada voz.

—¿Estaba usted presente cuando fue tomada esta fotografía?

—Sí, señor.

—¿Vio usted al fotógrafo?

—Perfectamente.

—¿De dónde vino? ¿Cómo llegó hasta ustedes?

—Estaba escondido detrás de una de las columnas.

—¿Hemos de entender que en cuanto fue abierta la maleta acudió inmediatamente con su aparato?

—Así fue, sí señor. Apareció de pronto por detrás de la columna con su aparato preparado, y... ¡Has!... ¡Has!... ¡Has!..., en un instante tomó tres fotografías.

—¿Y luego...? ¿Qué sucedió?

—Echó a correr, desapareciendo seguidamente.

—Ruego a la Sala —exclamó Caswell— que todo este interrogatorio concerniente a la fotografía no conste en el sumario. Ha quedado bien demostrado que no está relacionado con los hechos que aquí se examinan.

—Con la venia de la Sala —replicó Mason, diciendo a su vez—: Creo que, por el contrario, que esta fotografía nos demuestra que no fue un registro casual. Todo indica que el oficial de la policía estaba allí ya con un propósito determinado y sabía de antemano qué es lo que iba a encontrar y dónde buscarlo. Incluso pasó el oportuno aviso a un redactor de algún periódico amigo, y si la Sala quiere leer la noticia que el periódico publica acerca de la detención, comprenderá, porque bien manifiesto está, que el periódico a su vez agradece el aviso pasado, haciendo cierta publicidad acerca del oficial que llevó a cabo el servicio.

El juez Albert, por más que se esforzó, no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Señoría! Ruego a Vuestra Señoría que no permita tales afirmaciones. ¡Protesto por ellas, Señoría! —exclamó el representante del fiscal.

—Pero tenga presente mi distinguido colega que sólo se trata de una desinteresada argumentación —dijo Mason con calma.

—¿Una argumentación? ¿Con qué propósito? —preguntó Caswell.

—Para demostrar la importancia del testigo. Para demostrar que el agente de la policía estaba actuando a consecuencia de alguna confidencia o noticia recibida y el propósito de esta defensa es averiguar qué clase de información era ésta, de dónde procedía y quién la proporcionó.

Un gesto de disgusto apareció en el rostro de Caswell. Por su parte, el juez Albert, sonriendo benévolaemente, dijo:

—Debo advertir que cuando la defensa comenzó ese interrogatorio ya me supuse cuál era su propósito. Lo siento, pero queda denegada la petición del fiscal. ¿Ha de continuar el interrogatorio, señor Mason?

—No, Señoría.

—¿No tiene otras preguntas que hacer?

—No, Señoría. He terminado con este testigo.

—Bien. Que comparezca el siguiente.

Caswell dijo en voz alta:

—¡El oficial de la policía Jack Andrews!

Después de que le hubieron tomado el juramento, Caswell se dirigió hacia él e inició el interrogatorio, preguntándole:

—¿Su nombre, por favor?

—Jackman. J-a-c-k-m-a-n —deletreó— Andrews. Generalmente se me conoce por Jack Andrews, pero Jackman es mi apellido.

—Con relación a la maleta que ahí está marcada como «prueba A del Estado» sírvase indicarnos cuándo la vio por vez primera.

—Cuando la acusada se la señaló al maletero que acaba de declarar.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me acerqué a ella y le pregunté si aquella maleta era suya.

—¿Y qué más?

—Le pregunté si tenía inconveniente en que comprobara su contenido. Me contestó que ninguno.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Abrí la maleta.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré cincuenta paquetes de...

—¡Un momento! —interrumpió Mason de súbito—. Ruego a la

Sala que considere que la pregunta ya ha sido contestada. El testigo ha contestado que halló cincuenta paquetes. Ahora, por lo que concierne a su contenido, me permito opinar que es otra cuestión y debe ser el motivo de otra pregunta.

—Bien, si la defensa desea seguir el camino más largo, la acusación está pronta a colaborar. Formulo pues la pregunta. ¿Se hizo cargo de los paquetes aludidos?

—Me hice cargo de ellos.

—¿Cuidó de que fuera examinado su contenido, quiero decir qué sustancia contenían?

—Sí, señor.

—¿Qué contenían?

—Con la venia de la Sala —interrumpió de nuevo Mason—. La defensa se ve obligada a interponer una objeción basada en que la pregunta no es adecuada, es improcedente y tendenciosa. La defensa parte del punto de vista que los paquetes en cuestión eran y son una propiedad privada requisada y secuestrada en forma ilegal en procedimiento y forma. En relación con todo ello, ruego se me permita interrogar al testigo.

—Siempre que sus preguntas estén relacionadas con lo que ha declarado hasta ahora el testigo y —recalcó el juez— no más allá, puede interrogarlo.

—¿Poseía usted una orden de registro? —preguntó Mason dirigiéndose al testigo.

—No, señor. No había tiempo suficiente para conseguirla.

—Así, sin otro trámite, usted se fue allí. ¿No es eso?

—Efectivamente, pero me permito advertirle acerca del hecho que pregunté a la acusada «si tenía alguna objeción en contra» de que examinara su maleta. Ella me respondió que hiciera lo que creyera conveniente.

—Permítame —objetó Mason, y prosiguió con voz clara—. Está usted dando cuenta de un resumen de la conversación de acuerdo con sus propias conclusiones. ¿Podría recordar las palabras exactas que intercambiaron?

—Puedo declarar que las palabras que he subrayado, son precisamente las que yo dije.

—¿Le dijo usted que deseaba examinar su maleta?

—Sí, eso es lo que le dije.

—Perdone que insista y me permito recordarle que se halla bajo juramento. ¿Le dijo usted que deseaba registrar su maleta o bien si ella podía identificar y describir su contenido?

—Yo le pregunté si aquella era su maleta y ella me contestó en sentido afirmativo; entonces le pregunté si podía describir su contenido y ella lo hizo.

—Y luego seguidamente usted le preguntó si tenía algún inconveniente en abrir la maleta «para mostrarle a usted el contenido descrito». ¿Fue así?

—Así fue. Sí, señor.

—¿Pero usted no le manifestó que sus intenciones eran «registrar» la maleta?

—No.

—¿Le dio ella permiso para registrar la maleta?

—Dijo que estaba conforme en abrirla.

Insistió:

—¿Le dio ella permiso para «registrar» la maleta?

—Le dije que deseaba que fuera abierta y ella respondió que no tenía inconveniente.

—No responde a mi pregunta, agente. ¿Le dio ella permiso para registrar la maleta?

—Bien, pues... creo que la palabra «registro» no fue mencionada.

—Perfectamente. Eso exactamente es lo que quería precisar. Gracias. Pasemos a otro aspecto. Usted fue a esperar a mi defendida al terminal del aeropuerto a consecuencia de un aviso o confidencia recibida. ¿No es así?

—Pues... sí, así fue.

—¿Quién dio el aviso o pasó la confidencia?

—No estoy autorizado para comunicar o explicar nuestro sistema o fuentes de información.

—Con la venia, Señoría —dijo Mason dirigiéndose al juez—. Teniendo presente las normas acostumbradas ante este Tribunal, debo manifestar que a mi juicio el testigo debía tener muy bien fundadas razones o motivos para querer registrar la maleta. Ahora bien, hay que convenir que un aviso anónimo o bien una confidencia procedente de una persona que él no conoce, no constituyen motivos suficientes o fundamentados para proceder al

registro. En consecuencia, creo que mi cliente tiene razón más que sobrada para que el testigo explique qué es lo que le impulsó a registrar su maleta.

Con ceño fruncido, el juez Albert se dirigió al testigo preguntándole:

—¿Se niega usted a revelar el nombre de la persona que le dio el aviso o le pasó la confidencia?

—El aviso no lo recibí yo directamente. Me fue transmitido por uno de mis superiores. Se me ordenó que marchara inmediatamente al aeropuerto, aguardara a su llegada y que consiguiera su permiso para ver lo que contenía la maleta. Si no conseguía el permiso, debía mantenerla bajo vigilancia hasta que se consiguiera la orden de registro.

El juez Albert meditó unos instantes y luego expresó su opinión en voz alta:

—Se ha producido una situación muy singular. Al parecer la acusada no dio ningún permiso para «registrar» su maleta; pero sí su consentimiento para abrirla, con el único propósito de demostrar que contenía determinados artículos u objetos. Lo repito, es una situación muy delicada.

—Señoría, es mi deseo demostrar, sin lugar a dudas y en el curso de la presente vista, la completa inocencia de mi cliente. Por esta razón solicito la venia de la Sala para continuar el interrogatorio.

—Prosiga —dijo el juez.

Mason se volvió hacia el testigo y le preguntó:

—Usted retiró cincuenta paquetes de aquella maleta, ¿no fue así?

—Sí, señor.

—¿Están aquí, en la sala?

—Sí, señor.

—¿Los pesó?

—¿Pesados? No, señor. Los contamos y los guardamos. Nada más.

—Bien. ¿No había además un maletín, uno de esos que llaman «fin de semana»?

—Sí, señor.

—¿Pidió a la acusada que lo identificara?

—Dijo que era suyo. Tenía el correspondiente talón.

—¿Le preguntó usted acerca de su contenido?

—No.

—¿Le preguntó si estaría dispuesta a abrirlo?

—No, señor.

—¿Pero usted lo abrió y lo registró?

—Sí, señor, pero nada hallamos que nos llamara la atención.

—¿No le pidió permiso para abrir el maletín?

—No recuerdo habérselo pedido.

—¿Debo entender que lo abrió sin más requisitos?

—Fue después de haber hallado en la maleta los paquetes de...

Mason levantó la mano con gesto admonitorio al mismo tiempo que decía:

—Recuerde que nada debe decir de su contenido... todavía. Lo denominaremos «los cincuenta paquetes». ¿Dónde está ese maletín?

—Lo tenemos aquí.

—Teniendo presente que usted ignora lo que pesan los cincuenta paquetitos tampoco sabe lo que pesa la maleta sin ellos, ¿verdad?

—Así es.

—¿Sabía que mi defendida había pagado un exceso de peso de su equipaje?

—Sí, señor.

—¿Usted no lo ha pesado?

—No, señor.

—Me permito sugerir y rogar a la Sala que ambas maletas sean pesadas ante el tribunal, Señoría.

—¿Qué se propone con ello el abogado defensor? ¿Cuál es su finalidad? —preguntó el juez Albert.

—Si la báscula o balanzas demuestran que ambas maletas pesan veintitrés kilogramos «sin los paquetes» será una concluyente prueba de que alguien introdujo lo que fuera en la maleta «cuando no estaba en poder de mi cliente».

—Este tribunal considera que es un extremo digno de ser comprobado —declaró el juez Albert, y continuó—. En consecuencia, suspenderé la vista durante diez minutos y durante este tiempo el alguacil de la sala traerá una báscula o balanzas convenientes para pesar las maletas.

—Pero nunca podrá ser una evidencia —protestó Caswell—. Sólo tenemos la palabra de la acusada, que nos ha asegurado que

pesaban veintitrés kilogramos; pero ha estado en libertad provisional merced a la fianza y no sabemos si ha retirado algo de esas maletas.

—¿Pero durante todo este tiempo no han estado ambas bajo custodia de la policía? —preguntó el juez Albert.

—Sí, mas no existe ninguna norma legal que le impidiera retirar algún objeto de las maletas.

—Vamos a ver si aclaramos este extremo. ¿Retiró o no retiró alguna cosa de las maletas desde el momento que la policía se hizo cargo de ellas?

—No lo sé, Señoría.

—Si el representante del fiscal no sabe si retiró algo de las maletas, tampoco sabe si alguien introdujo algo en ellas —comentó con incisivo acento el juez Albert, añadiendo seguidamente—. Se suspende la vista durante diez minutos, que el tribunal se retire y durante el intervalo el alguacil cuidará de traer la báscula o balanzas convenientes.

Acto seguido se levantó de su sitio y se retiró de la sala.

Mason salió apresuradamente y en la antesala se abalanzó sobre un teléfono, llamando al departamento de prensa y diciendo:

—El juez Cortland va a proceder a una prueba desacostumbrada. Va a «sopesar» la evidencia en la causa contra Virginia Baxter.

—¿Pero es que acaso no las «sopesa» siempre? —fue la aguda pregunta, como respuesta.

—Hablo en serio. Esta vez va a utilizar una báscula o unas balanzas.

—¿Qué?

—Como se lo digo y lo oye. Dentro de diez minutos. Si les interesa presenciarlo dense prisa. Será algo interesante.

—¿En qué sala se celebra la vista?

Mason se la indicó.

—Caramba. Vamos ahí. Pero si pudiera retrasarlo un poco se lo agradeceríamos —exclamó el periodista.

—En eso sí que no puedo ayudarle, porque tan pronto el juez tenga ante el tribunal las balanzas o lo que sea para pesar, procederá a efectuado. El alguacil ya las trae.

Sin añadir una palabra más, Mason colgó el auricular.

Capítulo 6

En la estancia vecina se hallaban sentados Virginia Baxter y Mason, mientras éste le decía:

—Le advierto que estoy jugando una partida confiando en que usted me contó la verdad, sin omitir detalle. Pero si me ha mentido, le pesará.

—No le he mentido, señor Mason.

—Así lo espero, porque recuerde que cuando la detuvieron la prensa publicó en primera página una fotografía dramática, mostrando el rostro de una ex secretaria de abogado cuando era arrestada por sospechosa de traficar con narcóticos. Si ahora es absuelta todo lo más que puede esperar es una breve nota de cinco o seis líneas en cualquier página interior. Pero en esta ocasión voy a vindicar su nombre en forma tan dramática que volverá a aparecer en primera página y todo el mundo recordará aquella historia de su injustificado arresto. Pero si me ha mentido, la prueba que va a tener lugar la crucificará para siempre.

—Señor Mason, de nuevo le aseguro que le he dicho toda la verdad. ¿Por qué tenía que mezclarme en el tráfico de narcóticos?

—No tengo por costumbre hacerme tales preguntas. Sólo me digo: «Esta muchacha es mi cliente y como tal debe ser defendida y vindicada». Y conforme a este razonamiento, actúo.

El alguacil, ayudado por dos funcionarios, apareció portando una báscula que había ido a buscar a la cárcel y que allí servía para pesar a los detenidos que ingresaban. Cuando estuvo emplazada ante el estrado del tribunal, el alguacil entró en el despacho del juez.

En aquel momento se abrieron las puertas de la sala e irrumpieron en ella seis periodistas acompañados por sus respectivos fotógrafos. Uno de los periodistas se acercó a Mason y le

preguntó:

—¿Se colocarán usted y su cliente junto a la báscula?

—Yo, desde luego, no —respondió Mason—, pero seguramente que mi cliente les complacerá gustosa, pero deben aguardar hasta que la vista haya terminado. Entonces quizá incluso acepte el juez Albert que lo fotografíen junto a la báscula con usted.

—¿Pero por qué no se deja fotografiar usted con ella?

—Hombre, me parece que eso va contra la ética de la profesión.

El rostro del periodista mostró su disgusto al observar:

—Así es su asociación. Apoyar comités de toda clase, tratar de fomentar las llamadas relaciones públicas y luego esconderse detrás de un montón de formulismos de ética profesional. Ustedes los abogados... ¿cuándo comprenderán que las llamadas relaciones públicas significan también la colaboración del público y que éste vea y comprenda su forma de actuar? Cada vez que los abogados se niegan a explicar el motivo de su actuación, sea por orgullo o bien por temor, empeoran para ellos las llamadas relaciones públicas.

—Cálmese, amigo, cálmese. Yo no me opongo a que usted vea como actúo, pero francamente no me gusta que me mire de frente con su aparato de fotografiar en una mano y una lámpara de magnesio en la otra. Esto se denomina publicidad contra toda ética... y no es que me importe mucho, pero no puedo ir contra la corriente. Además, por lo que concierne al caso presente, ¿qué diablos le hace suponer que yo he armado todo este jaleo?

En el rostro enojado del periodista se dibujó una sonrisa burlona.

—Vamos, que usted no sería quien es si no estuviera metido en ello —observó, y preguntó seguidamente—. ¿Así el juez va a pesar la evidencia?

—Pesará la evidencia física.

—¡Vaya artículo! —exclamó el periodista.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho del juez dando paso a éste, al mismo tiempo que al alguacil decía en voz alta el requerimiento de ritual:

—¡El Tribunal! ¡Pónganse en pie!

Todo el mundo se levantó. Mientras, el juez subía al estrado y se sentaba en su sitio y echaba una burlona mirada a la sala que antes estaba casi vacía y ahora parecía llena por completo, de un público

compuesto por funcionarios de otras salas, redactores y fotógrafos.

—El Estado contra Virginia Baxter —dijo con lenta voz, añadiendo—: ¿Están dispuestas ambas partes?

—Dispuesto, Señoría —contestó Caswell.

—Dispuesto para la defensa —anunció Mason.

El detective Jack Andrews volvía a ocupar su lugar en el estrado de testigos y la prueba de la evidencia iba a ser pesada.

—¿Tiene dispuesta la báscula, alguacil? —inquirió el juez.

—Sí, Señoría.

—Bien. Gradúela a cero y centre bien el fiel.

El alguacil procedió tal como ordenaba el juez.

—Bien —continuó el juez—. Ahora ponga la maleta y maletín encima de ella.

El alguacil colocó la maleta, seguidamente encima el maletín, y fue deslizando lentamente el pilón hasta que las agujas volvieron al fiel de la balanza. Entonces retrocedió un paso y dirigiéndose al juez, le dijo:

—Señoría, el peso que arroja es de veintitrés kilogramos ciento veinticinco gramos, exactamente.

Se produjo un intenso, dramático silencio, que fue interrumpido por un comienzo de aplauso espontáneo.

—Exhorto a la sala a que se mantenga el orden y la debida compostura —rogó el juez en voz alta y dirigiéndose a Mason le preguntó—: ¿Tiene ahí el defensor el billete del avión y los talones de las maletas?

—Aquí están, Señoría —respondió Mason al mismo tiempo que entregaba al juez lo que solicitaba.

—¿Cuánto pesaba el material que fue retirado de las maletas? —preguntó el juez al representante fiscal.

—Lo ignoro, Señoría. Como ya ha declarado el testigo Andrews, fueron contados los paquetes, pero no fueron pesados.

—Perfectamente. ¿Dónde están?

—Aquí, en la sala, Señoría.

—Procédase a su pesaje.

El alguacil hizo ademán de retirar las maletas, pero en aquel momento Mason se dirigió al juez diciendo:

—Con la venia, Señoría. Me permito sugerir que quizá lo mejor sería que los paquetes fueran colocados simplemente encima de las

maletas y así el tribunal tendría una mejor evidencia de la diferencia existente.

—Creo que la defensa tiene razón. Alguacil, coloque los paquetes encima de las maletas y diga al tribunal qué diferencia en más indica la báscula.

El detective Andrews entregó al alguacil los paquetes que fue sacando de una caja de cartón y éste a su vez los fue colocando encima de ambas maletas. La romana de la báscula vibró y su fiel se elevó. El alguacil fue deslizando el pilón, y de nuevo, cuando tuvo el fiel graduado, dirigiéndose al juez anunció:

—Señoría, ochocientos cincuenta gramos más.

El juez contempló unos instantes la báscula en silencio y luego, dirigiéndose al representante fiscal, le preguntó pausadamente:

—¿Tiene la acusación alguna explicación para esto?

—No, Señoría —admitió Caswell, y prosiguió—: En opinión de esta fiscalía es que habiéndose encontrado esa sustancia en poder de la acusada, en su maleta, ella es la directa responsable; porque en resumidas cuentas ella bien ha podido colocar los paquetes en la maleta. Pudo hacerlo al igual que cualquier otra persona.

—No es ésta la opinión del tribunal —replicó el juez Albert, y la fundamentó—: Es bien sabido que cuando los equipajes son entregados a los servicios del aeropuerto, el viajero ya no puede tocarlos hasta que le son devueltos en el punto de destino. También es bien sabido que son pesados, y si pasan del peso concedido con el billete, pagan una sobretasa. Ante este tribunal ha quedado demostrado con toda evidencia, por los propios testigos del ministerio fiscal, que la acusada no tocó para nada sus maletas. En consecuencia, pregunto de nuevo al representante fiscal si tiene algo que añadir a lo expuesto.

El juez guardó silencio unos instantes y luego continuó:

—Este tribunal considera el silencio del representante del ministerio fiscal como una declaración tácita de que ningún nuevo detalle tiene para aportar. En consecuencia, declaro que la causa queda vista para sentencia. No ha lugar a la demanda. La acusada queda absuelta, sea puesta en libertad, devuélvanse sus pertenencias y la fianza prestada.

Después del consiguiente golpe de mazo, el juez Albert se levantó de su sitio y miró unos instantes al público que todavía

permanecía allí, y por si alguna duda había, dijo en voz alta:

—La audiencia ha terminado.

Bajó del estrado y en aquel momento se le acercó uno de los periodistas diciéndole:

—Señoría... por favor, ¿tendría la bondad de colocarse junto a la báscula para una fotografía? Nos iría muy bien para la reseña, subrayaría el interés humano de lo que ha sucedido.

El juez pareció dudar un instante, y en aquel momento Mason exclamó:

—Por parte de la defensa no hay ninguna objeción.

El juez miró a Caswell, pero el representante del ministerio fiscal apartó la vista.

Con sonrisa placentera el juez repuso:

—Bien, pero creo que si la fotografía ha de tener un interés humano lo mejor sería que la ex acusada posara junto a la báscula como si fuera en el instante en que fue pesado el equipaje.

Los periodistas y fotógrafos rodearon la báscula. El juez prosiguió:

—Quede bien entendido que harán constar que estas fotografías han sido tomadas una vez ha terminado el juicio. Siempre he sido tolerante en lo que concierne a los fotógrafos de la prensa en mi tribunal, a pesar que ya sé que hay jueces que opinan de distinta manera. Pero en esta ocasión hay que tener presente que cuando la ex acusada fue detenida, al asunto se le dio una gran publicidad, y me parece que es justo que su exoneración sea llevada a cabo con cierta publicidad también.

El juez Albert se colocó junto a la báscula y con un ademán invitó a Virginia a posar junto a él. Mason acompañó a la nerviosa mujer hasta situarla junto al juez.

—Vamos, Mason, déjese fotografiar también —exclamó el juez.

—Creo que es mejor que no entre en ella, Señoría. Si lo hiciera parecería algo artificial y no creo que fuera del mejor buen gusto, desde el punto de vista de la ética profesional. Pero la fotografía «sopesando la evidencia» creo que es muy adecuada por las razones que usted mismo ha expuesto.

El juez asintió con un gesto y dirigiéndose a Virginia dijo:

—Bien, señorita Baxter, si quiere usted inclinarse en actitud de mirar a la báscula yo haré ademán de graduar la romana. Por favor,

no mire a las cámaras. Dirija su vista a la báscula. Póngase de lado, así, eso es, así, ladeándose un poco ofrece mejor perfil a los objetivos.

El juez Albert puso ligeramente una mano sobre uno de sus hombros e hizo que la romana se agitara; de pronto una serie de chispazos iluminaron la sala.

El juez Albert se enderezó, miró a Mason y luego al representante del ministerio fiscal y con un gesto hizo que acudieran a su lado ambos abogados y fuera del oído de los periodistas. Cuando los tuvo junto a sí, el juez dijo:

—En este caso he notado algo raro, y me permito sugerirle, señor Caswell, que examine con todo cuidado quién es la persona que le dio el informe, mejor dicho, el falso informe, concerniente a la maleta que ha motivado este juicio.

El abogado de la fiscalía repuso con calor:

—Es persona de toda confianza y su información siempre ha dado resultado positivo.

—Pero en este caso convendrá conmigo que no ha sido así —observó el juez.

—No afirmaré tan a la ligera —arguyó Caswell—. Porque no cabe duda que no es del todo imposible que se haya manipulado en la maleta.

—Convengo en ello, pero en mi opinión fue —señaló el juez con ácido acento— cuando la señorita Baxter ya la había entregado y antes de que la recibiera de nuevo, allí, en la plataforma rotativa de la entrega de equipajes. Además, permítame aclararle que este tribunal no nació ayer y después de ver uno y otro día el desfile de acusados, se llegó a poseer un conocimiento psicológico de los reos y testigos quiero decir que puede intuirse su carácter y manera de ser. Esa mujer no es una traficante de drogas.

—Y luego de haber visto cómo Perry Mason ha montado un efecto tras otro —arguyó Caswell— uno aprende algo en lo que atañe al arte de dramatizar. La escena que ha tenido lugar ante el tribunal prestará ayuda a aquellas personas que no desean que la justicia sea coaccionada.

—Así la ley ha demostrado que es más eficiente —replicó el juez, y añadió—: Porque permita que le diga que no fue de muy buen gusto llamar a unos fotógrafos para que estuvieran presentes

cuando fue abierta la maleta de esa joven, y el cielo sabe bien cuánta publicidad y con qué intención, se llevó a cabo en aquel momento. Espero que lo que aquí ha sucedido en la última hora transcurrida será publicidad suficiente para compensar el descrédito que se causó a una joven en el primer momento.

—Bien, Señoría, puede estar seguro que estas fotografías ya están siendo transmitidas en estos instantes y aparecerán por lo menos en la tercera parte de la prensa de Estados Unidos.

—Esperemos que así sea —dijo el juez Albert al mismo tiempo que echaba a andar hacia su despacho.

Caswell giró también sobre sus talones sin dirigir ni una palabra a Mason. Éste fue hasta donde aguardaba Virginia Baxter y le preguntó:

—¿Quiere hacer el favor de venir conmigo a la sala de espera de los testigos? Desearía hablar todavía unas palabras con usted.

—Como usted desee, señor Mason.

—Serán sólo unas preguntas.

La condujo hasta la mencionada estancia y una vez en ella le ofreció una silla, tomando él otra. Ya sentados, Mason le preguntó:

—Bien, ahora que todo ya ha pasado, dígame: ¿Quién ha podido querer causarle tanto daño?

—¿Quiere usted decir que quién ha podido tener interés en achacarme un tráfico de estupefacientes?

—Eso es lo que quiero decir.

—Pues le juro que no tengo ni la menor idea.

—¿Su esposo quizá?

—Desde luego, estaba muy enojado.

—¿Por qué?

—Porque no quise concederle el divorcio.

—¿Por qué no quiso usted dárselo?

—Por ruin, embustero y tramposo. Me engañaba con otra mujer mientras yo me mataba trabajando para que ambos pudiéramos salir adelante. No dudó en disponer de nuestra cuenta de ahorro para comprarle un coche a aquella mujer, y luego tuvieron la desfachatez de decirme que la gente no podía controlar sus propias emociones, que un hombre podía enamorarse desesperadamente y que cuando eso sucede no hay ningún remedio.

—¿Y cuándo sucedió todo eso?

—Ya hace más de un año.

—¿Y usted no quiso devolverle la libertad?

—No.

—¿Así, pues, continúa casada?

—Eso es.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ha visto?

—Desde que tuvimos la consiguiente discusión al enterarme de su infamia. Luego me ha llamado un par de veces por teléfono preguntándome si había cambiado de parecer.

—¿Qué motivos tiene para mantenerse en su actitud, quiero decir en su decisión?

—Porque no estoy dispuesta a que se libre de mí tan fácilmente.

—Bien, pero eso significa que usted a su vez continúa atada, quiero decir casada con él. ¿Qué gana usted con ello?

—Desde luego, para mí ninguna ventaja hay en ello, pero así tampoco la tiene él.

—En otras palabras. Todo lo que significa el perjudicarlos lo considera usted como una satisfacción. ¿Eso es lo que quiere decir?

—Pues algo parecido.

Mason la contempló en silencio unos instantes y luego preguntó lentamente:

—¿De veras es lo que usted desea?

—Lo que desearía es arrancarle los ojos a ella. Herirla tanto como me fuera posible.

El abogado la contempló de nuevo en silencio y luego, moviendo la cabeza lentamente, dijo:

—No creo que obre acertadamente, Virginia. Llámelo y dígame que ha decidido entablar la demanda de divorcio. ¿Se opone a ello su religión?

—No.

—¿Han tenido hijos?

—No.

—Pues siendo así —exclamó el abogado levantando las palmas de las manos—. Creo que debe considerar de nuevo su decisión. Tenga presente que usted todavía es joven, que tiene un futuro ante sí...

—Sí, pero... ¿Cree usted?

—¿No ha encontrado, durante este tiempo, a alguien que haya

merecido su atención?

—Pues... sí, he conocido a mucha gente, pero... francamente, estoy harta de los hombres.

—Pero... últimamente... ¿no ha encontrado uno que es distinto?

Soltó ella una risita nerviosa y preguntó a su vez:

—Vamos... ¿Es éste un nuevo interrogatorio?

—Mire, si ha cometido algún error en la vida, lo mejor que puede hacer es... borrar la pizarra y olvidar lo sucedido. Lo que quería decirle con mis palabras es que alguien parece que está empeñado en perjudicarla, en colocarla en una posición o situación que la desacredite. No sé quién es, pero me da la impresión de que se trata de alguien bastante ingenuo y que tiene ciertas relaciones con la gente de los bajos fondos. Ese alguien ha dado un golpe, pero usted ha evitado la trampa; no obstante, pondrá otras y golpeará de nuevo. Es lo más probable. Es algo que no me gusta y todo hace suponer que el inductor es su esposo. Me gustaría borrarlo... de la pizarra. Claro, también hay la mujer, la amante de su marido, con la que supongo que ahora vive. ¿La conoce usted acaso?

—Ni en lo más mínimo. Sólo sé su nombre. Mi esposo fue siempre muy precavido y no llegué a saber mucho de ella.

—Pues bien, he aquí mi sugerencia. Entable demanda de divorcio, fundamentándola en abandono o bien crueldad mental. No la nombre a ella, consiga el divorcio y su libertad. Si mientras tanto le sucede algo extraordinario quiero decir en los próximos días, algo sospechoso, quizás alguna llamada telefónica anónima, en resumen, algo que le parezca, digamos, raro llámeme inmediatamente.

Levantándose Mason y al tiempo que le golpeaba ligeramente uno de los hombros le dijo:

—Bien, puede irse. Está en libertad completa.

—Pero olvida indicarme sus honorarios, señor Mason.

—Envíeme un cheque de cien dólares cuando lo tenga a bien.

Capítulo 7

La falta de noticias con que completar las ediciones vespertinas del día anterior fue la causa de que lo sucedido en el proceso de Virginia Baxter fuera como agua de mayo para las redacciones de los periódicos, que con ello pudieron llenar las columnas de la primera plana, comentando las fotografías que en la misma se ofrecían al público. A medida que leía los periódicos, Virginia Baxter sentía en su interior una creciente sensación de alivio. Los periódicos daban a entender que en su día había sido atropellada y ahora no escatimaban detalles que vindicaban su buen nombre presentando su caso como la noticia del día.

Los fotógrafos, como si hubieran apostado entre ellos a quién era el mejor, habían conseguido espléndidas fotografías, mostrando al juez Albert comprobando la romana de la báscula y apoyando su mano encima de un hombro de ella en actitud tan paternal como protectora.

Múltiples veces se ha afirmado que una fotografía dice más que mil palabras, y en aquel caso aquellas fotografías eran prueba evidente de que el jurista daba fe de la inocencia de Virginia Baxter. Los titulares de los periódicos eran también muy elocuentes:

«La inocencia de la ex secretaria de un abogado ha quedado plenamente demostrada en el proceso seguido por la posesión de narcóticos».

Uno de los artículos hacía hincapié en el hecho de que había estado empleada en la oficina de un abogado, pero silenciando que aquel jurisconsulto se había especializado en asuntos de propiedades muebles e inmuebles y sólo en contados casos había intervenido en procesos criminales.

Pero el periodista lo había descrito por el lado poético, resaltando que cuando Virginia Baxter había trabajado en la

redacción de los documentos relacionados en los casos criminales que llevaba su jefe, nunca se había imaginado ni por mentes, que un día ella misma se encontraría ante un tribunal acusada de un grave delito.

Pero fue la lectura de otro artículo lo que la sobresaltó en gran manera. Al parecer, el reportero de aquel periódico había llevado por su cuenta ciertas investigaciones y comprobado que Colton Baxter, el marido separado de Virginia Baxter, era un empleado de la compañía aérea en que había viajado Virginia y había por consiguiente transportado las maletas. A pesar de sus esfuerzos, el periodista no se había podido entrevistar con Colton Baxter.

Virginia leyó aquel artículo por segunda vez y con maquinal impulso cogió el auricular del teléfono y marcó el número de la oficina de Mason. De pronto dióse cuenta de la hora, que era muy avanzada, y ya iba a colgar de nuevo el auricular cuando oyó la voz de Della Street en el aparato.

—Soy Virginia Baxter. Lo lamento, pero no me había dado cuenta de cuán tarde es. No creía que hubiera nadie ahí después de las cinco.

—No tiene importancia. ¿Acaso desea hablar con el señor Mason? ¿Sí? Un momento por favor. Creo que él también desea hablar con usted.

Unos instantes más tarde oyó la voz de Mason, diciendo:

—Buenas tardes, Virginia. Supongo que habrá leído ese artículo que concierne a su esposo, que ha sido localizado por uno de los reporteros.

—Sí, señor Mason. Lo he leído y eso lo explica todo. Ahora lo veo tan claro como el sol que nos alumbra. ¿No lo comprende? Colton colocó aquellas sustancias en mi maleta y luego avisó a los periódicos. Si yo hubiera sido sentenciada, tenía un motivo bien fundado para pedir el divorcio. Hubiera declarado que yo fui una adepta a las drogas durante todo el tiempo que estuvimos casados; que siempre había tenido algo que ver con los narcóticos y que por este motivo se vio obligado a abandonarme.

—Sí, es posible. Pero... ¿qué piensa hacer usted?

—Quiero que sea detenido.

—No conseguirá que sea arrestado por esta causa, porque todo lo que puede usted alegar son sospechas, suposiciones... —advirtió

Mason.

—¿Costaría mucho dinero el conseguir las pruebas?

—Tendría que emplear un detective que investigara. Seguramente no conseguiría mucho más que suposiciones y sospechas...

—Dispongo de algún dinero y... estoy dispuesta a gastarlo...

—Perdone —la interrumpió Mason, prosiguiendo—. No por mi mediación. De ninguna manera. Como cliente mío no quiero coadyuvar a que gaste el dinero en este aspecto. Aunque consiguiera pruebas, no serían mejores que su actual situación, en lo que concierne a conseguir el divorcio. Recapacite de nuevo... ¿Por qué no se lava las manos de una vez? Quiero decir que se aparte de él, que disuelva el matrimonio y comience una nueva vida. Si usted tuviera sentimientos religiosos que le impidieran aceptar el divorcio, probablemente mi actitud sería distinta; pero tal como están las cosas estoy seguro que tarde o temprano usted se divorciará...

—No le daré esta satisfacción.

—¿Por qué no?

—Porque es lo que él más desea. El divorcio.

Mason insistió en su razonamiento diciendo:

—Virginia, tenga por seguro que con su actitud nada gana, sólo favorece a su esposo. Creo que está usted haciendo el juego que él mismo desea.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su esposo está jugando con esa otra mujer —explicó Mason—. Le está diciendo que su mayor deseo es el contraer matrimonio con ella, pero como que usted no quiere concederle el divorcio... y además la mujer sabe que eso es verdad. Pero supóngase que usted le concede el divorcio; entonces no sólo puede casarse con esa mujer, sino que está obligado a hacerlo si quiere ser fiel a sus promesas. Estoy convencido que lo que menos desea es casarse con esa otra mujer y por ello afirmo que su esposo se halla en la situación que más le interesa.

—Jamás se me había ocurrido —dijo ella lentamente, y de pronto exclamó vivamente—: Entonces... ¿Por qué planeó todo el asunto de los narcóticos en mi maleta?

—Si es que lo hizo, cosa que no sabemos, fue para desacreditarla

a usted. El matrimonio de ustedes terminó en odio y éste da lugar a las ideas más raras. Créame, lo mejor que puede usted hacer es no mirar hacia ese pasado por encima del hombro, sino hacerlo hacia delante, hacia lo futuro, el porvenir.

—Pues usted ha confundido mis ideas. Dormiré una noche, ésta, y mañana le diré mi decisión.

—Hágalo. Piénselo bien —le recomendó Mason de nuevo.

—Y perdone que le haya molestado tan tarde.

—No tiene importancia. Estábamos redactando unos documentos y como había leído el artículo de referencia en el periódico di por descontado que de un momento a otro me llamaría. Por eso dije a mi secretaria que dejara una línea conectada. En resumen, ahora ya sabe mi opinión. Espero que tome una decisión acertada.

—Gracias por todo —dijo ella y colgó el auricular.

Apenas lo había hecho cuando sonó el zumbador de la puerta. Virginia fue hasta ella y la entreabrió.

En el corredor, frente a ella, había un individuo, que aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, con largos y negros cabellos peinados hacia atrás, espeso bigote y negros ojos de intensa mirada.

—¿La señora Baxter? —preguntó.

—Sí. Soy yo.

—Lamento mucho el molestarla a esta hora, señora Baxter, y le ruego que me disculpe, pero se trata de algo que para mí es de suma importancia.

—¿De qué se trata? —preguntó ella sin quitar la cadena de la puerta que la mantenía entreabierta.

—Me llamo George Menard... en los periódicos he leído lo que le ha sucedido. No es mi deseo evocarlo de nuevo, pero he tenido suerte en que su nombre apareciera, con bastantes detalles, en todos los periódicos.

—Bien... ¿y qué más? —preguntó de nuevo con cierto tono de impaciencia.

—Por la prensa me he enterado de que usted había sido la secretaria del abogado Delano Bannock.

—Efectivamente.

—Creo que el señor Bannock falleció hace algunos años.

—Así fue.

—Estoy tratando de localizar... de saber, qué se hizo de su archivo —continuó aquel individuo.

—¿Por qué?

—Pues, francamente, me interesa un documento que debe estar en él.

—¿Qué clase de documento?

—Una copia mecanografiada, al carbón, de un convenio que el fallecido señor Bannock en cierta ocasión redactó, por encargo mío. He perdido el original y no deseo que la otra parte contratante lo sepa. Ese convenio me obliga a llevar a cabo ciertas actividades, y francamente no recuerdo exactamente cuáles eran. Créame que si lo pudiera conseguir, me quitaría un peso de encima.

Virginia movió lentamente la cabeza al mismo tiempo que decía:

—Lo siento, pero mucho me temo que no podré ayudarlo.

—Es lamentable. Pero... ¿usted estuvo en su oficina hasta su fallecimiento?

—Así es.

—¿No podría decirme qué se hicieron de los muebles de la oficina, los archivos y todo lo demás?

—La oficina fue cerrada inmediatamente. No había razón alguna para continuar pagando el alquiler del local.

—Pero, ¿qué se hicieron de los muebles y de toda la instalación?

—Creo que todo fue vendido.

El individuo frunció el entrecejo al preguntar de nuevo:

—¿Pero no sabe o no recuerda a quién fue vendido? Quiero decir, las mesas, las sillas, los archivos; lo que componía la oficina.

—No. Sólo sé que todo fue cedido a una tienda de compra-venta de muebles. Me reservé la máquina de escribir que había usado tantos años. Todo lo demás fue vendido.

—¿Los archivos y todo lo demás? —insistió de nuevo el individuo.

—Sí, todo.

—¿Y los papeles y la documentación archivada?

—Fue destruida... espere. Ahora lo recuerdo. Sí, eso es. Recuerdo que tuve una conversación con su hermano y le aconsejé que guardara la documentación de los archivos. Sí, eso es. Que conservara los documentos.

—¿El hermano?

—Sí, el hermano. Julian Bannock. Era el único heredero. No había otros parientes. Menos mal, porque la herencia no era gran cosa. Verá, el señor Delano Bannock era uno de esos abogados a la antigua usanza, más interesado en ejercer que en conseguir unos honorarios. Puede decirse que trabajaba día y noche. No tenía esposa ni familia y cada semana se pasaba cuatro o cinco noches en la oficina hasta las diez o las once. La moderna idea de trabajar sólo en un horario determinado jamás se le ocurrió. Solía pasarse horas y más horas examinando cualquier extremo de un contrato que le hubiese llamado la atención para luego cargar unos honorarios menos que moderados. El resultado: que a su fallecimiento no dejó gran cosa.

—¿Y cómo se liquidaron los honorarios que había pendientes a su defunción?

—No lo sé. Pero es cosa sabida que el cobro de facturas y honorarios pertenecientes a un difunto miembro de las profesiones liberales es cosa harto difícil o cuanto menos engorrosa.

—¿No sabe usted dónde podría encontrar a Julián Bannock?

—Desconozco su dirección.

—¿Ni aproximadamente?

—Creo que se halla por la región del valle de San Joaquín.

—¿No podría recordar la localidad?

—Quizás.

Virginia Baxter había estado examinando aquel individuo atentamente y por fin decidió quitar la cadena y le dijo:

—¿Quiere usted pasar? Veré si encuentro alguna anotación en algunos apuntes viejos que conservo; durante algún tiempo llevé una especie de diario, ¿comprende? —y con una nerviosa risilla agregó—: No es lo que pueda llamarse un diario sentimental, sino de tipo económico con algunos comentarios hechos referentes a las plazas que he ocupado, cuanto tiempo he estado en ellas, algún comentario de hechos cotidianos, del día en que recibía mi salario y cosas por el estilo. Recuerdo que hice algunas anotaciones cuando tuvo lugar la defunción del señor Bannock... calle, ahora lo recuerdo. Julián Bannock vive en las cercanías de Bakersfield.

—¿Sabe usted si aún vive allí?

—No, no lo sé. Recuerdo que vino con una camioneta y en ella cargaron los archivadores. Sí, ahora lo recuerdo. Cuando los

archivadores estuvieron cargados le entregué las llaves.

—¿Bakersfield? —repitió el desconocido.

—Eso mismo. Ahora si usted puede decirme algo referente a ese convenio quizá recuerde algo de él. Fui el único empleado del señor Bannock y todos los documentos los había mecanografiado yo.

—Era un convenio concerniente a un señor Smith.

—¿De qué clase o de qué tipo?

—Oh, era algo complicado concerniente a la venta de una tienda o almacén de maquinaria. Verá, estoy interesado, o mejor dicho, lo estaba, en maquinaria, y hubo un tiempo en que creí que me convenía entrar en el negocio de la maquinaria... Se trata de una historia bastante larga.

—¿Y qué hace usted ahora?

Los ojos de Menard le lanzaron una aguda mirada al contestar con suma vaguedad:

—Verá..., pues me gano la vida por ahí, ¿sabe? Comprando y vendiendo.

—¿Terrenos?

—Ah... no... sí... lo que se presente.

—¿Vive en la ciudad?

Rió algo forzosamente, se veía a la legua que no se encontraba a gusto y respondió:

—Verá no tengo domicilio fijo. Sí, eso es, voy de un lado para otro... como toda persona que siempre busca gangas.

—Sí, lo comprendo. En fin siento no poder serle de mayor ayuda —dijo Virginia levantándose y encaminándose hacia la puerta. Menard comprendió en seguida el gesto, pero se levantó a su vez, la siguió, y ya junto a la puerta, inclinóse ligeramente y dijo:

—Muchas gracias por su amabilidad, señorita.

Virginia se quedó cortésmente junto a la puerta hasta que llegó el ascensor, pero tan pronto Menard hubo entrado en él se lanzó a la carrera escalera abajo, atravesó el vestíbulo y llegó a tiempo de ver cómo Menard entraba en un coche que tenía aparcado junto a la acera frente a una toma de agua de incendios. Intentó leer la cifra de la matrícula, pero la velocidad con que arrancó y se alejó se lo impidieron. Lo único que pudo captar fue que el primer número era un cero y del último recogió la vaga impresión de que era un dos. El coche era un «Oldsmobile», modelo de unos dos años atrás, pero

tampoco estaba absolutamente segura de ello. La rapidez con que se mezcló con el tráfico le impidió formarse una exacta imagen del conjunto.

Regresó a su apartamento, cerró la puerta y pasó al dormitorio, sacó del armario una vieja maleta y comenzó a examinar aquellos diarios que había mencionado. Efectivamente, allí tenía anotada la dirección de Julián Bannock, una dirección postal.

Sonó el teléfono. Era una mujer que dijo:

—He buscado su nombre en el listín y me he permitido llamarla para expresarle mi satisfacción y simpatía al mismo tiempo que felicitarla por el feliz resultado que ha tenido el horrible asunto en que se ha visto envuelta.

—Muchas gracias, señora.

—Soy una desconocida para usted —continuó la mujer—. Pero mi conciencia me ha impulsado a expresarle mis sentimientos.

En el curso de la siguiente hora contestó a cinco otras llamadas de parecida índole, incluyendo una que era de un hombre a todas luces borracho y ciertamente bastante desagradable, y otra de una mujer que estaba dispuesta a oír «su» opinión acerca de lo que le había ocurrido.

Cansada y aburrida decidió no hacer caso del timbre del teléfono, que continuó sonando casi sin interrupción hasta que salió para ir a cenar. A la mañana siguiente pidió a la compañía de teléfonos que le asignara un número que no estuviera registrado en la guía telefónica.

Capítulo 8

Virginia de pronto se dio cuenta que aquel asunto que le había contado el tal Menard no podía alejarlo de su mente.

—Aquellos archivos... Julián Bannock era un agricultor. Con su hermano había mantenido escasa relación. Cuando ocurrió la defunción sólo se interesó en vender lo más pronto posible lo que se podía enajenar, terminar las formalidades inherentes y regresar a sus campos inmediatamente. Virginia comprendía que aquellos archivos contenían copias de procedimientos, convenios y contratos que en un momento dado podían ser del máximo interés; pero creyó que en el momento en que entregaba las llaves a Julián Bannock, su responsabilidad había terminado.

Ahora cuando de nuevo recordaba aquellos archivos, le sobrevenía un ligero e indefinible malestar. Creía adivinar algo falso en aquella historia contada por George Menard. Pareció muy sincero hasta el momento en que ella a su vez le preguntó detalles de su vida, sobre él mismo. De pronto se había vuelto evasivo. No cabía duda, estaba segura, ahora que meditaba la conversación con todo detalle, que le había mentado al exponerle el motivo de su visita.

Al fin y al cabo, sentía que todavía tenía cierta responsabilidad para con aquellos archivos.

Tomó el teléfono y pidió a «información» el número de Julián Bannock para llamarlo, pero le respondieron que no tenía teléfono.

Se esforzó en olvidar el asunto, pero no podía... aquel Menard era un tramposo y un embustero. ¿Por qué quería llegar hasta los archivos? Le hubiera gustado determinar qué matrícula era aquélla, pero no sabía cómo proceder sin consultarlo con Perry Mason, pero temía que todo aquello sería abusar de su paciencia. Decidió que lo mejor sería hablar personalmente con Julián Bannock.

Partió a primera hora de la mañana y una vez en Bakersfield preguntó por Julián Bannock. Por fin le informaron que vivía a unos diez kilómetros de la localidad hacia el sur. Siguió la carretera que le indicaron halló el buzón correspondiente, en la carretera junto al inicio de un camino, y siguiendo éste a quinientos metros de la carretera llegó a un gran patio de lo que parecía ser un espacioso cortijo. Se veía una granja, varios cobertizos, una casa, árboles que ofrecían sombra y una colección de máquinas y herramientas para cultivar la tierra: tractor, arados, segadoras, trilladoras, un carro y otros.

Un perro se abalanzó ladrando hacia el coche y Julián Bannock apareció, en el umbral de la puerta de la casa.

A pesar de que sólo lo había visto una vez, vestido con su «terno de ciudad», lo reconoció inmediatamente metido en su recia camisa y calzones de trabajo.

—Hola —la saludó él.

—Hola, señor Bannock. ¿No me recuerda? Soy Virginia Baxter la que fue secretaria de su hermano.

—¡Caramba! ¡Claro que la recuerdo! Cuando la he visto me he dicho: «Chico, tú has visto esa cara en alguna parte». Por favor apéese y entre en la casa. Se desayunará con huevos de los gallineros nuestros, pan cocido aquí y mermelada de nuestra huerta. ¿Qué le parece?

—Soberbio señor Bannock —respondió ella, mas su impaciencia la obligó a decir—: pero en primer lugar quisiera hablar con usted acerca de algunos asuntos antiguos.

—Diga usted.

—Aquellos archivadores que se llevó. ¿Los recuerda? ¿Qué hizo con ellos?

La miró algo sorprendido.

—¿Aquéllos de la oficina de mi hermano? Pues lo vendí todo. Ya hace tiempo.

—¿Con todo lo archivado?

—Bien... verá... le dije al comprador que se lo llevara todo. Me ocupaba mucho sitio y además sabe... los ratones comenzaban a anidar allí. Claro, con tanto papel...

—¿Pero qué se hizo de la documentación archivada? ¿Se la llevó también el que compró los archivadores?

—¡Ah, los papeles! No, todo eso quedó aquí. Aquel tipo no quiso llevárselos. Dijo que pesaban demasiado y vació todos los cajones. No quiso llevárselos.

—¿Quizá los quemó usted?

—Pero si ya le he dicho que están aquí. Fui haciendo paquetes y atándolos con bramante y creo... que los ratones han vuelto a anidar allí, porque últimamente se han multiplicado. He metido allí un par de gatos, pero no me ha servido de mucho. Siempre sucede igual... tienes una casa de campo y los ratones viven contigo y a tu costa.

—¿Podría echarles un vistazo? Me gustaría verlos de nuevo... los viejos papeles...

—¿Usted también? —exclamó con nuevo gesto de sorpresa y prosiguió—: Lo digo porque ayer estuvo aquí un tipo pidiéndome lo mismo.

Virginia se asombró:

—¿Aquí? ¿Ayer?

—Sí...

—¿Un hombre de unos cuarenta y cinco años? ¿Con ojos muy negros de mirada intensa y un bigote? ¿Quería...?

Julián Bannock la interrumpió moviendo la cabeza en sentido negativo diciendo:

—Nada de eso, señorita. El tipo que vino a verme aparentaba tener unos cincuenta y cinco años, tenía ojos azulados y era más bien delgado. Me dijo que se llamaba Smith y dijo que deseaba ver si podía hallar la copia de un convenio o cosa parecida.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues le dije dónde se hallaban y que él mismo se las arreglara. Yo tenía mucho quehacer y él parecía una persona correcta.

—¿Halló lo que buscaba?

Julián Bannock sacudió de nuevo la cabeza, al mismo tiempo que decía:

—Parece que no. Al marcharse me dijo que aquello parecía un rompecabezas, que no sabía nada de archivos, pero que si conseguía averiguar el sistema que se había empleado para el archivo de la documentación entonces quizá sería posible encontrar la copia que buscaba. Me preguntó si sabía algo del sistema que se había utilizado para el archivo pero tuve que responderle que no tenía ni

la más remota idea...

—Se clasificaba conforme a una determinada numeración —puntualizó Virginia—. Por ejemplo: desde el número uno al mil se clasificaba la correspondencia personal; desde el mil al tres mil, contratos; del tres mil al cinco mil, comprobantes; del cinco mil al seis mil, testamentos; del seis mil al ocho mil, convenios; del ocho mil al diez mil, compra-ventas.

—Pues yo no mezclé nada. Me limité a atarlo todo, formando paquetes, como ya le he dicho.

—¿Podríamos echarle un vistazo? —preguntó Virginia.

—Claro que sí. Vamos allá.

Julián Bannock la llevó hacia uno de los cobertizos y penetraron en él, donde el ambiente relativamente fresco parecía impregnado del aroma del heno allí almacenado. Mientras caminaban Julián Bannock iba explicando:

—Acostumbro emplear este cobertizo para almacenar heno y ha habido épocas en que aquí no se podía entrar. Últimamente he vendido mucho heno, porque he dejado el negocio de la producción de leche. Tenía poco ganado y eso de la lechería en pequeña escala no rinde. Mucho trabajo, demasiada reglamentación y demasiados impulsos. Además, las grandes granjas trabajan con ordeñadoras eléctricas, piensos seleccionados y una serie de adelantos... mal asunto, es mejor dejarlo... sí; pues a esos archivos no les di importancia. Claro que hubiese podido conservar todo el papeleo en cajones pero francamente, no me imaginé nunca que a alguien le interesara todo eso... alguna vez había tenido la idea de amontonarlo y pegarle fuego, pero me insistió tanto en que era tan interesante el conservarlo que no lo destruí.

—Bien, a medida que pasa el tiempo, la importancia del archivo, como es lógico va disminuyendo.

—Bien. Ya hemos llegado. Esta parte del cobertizo acostumbraba a usarla para guardar el tractor, pero lo quité de ahí para poner los archivos... Pero, ¿qué es esto?

Bannock se detuvo al mismo tiempo que expresaba su sorpresa ante el suelo literalmente cubierto de papeles que se ofrecía con un indescriptible amontonamiento ante sus ojos.

—¡Vamos, hombre! ¡No hay derecho! ¡Valiente sinvergüenza! —exclamó enfurecido.

Al ver aquel batiburrillo, Virginia sintió que le sobrevénia un vahído.

Era evidente que el visitante había cortado los bramantes de todos los paquetes sin tener presente o cuidado en la clasificación y los había hojeado febrilmente, buscando el que le interesaba, esparciendo a su alrededor los paquetes a medida que los examinaba. Ahora estaban amontonados formando una informe pila de unos dos metros de diámetro por más de uno de alto.

Virginia, al ver aquellos paquetes de copias que en su día había mecanografiado con tanto esmero y cuidado y que ahora muchas de ellas mostraban evidentes señales de haber sido roídas por los ratones, tuvo un acceso de desesperación y a duras penas pudo contener las lágrimas.

Julían Bannock, de natural pacífico, daba muestras de irse encolerizando paulatinamente. Iba de un lado a otro murmurando palabras ininteligibles, pero que no costaba nada adivinar lo que expresaban. Por fin con un esfuerzo dijo:

—Desde luego... desde luego, es mejor que no encuentre a ese canalla de Smith... Sí es lo mejor... para ambos —y agachándose cogió uno de los bramantes cortados y mostrándose lo a Virginia le dijo—: Vea. Cortado con un cuchillo bien afilado... Sí, es mejor que no lo vea... porque si lo cojo... voy a enseñarle a comportarse como es debido...

Virginia, que no había cesado de mirar aquel montón de papel, le interrumpió diciendo:

—No cabe duda de que tenía mucha prisa, todo lo hizo precipitadamente. Buscaba algo, y al ver el montón de paquetes perdió la serenidad. Por eso recurrió al cuchillo y cortó los bramantes en lugar de deshacer las lazadas y luego volverlas a anudar. Sí eso es, estoy segura. Empuñó el cuchillo o cortaplumas, cortó el bramante de un paquete, lo hojeó febrilmente y al no hallar lo que buscaba, lo tiró a un lado, tomo otro, procedió igual, lo tiró a su vez, y así sucesivamente, fue formando ese montón.

—Creo que tiene toda la razón y su deducción es correcta, pero yo me daría de bofetadas por haberlo dejado solo —rezongó Bannock.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí? —preguntó Virginia.

—Pues no puedo precisarlo. Le conduje hasta aquí, le mostré los

paquetes y me fui a mi faena.

Virginia tomó de pronto una decisión y le preguntó:

—¿Dónde hay un teléfono?

—Uno de los vecinos, a unos tres kilómetros, tiene teléfono. Si quiere utilizarlo, debe seguir la carretera por donde ha venido. Es buena gente y le permitirán que lo utilice.

—Deseo pedir una conferencia... a larga distancia —explicó Virginia, y prosiguió—: Mas... creo que lo mejor es que nadie oiga lo que voy a decir. Regresaré a Bakersfield y hablaré desde la central de allí. Volveré con algunas cajas de cartón. Pondré en ellas todos esos papeles y si usted no tiene inconveniente los guardaré en alguna parte donde se hallen en seguridad.

—Se lo agradeceré —dijo Bannock—. Mientras tanto comenzaré a recogerlos y hacer nuevos paquetes...

—No, por favor —le interrumpió Virginia, y le explicó—: Ahora todavía la mayoría de las hojas están juntas. Con algún cuidado la mayor parte del material puede salvarse. En alguna parte debe estar el cuaderno del índice... mire, ya lo tengo —exclamó agachándose y sacándolo de entre los papeles—. Sí, eso es lo que voy a hacer. En el pueblo compraré en algún almacén cajas de cartón, regresaré y lo colocaré todo en ellas, procurando mantener en lo posible el orden del archivo. Más tarde ya lo clasificaré.

—Pues muchas gracias de antemano —dijo Bannock—, pero le advierto que esto está lleno de polvo y usted va a ensuciarse como no se lo imagina...

—No se preocupe. Compraré unos calzones y una blusa azul y si no tiene inconveniente me cambiaré de ropa y me pondré a recoger todo esto.

—¿Inconveniente? Ninguno, señorita. Por el contrario, muy agradecido. Le daré una habitación para que se cambie de ropa y luego, cuando haya terminado, podrá bañarse, que buena falta le hará. Muchas gracias por su interés. No sabe el peso que me quita de encima al hacerse cargo de todo esto. Lo que siento es lo que se va a ensuciar.

—Bien, no se preocupe más, porque ya se sabe que a nosotros los campesinos no nos preocupa mota más o menos de polvo —arguyó Virginia riendo.

—Tiene usted toda la razón —convino él, riendo a su vez.

Virginia entró de nuevo en el coche, arrancó y se fue a Bakersfield y desde la central de teléfonos llamó a Perry Mason, que en aquel momento entraba en su oficina.

—Me dijo que le llamara tan pronto me sucediera algo fuera de lo corriente —dijo, y prosiguió—: Pues bien, lo que me ha sucedido está tan fuera de lo corriente, que creo que justifica la llamada; porque lo que es yo, no lo entiendo.

—Vamos, explíquese, ¿de qué se trata? —respondió Mason.

—Quizás usted va a reírse de mí y creará que mi imaginación está sobreexcitada. Quizá sí que todo sean imaginaciones mías pero... he aquí lo que ha sucedido.

Le contó lo que concernía a Bannock, los papeles del archivo, el individuo que la había visitado; su proceder para conocer las características del vehículo que era un modelo «Oldsmobile» de un par de años atrás, lo de los números de la matrícula que no había podido coger en su totalidad, porque se alejó con demasiada rapidez...

—¿Dónde estaba aparcado? —la interrumpió Mason, y continuó preguntando—: ¿Pudo ver el lugar? Si así fuera, ello nos permitiría deducir cuánto tiempo estuvo esperando. Creo que es difícil el encontrar lugar donde aparcar frente o bien en las cercanías de donde usted vive.

—Y que me lo diga... —exclamó Virginia, pero continuó—: Mas ese individuo no se preocupó mucho por ello. Aparcó frente a una boca de incendios.

—Entonces eso significa que no la esperaba. Seguramente la siguió ya en la calle y cuando la vio entrar en su alojamiento dejó allí el coche y subió a su apartamento. Es muy posible que la policía le haya impuesto una multa por aparcamiento indebido, y más por haberlo hecho ante una boca de agua para incendios. Lo vigilan mucho.

—¡Pues es verdad! A una amiga mía, que dejó su coche frente a una de esas bocas, sólo el tiempo necesario para recoger un paquete, fue multada por ello. Y no estuvo más de un minuto.

—¿Cree recordar que el primer número de la matrícula era un cero? —preguntó Mason.

—Sí, de esa cifra estoy segura, y de la última podría asegurar que era un dos. Pero no tengo la certeza.

—¿Ahora se halla en Bakersfield? —preguntó de nuevo Mason.

—Sí. Vine aquí para hablar con el señor Bannock, el hermano de mi antiguo jefe; sentía curiosidad por saber qué se había hecho del archivo y me he encontrado que alguien se me ha adelantado y lo ha registrado todo.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «lo ha registrado todo»?

Ella le contó cómo había hallado los paquetes del archivo. La voz de Mason se oyó autoritaria.

—Vamos a ver, Virginia, voy a hacerle una pregunta importante. ¿Los bramantes estaban cortados?

—Sí, cortados.

—¿Cada paquete?

—Cada paquete o legajo.

—¿Su contenido esparcido?

—Más o menos, todos esparcidos.

—¿No había ningún paquete intacto?

—Ninguno.

—¿Está usted segura? ¿Bien segura?

—Completamente. Pero... señor Mason... ¿Cree usted que eso es importante?

—Sí, ya se lo he dicho —contestó Mason con terminante acento—. Eso significa que la persona, quien fuera, no halló lo que buscaba. En otras palabras, fíjese, si usted busca un documento determinado y tiene prisa, irá cortando los cordeles de un paquete tras otro, hasta que encuentre lo que desea. Cuando lo haya encontrado lo doblará, se lo meterá en el bolsillo y se marchará inmediatamente. ¿Lo comprende? En consecuencia, quedarán algunos paquetes sin abrir. Pero, si todos los paquetes han sido abiertos, registrados y hojeados, eso indica que la persona que lo hizo no encontró lo que buscaba.

—Pues no se me había ocurrido —confesó Virginia.

—¿Va a regresar al cortijo de Bannock?

—Sí. He comprado varias cajas de cartón y volveré allí e intentaré colocarlos todos tan bien como pueda en las cajas que he comprado.

—Muy bien —dijo Mason y continuó—, cuando esté allí procure recoger cuantos datos le sea posible acerca del individuo que allí estuvo... Ahora dígame... ¿Qué hay de los testamentos?

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando Bannock redactaba un testamento, ¿se cumplimentaba en su oficina?

—Sí.

—¿Quiénes firmaban como testigos?

—¡Ah, ahora lo comprendo! Pues por lo general, él firmaba como un testigo y me llamaba para que yo firmara también, como el otro testigo.

—Bien, veo que me comprende. ¿Había un archivo o clasificación determinada para archivar las copias de aquellos que habían sido redactados en su oficina?

—Sí. La documentación numerada desde el cinco mil al seis mil estaba reservada exclusivamente para los testamentos.

—Perfectamente. Cuando usted regrese allí preocúpese en primer lugar de la documentación que comprenda los paquetes de los documentos esos, del cinco mil al seis mil. Procure recogerlo todo y tráigalo tan pronto le sea posible.

—Pero, ¿por qué con esa preferencia? —preguntó ella.

—Bannock falleció hace algunos años y la mayoría de los contratos y convenios que redactó es de suponer que ahora ya carecen de importancia, pero posiblemente no sea así en lo que concierne a los testamentos, y si algún pariente en ellos mencionado o comprendido le interesa algo... la vida a veces es muy larga...

—Claro, ahora lo comprendo —exclamó ella con voz alterada—. Me parece mentira que no se me haya ocurrido. Seguramente se trata de algo de eso que acaba usted de insinuar.

—Ahora no saque de todo ello conclusiones que pueden ser precipitadas —advirtió Mason—. Lo que le he dicho es sólo una suposición pero hay fundadas razones para ser precavido.

—Voy a regresar inmediatamente y me ocuparé de recoger todo lo que pueda de los legajos de testamentos y dejaré el resto para un segundo viaje.

—Si le sucediera algo o bien averiguara algo que fuera extraordinario a su juicio, llámeme por teléfono sin perder un minuto. Mientras tanto voy a intentar localizar al tipo que la visitó.

Virginia le prometió que se mantendría vigilante y colgó el auricular. Fue a unos almacenes de la localidad, compró unas cajas de cartón y regresó al cortijo de Julián Bannock. Lo encontró

preocupado.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo más relacionado con esos archivos?
—preguntó ella al verlo en aquel estado.

—Caramba... quisiera saber qué es lo que sucede. Apenas se había marchado usted ha llegado un tipo que coincide con la descripción que usted me hizo antes de aquel que la visitó. Aparentaba una edad de entre los cuarenta y los cincuenta años, bigote y ojos tan negros que carecían de expresión. Parecían un par de piedras negras, intensamente pulidas.

—Ése es el tipo que me visitó, efectivamente. ¿Y qué deseaba?

—Me dijo que se llamaba Smith, igual que el otro, y al igual que aquél, que quería ver los archivos.

—¿Qué le ha respondido usted?

—Pues que no tenía tiempo para enseñárselos. Ha insistido tanto que por fin le he dicho que ahora se ocupa de ellos la antigua secretaria de mi difunto hermano. Que se había marchado, pero que dentro de una hora regresaría, que podía aguardar y que se entendiera con usted.

—¿Y entonces...?

—Pues... puede decirse que pegó un brinco, al tiempo que decía que no tenía tiempo, que tenía que marcharse, que lo sentía mucho...

—¿Vio usted la matrícula del coche? ¿La recuerda?

—No. Toda la parte posterior y el radiador estaban llenos de barro. Alguna vez los canales del riego de las huertas se desbordan e inundan la carretera, convirtiéndola en un barrizal. El fango había cubierto ambas placas, pero ahora que lo recuerdo... quizá las había enfangado adrede. Era mucho fango aquél.

—Ahora voy a recoger esos archivos o lo que se pueda de ellos. Me llevaré algunos legajos, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno. Llévase los que quiera, y mejor todos, porque nosotros hemos de ir a los campos, y cuando estamos allí, por lo general, aquí no hay nadie. Puede llegar uno y llevarse lo que quiera impunemente. No puedo poner un guardia.

—Claro. Lo comprendo perfectamente. ¿Ha oído hablar de Perry Mason, el abogado?

—Ya lo creo. He leído mucho acerca de él.

—Pues es mi abogado. He hablado con él y ha dicho que haga

eso. Que le lleve cuanto pueda de estos archivos. Quería ordenar todo lo que contenía el archivo, y colocarlo en cajas de cartón, pero no dispongo de tiempo suficiente. Hoy me llevaré los legajos que están numerados desde el cinco mil al seis mil. Otro día vendré por los restantes.

Virginia fue recogiendo con cuidado todos los legajos en cuyas cubiertas había números comprendidos entre el cinco mil y el seis mil. Luego, ayudada por Julián, realizó una búsqueda de los documentos sueltos que pudiera haber comprendidos en aquella numeración.

—Bien, parece que hemos tenido suerte —dijo Bannock—. A lo mejor hemos recogido todos los de esa numeración. Por lo menos no aparece ninguno suelto.

—Sí, quizás sea así —convino Virginia, y agregó—: Bien, ahora vamos a ponerlos en el coche y los llevaré a la oficina del señor Mason. Quisiera llegar allí antes del mediodía. ¿Procurará que nadie toque lo que queda?

—¿Que los meta también en cajas? Mire, señorita, estos días tengo mucho trabajo, puede decirse que es la época de más trabajo del año: hay que regar, hay que...

—No, nada de eso. Lo único que le pido es que procure que nadie toque lo que queda. Yo ya vendré y lo empaquetaré de nuevo. Procure que nadie entre en el cobertizo. Eso es todo. Si alguien viene con intención de examinar lo que aquí queda, tome el número de la matrícula del coche y que le muestre algún documento de identificación.

—Bien. Haré lo que pueda. ¿No quiere entrar para lavarse? Le advierto que lleva bastante polvo encima.

—No tengo tiempo además, el viaje es largo y más o menos polvo no importa. Bien, hasta la vista.

—Hasta la vista, señorita. Que tenga buen viaje.

Sonrióle, entró en el coche, echó una ojeada a las cajas que contenían los documentos numerados del cinco mil al seis mil que se hallaban encima del asiento posterior y partió.

Capítulo 9

Poco después de mediodía, Virginia entraba en el vestíbulo de la oficina de Perry Mason.

Gertie, la recepcionista, la saludó con una sonrisa al tiempo que le decía:

—Buenos días, señorita Baxter. La están esperando. Voy a decir que ha llegado.

Gertie llamó por el teléfono interior y unos instantes más tarde salió Della y le dijo:

—Buenos días, señorita Baxter. ¿Tiene la bondad de pasar? Tenemos algunas noticias para usted.

Virginia entró en el despacho particular de Mason, donde halló al abogado, que la miró fijamente al decirle:

—Hemos identificado a su misterioso visitante, Virginia. El que le dio el nombre de George Menard. Lo hemos conseguido gracias al registro de multas. Examinamos las que había impuesto el agente que patrulla por aquella calle. Había tres, una de ellas concerniente a la matrícula «ODT 062». Se trata de un coche perteneciente a un hombre, cuya descripción coincide en líneas generales con la que usted me ha dado.

—¿Quién es?

—Su verdadero nombre es George Eagan. Está empleado como chófer de la señora Laurretta Trent. Continuando nuestras pesquisas...

—¿Laurretta Trent? —exclamó con tono de sorpresa Virginia.

—¿La conoce, quizás?

—Estuvo en la oficina... sí... estoy casi segura que fue por un testamento, sí, eso es, su testamento. Recuerdo que... que había algo extraordinario, fuera de lo corriente. Eso es, sí. Legaba a los parientes pequeñas cantidades, en relación al importe de su fortuna,

y nombró a un extraño heredero del resto. No recuerdo si era una enfermera... o bien un doctor... ¡O quizás el chófer!

—Sea lo que fuere hemos comprobado ciertos extremos harto interesantes —explicó Mason.

—¿Concernientes al chófer?

—Acerca de esa señora Lauretta Trent. Recientemente ha sufrido tres ataques... de lo que se llama en términos clínicos... alimentos en malas condiciones. En el archivo del hospital constan como perturbaciones de gastroenteritis.

—Señor Mason, me he traído todas las copias que he podido recoger de testamentos. Creo que están todas. Se hallan en unas cajas de cartón que están en mi coche aparcado en la calle. Si cree que su examen pudiera ser interesante.

—Estoy seguro que nos van a ser muy útiles. Voy a presentarle al señor Paul Drake, jefe de la oficina de investigación que trabaja para nosotros. Sus oficinas están en este mismo piso. Por favor, Della, ¿quiere llamarlo?

Della llamó a Gertie para que le diera comunicación y una vez obtenida sus dedos aletearon encima del disco de marcar y unos instantes más tarde decía al auricular:

—¿Paul? Aquí Della. Perry le ruega que venga inmediatamente.

—Vendrá inmediatamente —repitió Della con una sonrisa al tiempo que colgaba el auricular.

Segundos más tarde los característicos golpecitos de Paul Drake resonaban en la puerta. Della le abrió y con un gesto le invitó a entrar.

—Paul —dijo Mason—, esta señorita es Virginia Baxter. Seguramente que no la conoces, pero la he representado hace poco en un asunto particular y por esta razón has llevado a cabo la última investigación que te he encargado.

—Mucho gusto en conocerla, señorita Baxter —dijo Drake al tiempo que estrechaba su mano.

—La señorita Baxter ha traído ciertos legajos de documentos, que los tiene en su coche, aparcado en la calle. ¿Podrías encargarte de que los traigan aquí, en mi oficina?

—¿Pesán mucho? ¿Puede un hombre con ellos? —preguntó Drake.

—Sí, ya lo creo —exclamó Virginia—. Son algo voluminosos,

pero un hombre puede subirlos.

—Pues vamos allá —dijo Drake.

—Hay algo más, señor Mason —dijo Virginia antes de salir—. Mientras me hallaba en Bakersfield, llegó al cortijo de Julián Bannock el hombre que me visitó en mi apartamento. El que dijo llamarse Menard y que según usted ha comprobado se llama Eagan, el chófer de la señora Trent.

—¿Y qué quería?

—Deseaba examinar los antiguos archivos del difunto señor Delano Bannock. Julián le respondió que aguardara mi llegada, que no tardaría más allá de algunos minutos.

—¿Qué sucedió entonces?

—Según Julián, el hombre aquel pegó un brinco, entró en el coche y salió de estampía.

—Vaya, vaya —comentó Mason, e indicó a Drake—. Bien, inmediatamente vamos a ver qué documentos son éstos.

Drake acompañó a Virginia al aparcamiento. Ella abrió la portezuela y Drake cogió las cajas de cartón, se las puso encima de un hombro y ambos regresaron a las oficinas de Mason.

—Vamos a ver —dijo el abogado, examinando los legajos—. «H»... «T-1», «T-2», «T-3»,... «T-4»,... «T-5»,... ¿Qué significa esto?

—El archivo estaba ordenado por letras. «T-1» indica las cinco primeras letras del alfabeto, o sea: «T-A», «T-B», «T-C», «T-D», «T-E» luego viene «T-2», que comprende las cinco letras siguientes.

—Comprendido. Vamos a ver si en la «T-4» encontramos la copia concerniente a Laurretta Trent.

Mason extendió encima de las mesas el legajo correspondiente a él. Della Street, Paul Drake y Virginia Baxter se dedicaron a examinar las copias que lo comprendían.

Al cabo de unos minutos, Mason exclamó:

—Bien. Parece que aquí no hay nada. Innumerables copias de testamentos, pero nada concerniente a Laurretta Trent...

—Pues estoy segura, absolutamente segura, ahora lo recuerdo bien, que lo redactamos —le interrumpió Virginia.

—Y George Eagan está haciendo gestiones para localizar la copia mecanografiada que debe existir en el archivo de Delano Bannock, y George Eagan es el chófer de Laurretta Trent —completó Mason.

Volviéndose hacia Paul Drake le preguntó:

—¿A qué hospital fue llevada Laretta Trent cuando sufrió esas molestias digestivas?

—Al «Phillips Memorial» —respondió Drake.

Dirigiéndose a Della, dijo:

—Por favor, póngame en comunicación con el hospital.

Della Street pidió comunicación, marcó el número y con un gesto le entregó el auricular.

—¿El hospital «Phillips Memorial»? —preguntó Mason.

—Sí, dígame.

—Aquí Perry Mason, abogado. Desearía cierta información de uno de sus pacientes.

—Lo siento, pero no está permitido el dar información de los pacientes.

—Se trata de algo sin importancia —dijo Mason con tono ligero en la voz, y continuó—: Me he expresado mal quizás. El paciente es la señora Laretta Trent, que en los últimos meses ha sido hospitalizada ahí en tres ocasiones, y lo que me interesaría es saber el nombre del doctor que la trató o bien hablar con él.

—Un momento. Creo que puedo darle esta información.

—Mantengo la línea —repuso Mason.

Unos instantes más tarde desde el hospital comunicaban:

—El médico que la cuidó fue el doctor Ferris Alton. Tiene el consultorio en el Rondwell Building.

—Muchas gracias.

El abogado colgó el auricular, miró unos instantes al vacío y luego, volviéndose hacia Della Street, dijo:

—Intente comunicarme con la enfermera del doctor Alton.

—¿Con su enfermera?

—Sí, con la enfermera. Me gustará hablar con el doctor Alton, pero creo que en primer lugar puedo intentar hablar con su enfermera. Probablemente el doctor tenga una tarde muy atareada. No debemos olvidar que por las tardes ha de atender las visitas en su consultorio, por las mañanas opera y luego hace la visita del hospital.

Della buscó el número en la guía telefónica, pidió línea a Gertie, marcó el número y de nuevo entregó el auricular a Mason.

Éste lo tomó y preguntó:

—¿Consultorio del doctor Alton? ¿Es su enfermera? ¿Sí? Perry

Mason, un abogado. Supongo que el doctor Alton debe estar muy atareado, pero necesito hablarle respecto a un cliente suyo. Es sólo por algunos momentos.

—¿Perry Mason, el abogado, dice usted?

—Eso mismo.

—Oh... Estoy segura que deseará hablar con usted personalmente. Desde luego está muy ocupado, pero me permitiré interrumpirle... ¿Puede usted mantener la línea?

—Con mucho gusto.

Se produjo una pausa de silencio. Luego oyó una voz ligeramente cansada, algo impaciente, que decía:

—Aquí el doctor Ferris Alton.

—Perry Mason, abogado. Siento molestarle, pero me veo precisado a hacerle algunas preguntas, acerca de uno de sus clientes.

—¿Qué preguntas son esas? ¿Qué paciente?

—La señorita Lauretta Trent, a la que usted ha hospitalizado en diversas ocasiones en el curso de los últimos meses.

—¿Y qué más? —preguntó el doctor Alton, y ahora aquella nota de impaciencia bien se comprendía que era sólo aparente.

—¿Puede usted decirme la naturaleza de su enfermedad?

—¡De ninguna manera! —exclamó el médico.

—Muy bien —repuso Mason con voz tranquila y prosiguió—: voy a decirle algo que quizá le interese. Tengo fundadas razones para informarle que Lauretta Trent dictó un testamento, que fue redactado en la oficina de un abogado llamado Delano Bannock, ya fallecido, y que actualmente hay personas interesadas en conseguir la copia mecanografiada de aquel testamento, conseguirla en forma subrepticia, para más detalle. Tengo datos para poder afirmar que personas relacionadas con esa señora muestran un activo interés en la búsqueda de dicha copia. En consecuencia, me permito preguntarle: ¿Está usted completamente seguro de su diagnóstico en la enfermedad de Lauretta Trent?

—Naturalmente. De lo contrario no la habría dado de alta.

—Tengo entendido que las indisposiciones que ha sufrido en los últimos meses usted las había diagnosticado como gastroenteritis, ¿no es así?

—Bien. ¿Y qué más?

—Pues... he consultado a diversas autoridades de medicina forense y toxicología y en resumen he sacado la conclusión que rara vez a un médico se le ocurre diagnosticar la existencia de un envenenamiento por arsénico si los síntomas son de gastroenteritis.

—¡Usted está loco! —exclamó el doctor Alton.

—Por lo tanto —prosiguió Mason pasando por alto la exclamación del médico—, le agradeceré me informe si observó espasmos abdominales, en las piernas o bien en los muslos, una sensación de fuego en el estómago y...

—¡Gran Dios! —oyó como musitaba el doctor Alton.

Mason guardó silencio esperando la reacción del médico. Durante unos segundos nada oyó en el micrófono, y luego...

—Nadie, pero nadie puede desear envenenar a Lauretta Trent —oyó como decía el doctor Alton.

—¿Cómo y por qué está usted tan seguro? —preguntó Mason.

Se produjo otra pausa de silencio.

—Dígame... ¿Por qué le interesa el caso? —preguntó lentamente el doctor Alton.

—Mi interés es puramente accidental. Le aseguro que represento a un cliente y que los intereses de éste no son adversos a los de la señora Trent, y no hay razón para que no me informe de algo que en ningún caso podría ser considerado como quebrantamiento de ética profesional.

El doctor Alton tardó unos instantes en contestar:

—Lo que acaba de decirme me hace recapacitar, Mason. Sus síntomas coincidían con los de envenenamiento por arsénico. Está usted en lo cierto. Cuando un médico es llamado para que examine un caso así, casi nunca sospecha de que sea un envenenamiento... un homicidio. Estas cosas no se le ocurren a quien sólo se dedica a sanar enfermos. Y casi siempre se diagnostica alguna perturbación gastrointestinal.

—Por esto le he llamado. Para asegurarme.

—¿Podría... sugerirme algo?

—Sí —contestó Mason, y prosiguió—: Yo de usted haría examinar un mechón de sus cabellos, cortados junto a la raíz, y si fuera posible también trozos de las uñas. Hágalo analizar y compruebe si la reacción es positiva. Pero debe hacerlo sin causar alarma en su paciente, pero sí someterla a una dieta rigurosa,

vigilada por una enfermera de confianza... en otras palabras, vigilar con todo cuidado su alimentación. Supongo que la posición económica de su paciente podrá subvenir a los gastos consiguientes.

—Desde luego, desde luego... pero, Dios santo, su corazón, su corazón no puede sufrir tales trastornos. Recientemente la advertí. Pero creía que todo era debido a no haber seguido la dieta prescrita. Siente una gran debilidad por esos manjares mejicanos, cargados de especias y ajo...; eso... eso disimula muy bien el arsénico... una dosis pasa inadvertida... Mason, ¿hasta qué hora estará en su oficina?

—Acostumbro a permanecer en ella toda la tarde, y si me necesita después de las horas de despacho, póngase en contacto con la agencia de investigación Paul Drake. Pida por éste. Sus oficinas se hallan en el mismo piso que las mías y allí siempre hay alguien.

—Me pondré en contacto con usted y mientras tanto tomaré las disposiciones necesarias para que nada imprevisto suceda.

—Le ruego que tenga presente que hemos de evitar el hacer acusaciones o declaraciones que puedan intranquilizar a su paciente —recomendó Mason.

—Lo comprendo perfectamente —exclamó el doctor Alton con patético acento—. Figúrese usted que practico la medicina desde hace... treinta y cinco años... vaya traqueteo me ha dado usted... claros síntomas de envenenamiento por arsénico y yo... sin verlos, sin sospecharlo... Me pondré en contacto con usted. Hasta luego.

Había cortado la comunicación de golpe.

—Virginia, no deseo coartar su libertad, pero sí que me interesa saber en todo momento dónde se halla usted. Váyase a su apartamento y no se mueva de allí. Infórmeme de todo lo que suceda que se aparte de la vida corriente y normal. Aquí tiene mi teléfono particular donde en todo momento puede llamarme —dijo con serio acento Mason.

Drake preguntó:

—Pero sea quien sea, ¿le sería posible probar la existencia de un testamento exhibiendo sólo una copia mecanografiada?

—Sí, en determinadas circunstancias —explicó Mason—. Cuando desaparece un testamento, la presunción corriente es de que el testador lo ha destruido, lo que equivale a una anulación. Pero, por ejemplo, estalla un incendio en una casa y el testador muere en

el siniestro: la presunción antes aludida, y más si es el domicilio del testador, es de que el testamento ha desaparecido entre las llamas. Si se puede probar que no había otro testamento, la copia puede ser revalidada a falta de mejor evidencia. Pero no es eso lo que me temo.

—Entonces... ¿qué es? —preguntó Drake de nuevo.

—No creo oportuno decirlo en este momento —respondió Mason con acento preocupado, y dirigiéndose a Virginia, continuó—: Como ya le he dicho antes, usted se irá a su casa, y si recibe una llamada de George Eagan, el chófer de Lauretta Trent, recuerde que usted sólo lo conoce bajo el nombre de George Menard. Tenga cuidado en no darle a entender que sabe su verdadera entidad. Sea ingenua, algo boba y quizás... algo ávida de dinero. Si le insinúa o le hace alguna proposición, preste atento oído. Procure usted ganar tiempo. Llámeme, y si no pudiera ponerse en contacto conmigo, llame a la oficina de Paul Drake. Ya lo ha oído. Durante las veinticuatro horas hay alguien allí. Háganos saber a la mayor brevedad qué es lo que desea.

—En resumidas cuentas, he de darle la impresión, de que bajo determinadas condiciones estoy dispuesta a complacerle. ¿No es eso? —preguntó Virginia.

—Exactamente. Y si le pide que escriba algo a máquina procure utilizar nuevos papeles de carbón en cada nueva hoja que ponga en la máquina.

—¿No será peligroso?

—Creo que no... por ahora. No lo será si usted no le da a entender que sabe quién es en realidad y si consigue distraerlo y entretenerlo hasta que pueda telefonar. Más adelante, tendremos que adoptar mayores precauciones.

—Perfectamente. Voy a intentarlo —prometió.

—Buena chica. Ya puede marcharse, y recuerde y no dude en llamar por teléfono por la causa que sea.

Virginia rió nerviosamente al mismo tiempo que decía:

—Pierda cuidado... que al primer síntoma que vea o sienta que me parezca raro, salto sobre el teléfono.

—Es lo que debe hacer, y recuerde que si por cualquier causa el mío no contestara, debe llamar inmediatamente a la oficina de Paul Drake. En ella siempre hay alguien de guardia.

Della Street ya había abierto la puerta para que saliera.

—Tenga mucho cuidado, se lo repito, en no darle a entender que sabe quién es —reiteró Mason en tono de advertencia—. Sea ingenua, pero dejando entrever que si la proposición merece la pena, pues... usted hará lo que sea.

Virginia Baxter esbozó una última sonrisa y salió. Della Street, con suavidad, cerró tras ella la puerta.

—¿Cree usted que ese chófer ha regresado?

—Si no ha conseguido lo que quería, habrá regresado —afirmó Mason, y continuó—: Actualmente hay dos personas que buscan un determinado documento, y como el documento que ellos buscan no aparece en los archivos, lo más probable es que uno de ellos ya lo ha encontrado. Por lo tanto, el otro ha regresado.

—Bueno, pero todo esto, ¿qué significa? —preguntó Drake.

—Te lo diré cuando tengamos el mechón de cabellos y los trozos de uña de Laretta Trent. Nadie puede basarse en la copia de un testamento mientras no hayan sucedido dos cosas.

—¿Cuáles? —preguntó Drake de nuevo.

—Primera, que el original haya desaparecido. Segunda, que la persona que lo dictó haya fallecido.

—¿Crees, pues, que éste es un asunto grave?

—Intuyo que es gravísimo. Pero tengo las manos atadas mientras no tengamos un dictamen acerca del arsénico —dijo Mason con gesto preocupado, y continuó—: Paul, ve a tu oficina y dile a tu telefonista que esté a la espera de una llamada de Virginia Baxter. Ten preparado a uno de tus hombres para enviado allí inmediatamente que ella comunique.

Capítulo 10

Aquel hombre de cabellos negros, bigote y negros ojos de intensa mirada, estaba aguardando en un coche situado frente a la casa donde vivía Virginia Baxter.

Virginia vio el automóvil, luego reconoció al conductor, que no apartaba los ojos de la entrada de su casa, y sin detenerse, continuó hasta que encontró una cabina de teléfono, cuatro manzanas más allá. Desde ella llamó a la oficina de Mason.

—¡Está ahí, frente a mi casa! —exclamó tan pronto oyó la voz de Mason.

—¿El mismo que fue a verla? —preguntó Mason.

—El mismo. Lo he reconocido al instante.

—Muy bien. Entre en su casa. Oiga lo que le pida, procúrese una excusa y vea de llamarme.

—Así lo haré. Probablemente llamaré dentro de veinte o treinta minutos.

Colgó de nuevo, guió su coche hacia su casa, aparcó y entró, como si no hubiera visto a quien aguardaba. A los pocos minutos de haber entrado en su piso sonó el timbre de la puerta.

Con la cadena puesta, entreabrió la puerta y vio ante ella a aquel individuo de los ojos negros e intensa mirada.

—¡Caramba, señor Menard! ¡Qué sorpresa! ¿Encontró lo que buscaba? —exclamó a guisa de saludo.

El hombre procuró mostrar una afable sonrisa al contestarle:

—Desearía hablar con usted. ¿Podría entrar?

Ella dudó un momento, mas luego dijo con tono amable:

—Claro que sí. Pase usted —retirando la cadena de la puerta.

Entró y sin más ceremonia se sentó, diciendo:

—Voy a poner mis cartas sobre la mesa.

Con gesto de sorpresa ella levantó las cejas.

—Verá usted... No buscaba un convenio con Smith, relacionado con la venta de una tienda de maquinaria. Buscaba otra cosa.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Hace algunos años, el señor Bannock redactó un testamento por encargo de la señora Lauretta Trent. Tengo la impresión... mejor dicho, creo que redactó dos testamentos... Bien, por razones que no hacen al caso y que no desearía explicar, es muy importante que hallemos ambos testamentos. Por lo menos el que fue redactado en último término.

Virginia no tuvo dificultad en mostrar su sorpresa, mientras decía:

—Pues... hay algo que no comprendo... porque nosotros sólo debimos conservar las copias mecanografiadas. Seguramente la señora Trent debió guardar los originales en lugar seguro. Probablemente en su caja de caudales o en algún lugar parecido.

—Eso no era absolutamente necesario —replicó el visitante.

—¿Pero qué importancia pueden tener las copias?

—Hay quien está interesado en ellas.

Nuevo levantamiento de cejas.

—Sí —continuó el visitante—. Hay quien está interesado en conseguir copias de los testamentos. Bien, quisiera preparar lo que pudiera llamarse una trampa para cazar a dicha persona.

—¿Cómo?

—Tengo entendido que usted compró la máquina de escribir que usaba en la oficina. ¿No es así?

—Sí. El señor Bannock me la cedió.

El visitante la señaló con un gesto al mismo tiempo que decía:

—¿No es un modelo antiguo?

—Sí. Ya hacía varios años que la teníamos en la oficina. Es de sólida construcción, pero cuando el tasador fijó su valor, la rebajó tanto, por ser un modelo tan antiguo, que el señor Bannock me dijo que podía quedármela. En resumen, me la regaló.

—Pues bien. Usted podría redactar una copia mecanografiada de un testamento y fecharlo tres o cuatro años atrás, y esa copia la mezclaríamos con los demás documentos del archivo que tiene el hermano del difunto señor Bannock, y si alguien huroneaba entre aquellos papeles en busca de una copia del testamento de Lauretta Trent, se traicionaría con la misma y quizá llegaría a confesar lo

que con ella quería hacer.

—¿Quiere decir que daría resultado?

—Estoy convencido de ello... y supongo que usted estará dispuesta a ayudar a quien fue un buen cliente del señor Bannock.

—¿He de entender que es la propia señora Lauretta Trent quien va a pedirme que haga esto por ella?

—Verá... hay ciertas razones que impiden que la señora Lauretta Trent se lo pida en persona; pero le aseguro que si lo hiciera, le prestaría un gran favor.

—¿Está usted relacionado con ella? Quiero decir, si la ve con frecuencia.

—Vengo y hablo en su nombre.

—¿Podría explicarme la relación que tiene usted con ella?

El visitante sonrió al mismo tiempo que denegaba con la cabeza y decía:

—En ciertas circunstancias, lo que decide es el dinero.

Sacó la cartera y de ella un billete de cien dólares, dudó un momento y sacó otro igual; nueva pausa y otro billete, y así sucesivamente hasta que encima de la mesa quedaron quinientos dólares.

Virginia contempló el dinero con significativo silencio y luego dijo lentamente:

—Hay que ir con cuidado. El difunto señor Bannock usaba papel de documentos con su nombre impreso en el ángulo inferior izquierdo. Afortunadamente, todavía tengo algunas hojas de aquéllas... claro que se habrán de destruir los originales y utilizar solamente las copias mecanografiadas.

—Veo que me ha entendido.

—Tenía que cerciorarme que era un asunto limpio, que no había nada que un día pudiera perjudicarme.

—Puede estar tranquila. Es sencillamente algo para desenmascarar a alguien que pretende crear dificultades a los familiares de la señora Trent. Eso es todo.

Virginia pareció vacilar.

—¿No podría tomarme algún tiempo para pensarlo? —preguntó.

—Lo siento, señorita Baxter, pero no es posible. Tenga presente que puede decirse que trabajamos contra reloj, y si hay que hacerlo, debe ser inmediatamente.

—¿Qué quiere decir inmediatamente?

—Ahora —precisó el visitante indicando con un gesto la máquina de escribir.

—¿Cómo debe estar redactado este testamento?

Al parecer estaba preparado para aquella pregunta, porque con voz firme dijo:

—Comience usted con los acostumbrados preliminares concernientes al testador, referentes a su salud, facultades mentales y memoria, declare que es viuda, que no tiene hijos, que tiene dos hermanas casadas; una llamada Dianne, esposa de Boring Briggs; otra, Maxine de nombre, casada con Gordon Kelvin.

»Luego continúe diciendo que recientemente ha podido comprobar que a sus parientes sólo les guían intereses egoístas, y, por lo tanto, lega a su hermana Dianne, cien mil dólares; a su hermana Maxine, cien mil dólares; a su cuñado Boring Briggs, diez mil dólares; a su cuñado, Gordon Kelvin, diez mil dólares; que nombra a su fiel y leal chófer, George Eagan, que le ha servido con la máxima fidelidad y lealtad durante tantos años, heredero universal del restante de su fortuna.

Virginia todavía mostró sus dudas, diciendo:

—Continúo dudando que se consiga algo con todo esto.

El visitante no hizo caso de su observación y continuó:

—Luego redacte otro testamento fechándolo algunas semanas antes de la defunción del señor Bannock. En éste haga constar que a Maxine y a Gordon Kelvin les lega mil dólares a cada uno; que lega a Boring Briggs y a su esposa Dianne, mil dólares a cada uno, porque está convencido que esa gente sólo ha tenido presente su propio egoísmo y no un cariño verdadero hacia ella, y que nombra heredero universal del restante de su fortuna a su fiel y leal chófer, George Eagan.

Virginia iba a hacer una observación, pero el visitante levantó una mano con gesto de que no le interrumpiera, y continuó:

—Colocaremos estas copias entre los documentos del archivo del difunto señor Bannock y le aseguro que serán descubiertas por personas que desean saber de antemano cuáles son los términos del testamento de la señora Laurretta Trent.

»Esos dos documentos demostrarán que hace algunos años ya comenzó a dudar de la sinceridad del afecto de sus dos hermanas y

particularmente de sus cuñados, y que recientemente, me refiero a la fecha del último testamento, se convenció que a todos les guiaba la ambición de arramblar con lo que pudieran y que sólo actuaban por puro egoísmo.

—Pero parece que usted no ha tenido en cuenta que ninguno de ambos testamentos serán válidos, porque los originales siempre los firmábamos el señor Bannock y yo como testigos. Si me citan y me preguntan si he firmado este testamento, tendré que confesar que es falso, que lo he redactado recientemente y que...

La interrumpió, sonriente:

—Vamos, señorita Baxter, ¿por qué se preocupa tanto de todo ello? Créame. Tome los quinientos dólares y comience a escribir.

—La verdad —exclamó ella—, es que usted me pone nerviosa. Voy a dar una vuelta por ahí y dentro de media hora habré terminado.

—De ninguna manera —dijo el visitante con firme acento—. La verdad sea dicha, es que tenemos muy poco tiempo y no quiero marcharme sin llevarme esos documentos.

Virginia Baxter mostró todavía alguna duda, pero recordando lo que le había dicho Mason, se fue hacia la máquina de escribir, preparó algunas hojas de papel que llevaba el nombre de Delano Bannock, puso el papel carbón, la hoja de copia, giró el rodillo y comenzó a teclear.

Media hora más tarde, cuando hubo terminado, el visitante tomó las copias de ambos documentos y dijo a Virginia:

—Ahora, señorita, destruya esos originales. O mejor, me encargará yo de ello.

Tomó los originales, los plegó con cuidado con las respectivas copias y lo metió todo en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta. Ya en la puerta volvióse a Virginia y a guisa de despedida le dijo:

—Señorita, es usted una buena chica.

Desde el umbral de la puerta de su apartamento vio cómo entraba en el ascensor, y cuando éste comenzó a descender, la cerró de golpe, y corrió al teléfono, llamó a la oficina de Perry Mason y rápidamente le contó lo que había sucedido.

—¿Tiene copias? —preguntó Mason.

—No. Sólo he podido conservar los papeles copiativos. Fue listo,

lo bastante para coger las copias y los originales; pero, tal como usted me indicó, a cada página que he escrito he puesto un papel carbón nuevo, sin que él se diera cuenta. Antes de comenzar he preparado media docena de juegos de original y copia, cada uno con su papel carbón. Por lo tanto, conservo un juego completo de papeles carbón de los que a contraluz es fácil leer el texto.

—Muy bien. Traiga inmediatamente esas copias de papel carbón a mi oficina.

Capítulo 11

Virginia estaba sentada frente a Mason, al otro lado de su mesa, mientras este examinaba cuidadosamente las hojas de papel carbón que había traído.

Dirigiéndose a Della Street dijo:

—Della, tome algunas cartulinas del tamaño de estas hojas y colóquelas en forma tal que no se doblen ni se arruguen. Métalo todo dentro de un sobre, ciérrelo y lácrelo.

Cuando Della hubo hecho lo que el abogado le había indicado, Mason entregó el sobre a Virginia, diciendo:

—Ahora, firme varias veces, pero cruzando la solapa del sobre.

—¿Por qué?

—Como prueba de que no se han tocado esas hojas.

Mason estuvo mirando como ella escribía su nombre y lo rubricaba tal como había indicado.

—Bien. Ahora no se preocupe de su coche, porque para lo que tiene que hacer no puede perder tiempo en buscar un aparcamiento. Salga, tome un taxi, vaya a la próxima estafeta de correos y diríjase esta carta a usted por correo certificado.

—¿Qué más? —preguntó Virginia.

—Escuche con atención. Cuando le sea entregado este sobre, por el correo certificado, no lo abra, no lo toque. Guárdelo.

—Ya comprendo —exclamó ella—. Quiere poder mostrar la fecha del matasellos y...

—Eso mismo —la interrumpió Mason.

Virginia se levantó y cogió el sobre, pero Mason todavía no había terminado, porque la detuvo preguntándole:

—¿Tiene comida en casa?

—¿Comida...? Pues sí. Tengo mantequilla, pan, algunas latas de conserva, alguna carne...

—¿Lo bastante para veinticuatro horas si es necesario?

—¡Desde luego!

—Pues oígame bien. Tome el taxi, vaya a correos, certifique el sobre, tome otro taxi, váyase a casa, cierre la puerta, ponga la cadena de seguridad y no abra a nadie. Si alguien llama, conteste que tiene visita y que no puede atender a nadie. Si es posible averigüe su nombre y telefonéeme.

—¿Pero... por qué todo eso? ¿Cree usted que corro algún peligro?

—No lo sé. Pero sí que alguien intentó difamarla y desacreditarla, y no deseo que suceda algo parecido otra vez.

—¡Tampoco yo! —exclamó ella vivamente.

—Por eso. Ahora a correos, luego a casa y a no moverse de allí.

Cuando hubo salido, Della miró a Mason con rostro preocupado y le preguntó:

—¿Cree usted que corre algún peligro? ¿De veras?

—Della, tenga presente que se ha redactado un testamento y dos testigos lo han firmado. Uno ha muerto y se ha intentado poner al otro en una situación de descrédito para que su testimonio fuera discutible. Ahora hay otra acción en marcha.

—Pero esos dos testamentos falsos, nada pueden significar.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason, y agregó—: Supóngase que mueren otras dos personas, ¿qué sucede?

—¿Cuáles son esas dos personas?

—Lauretta Trent y Virginia Baxter. A lo mejor un incendio destruye la mansión de Lauretta Trent y en el siniestro desaparece el testamento original. Se exhiben dos copias mecanografiadas de los dos testamentos redactados por Bannock y que se han perdido en el incendio. Los testamentos son dos y ambos tienden a demostrar que Lauretta Trent desconfiaba de sus parientes y de la gente que la rodeaba. Bien, tenga presente que Delano Bannock ha fallecido y que Virginia Baxter muere también. ¿Qué pasa?

Della Street abrió los ojos desmesuradamente y exclamó:

—¡Santo cielo...! ¿Va a avisar a la policía?

—Todavía no. Pero no me extrañaría que tuviera que hacerlo dentro de unas horas. Todo depende de una serie de factores, y tenga presente que el fiscal no puede hacer acusaciones sin tener alguna prueba definitiva en la mano.

—¿Pero cree usted que tardará mucho en despejarse la incógnita?

—No creo que tarde demasiado —respondió sombrío Mason.

Capítulo 12

Ya se preparaba Mason para cerrar la oficina cuando sonó el teléfono.

Era el doctor Alton.

—¿Puedo ir ahí dentro de unos minutos? He tenido una tarde de las que hay para recordarlas. La antesala llena de clientes y en este instante he terminado con el último.

—Conforme, doctor. Le aguardo.

—No tardaré más de diez minutos —prometió el doctor.

Mason colgó el auricular y dirigiéndose a Della Street le preguntó:

—¿Tiene algún plan para esta noche, Della? ¿Podría esperar a que llegara el doctor Alton?

—No tengo inconveniente alguno.

—Buena chica. En premio la invito a cenar.

—Tales palabras suenan como música divina en los oídos de una pobre secretaria. Pero me permito recordarle que no hay cliente alguno que quiera cargar los gastos...

—Sí, estamos echando mendrugos al agua, como si hubiera patos. Pero no se deje influir por el aspecto material, que es algo vulgar, y llegado el momento oportuno no mire a la derecha de la lista de las viandas.

—Lo tendré presente.

—Así lo espero.

—Voy a la antesala y allí aguardaré la llegada del doctor Alton.

—Tan pronto llegue, hágalo pasar, por favor.

Salió Della Street y a los pocos minutos abrió de nuevo la puerta, anunciando:

—El doctor Alton.

Entró el aludido, con paso rápido que denotaba agitación y

nerviosa energía. Tomó la mano de Mason y estrechándosela le dijo:

—No sabe cuánto le agradezco que me haya esperado, señor Mason. Tengo que hablar con usted personalmente y con toda tranquilidad acerca del asunto expuesto.

»Además, he traído dos redomas esterilizadas conteniendo el... material que me ha sugerido. Es decir, trozos de uña y algunos cabellos que he cortado junto a la raíz. Ahora, dígame si se encarga usted de que sean analizados o bien me cuido yo.

—Creo que es mejor que lo deje a mi cuidado. Llamará menos la atención y además tengo ciertas relaciones... particulares que procederán al análisis sin hacer preguntas y me comunicarán el resultado en poco tiempo.

—Bien, pues lo dejo a su cuidado —dijo el doctor, mas añadió—: Aunque ahora que usted ha levantado en mí la sospecha estoy seguro de que el resultado será positivo, y es más, creo que verificarán la existencia de digamos, dos capas, en el cabello, y desde luego ambas arsenicales. El primer ataque sucedió hará unos siete meses y medio. De éste ya hace demasiado tiempo para que todavía queden restos de arsénico. Pero el segundo se originó hace unas cinco semanas, y el último la semana pasada.

—¿Llevó usted a cabo estudio dietético?

—Sí. No llegué a ser tan cándido, pero creía que todo era debido a alguna alergia o bien a algún alimento en mal estado. Siempre que se habían presentado estos ataques fue después de haber comido típicos platos mejicanos.

—¿Quién los preparó?

—Tiene un chófer, un tal George Eagan. Está con ella desde hace bastante tiempo. Lo apreciaba mucho. Claro, me refiero por su trabajo. Si bien es bastante joven. Claro... hay cierta... discrepancia en lo que atañe a las edades... unos quince años menos aproximadamente... La conduce a todas partes allá donde ella quiere ir y también ejerce de cocinero cuando hay alguna fiesta de esas... al aire libre, una «barbacoa», cuida del asado y de las patatas, tuesta el pan francés y trabajos similares. Creo que es muy experto en esos menesteres. Desde luego, es un cocinero muy experto. Conoce los platos mejicanos, éstos que se preparan al aire libre.

—Bien, pero todo eso no coincide, porque es de suponer que en

tales fiestas no se iban a preparar tales platos típicos mejicanos sólo para ellos. De ellos comerían también los demás comensales — observó Mason.

—Le explico lo que sé de esas fiestas. Desconozco detalles, porque en su día no me llegué a imaginar, ni por asomo, que hubiera un envenenamiento. Únicamente pregunté qué es lo que había comido. Me pregunto si otros asistentes también se habían sentido indispuestos. Quien cocinó fue Eagan, el chófer, y al parecer nadie más aparte de Laretta Trent presentó síntomas de indisposición.

—Comprendo la situación —dijo Mason.

—Si hubo envenenamiento, y ahora estoy convencido de ello, hay que convenir que fue hecho con mucha destreza... Pero el caso es que yo soy el responsable de mi paciente, señor Mason, y francamente, sabiendo lo que sé todavía me siento más responsable. He de evitar que vuelva a ocurrir lo que ha sucedido.

—Ya le he dicho lo que debe hacer —arguyó Mason con tono seco—. Tome tres enfermeras y que se turnen durante las veinticuatro horas.

—Mucho me temo que no sea tan fácil —murmuró el doctor Alton, moviendo la cabeza con aire de duda.

—¿Por qué?

—Señor Mason, tenga presente que no tratamos con una criatura, sino con una mujer ya mayor, que le agrada imponer su voluntad y tiene ciertos ribetes de arbitrariedad. Ya me ha costado lo mío el obligarla a que acepte una dieta especial.

Con los labios apretados preguntó Mason:

—¿Cuántas enfermeras cuidan de ella, ahora?

—Sólo una... una que la contrata de cuando en cuando.

—¿Cómo ha conseguido los recortes de uñas y el mechón de cabellos?

El doctor se movió intranquilo en su butaca.

—Pues... tuve que inventar una pequeña historia. Llamé por teléfono a la enfermera y le dije que iba a prescribir a la señora Trent un preparado que quizá podía producirle una ligera afección en la piel, incluso picazón. Pero era muy importante que no se frotara con las uñas y, por lo tanto, convenía que se las cortara; que explicara a la paciente de qué se trataba, pero sin demasiadas

palabras. También le dije que le cortara un mechón de cabellos junto a la piel del cráneo porque quería hacer un análisis al objeto de comprobar si aquellos ataques podían provenir del empleo de alguna loción, cosa también muy posible, lo que se llama una alergia. Quizá también podía ser de un tinte para el cabello. Le dije a la enfermera que empleara todo su tacto, para que la señora Trent no se molestara por aquello de teñirse el cabello, pero que en verdad deseaba asegurarse. Podía ser que todo fuera causado por una alergia proveniente del cuero cabelludo. Es decir, que la señora Trent inadvertidamente se hubiera causado una erosión y por allí alguna sustancia del tinte hubiera llegado a la sangre. Dije a la enfermera que pusiera dos recortes de uñas y los cabellos en redomas esterilizadas y me las enviara inmediatamente.

Mason no quedó muy convencido, porque repuso:

—Pero las enfermeras tienen cursos de toxicología y conocen los síntomas. Si esa enfermera es algo ducha en su profesión no la habrá engañado usted. ¿No habrá sospechado algo?

—No, estoy seguro de ello. Le expliqué que el caso de la señora Trent me sorprendía mucho y que estaba casi convencido de que aquellas indisposiciones no provenían sólo de los alimentos; pero quizás había una combinación de ambos orígenes.

—¿No dio a entender que sus instrucciones eran algo, digamos, fuera de lo normal?

—Ni una palabra. Es una buena enfermera, acostumbrada a oír, callar y obedecer. Le dije que llamara un taxi y que le entregara ambas redomas con el encargo de trasladarse a mi consultorio.

—Bien. Lo daré todo a un laboratorio de mi completa confianza, especializado en análisis de medicina forense y toxicología, que nos dará rápidamente un informe adecuado, desde luego no cuantitativo, pero sí acerca de la presencia de arsénico.

—¿Cuándo cree que sabrá algo, señor Mason?

—Pues... probablemente después de cenar.

—Le agradecería, señor Mason, que me telefoneara el resultado.

—Cuenta con ello, doctor. Ahora bien... ¿qué hay de esa protección mediante servicio de enfermeras durante las veinticuatro horas?

Por un instante se contrajo la mirada del doctor Alton y luego, como si hubiera llegado a tomar una decisión, dijo:

—Ya le he explicado la situación. Con su llamada telefónica y lo que me ha contado durante ella, casi ya me convenció, pero luego, meditándolo, mi convencimiento ha ido en aumento. Pero también he llegado a la conclusión que no puedo tomar decisiones, digamos concluyentes, sin tener el informe del laboratorio. Interinamente he tomado ciertas medidas que bastarán como protección.

—¿Cuáles son? —preguntó Mason con tono displicente.

—Creo que en las próximas horas no corre peligro alguno, porque ya está a su lado su antigua enfermera, Anna Fritch. A ésta le he dicho que quiero mantener a la señora Trent a una dieta de alimentación muy suave y moderada, mientras llevo a cabo diversos análisis y comprobaciones. Le he ordenado que para esta noche no le dé otro alimento que huevos pasados por agua y un par de tostadas. Que sea ella quien prepare los huevos y las tostadas. Los huevos que se los sirva con la cáscara y así se evitará que en un momento de descuido los aliñe con alguna especia.

—Bien, si ha hecho eso, pues ya está hecho. Déme el número de su teléfono nocturno. Llevaré todo esto al laboratorio y pediré que lo analicen inmediatamente... Otra pregunta. Si el resultado es positivo, o sea que quede demostrada la presencia de arsénico..., ¿qué piensa hacer?

Esta vez la mirada del doctor Alton se mantuvo firme, y con voz segura contestó:

—Iré a ver a mi paciente y le diré que ha sufrido uno o varios envenenamientos por ingestión de arsénico, en lugar de haber sufrido ciertas molestias o indisposiciones atribuidas a gastroenteritis. Le diré que vamos a someterla a una extremada vigilancia porque en la forma que todo el proceso clínico se ha desarrollado, tengo fundados temores de que se haya intentado cometer un homicidio.

—Supongo que se habrá dado cuenta que con ello pone en marcha, digamos, tres fuerzas. Los parientes, las autoridades y los sirvientes de la casa. A lo mejor le tachan de charlatán y de alarmista imprudente, o bien incluso lo acusan de querer enajenarles el afecto que por ellos siente la señora Trent.

—Pueden decir lo que quieran, que crean lo que les plazca. He de cumplir mi deber como médico. No hay alternativa.

—Sí, comprendo su situación y punto de vista. No creo que antes

de las nueve y media sepa algo del análisis. Pero de nuevo debo advertirle que no estoy de acuerdo con usted en lo que concierne a la vigilancia ejercida para proteger a su paciente.

—Ya me lo supongo, pero puede tener la seguridad de que he debatido conmigo mismo y ampliamente el pro y el contra de este asunto, y he llegado a la conclusión de que ésta es la mejor solución. Desde luego, tomo toda la responsabilidad por esta decisión mía. Porque bien sabe usted que yo soy el responsable de lo que pueda ocurrir.

Mason se dirigió a Della Street, que había estado presente en la conversación tomando notas, y le dijo:

—Della, ahora iremos al laboratorio, avíseles para que se preparen para hacer un análisis urgente. Tome nota del teléfono nocturno del doctor Alton para que lo podamos llamar tan pronto tengamos el resultado en nuestro poder.

—Otra cosa, señor Mason. Supongo que todo esto lo considerará confidencial, ¿eh? Porque ya sabe usted que cuando se le dice algo a la policía, nunca se sabe cómo ni por qué, pero inmediatamente la prensa se entera de lo que sucede. El nombre y la posición de Laretta Trent es hartamente conocido para que la prensa lo considerara como noticia de primera plana. Si lo que sucede llega a publicarse, significará el final de mis relaciones profesionales con ella.

—Tal como están las cosas casi puede decirse que soy una especie de servidor público, doctor. En este momento, no tengo ningún cliente que haya contratado mis servicios y el cliente lógico debería ser la señora Laretta Trent; pero tenga la seguridad de que no deseo ponerme en relación con ella.

—No debe preocuparse por ello —afirmó el doctor, y agregó—: Tan pronto usted halle un rastro positivo en el cabello o bien en las uñas, yo mismo, como ya le he dicho, iré a verla y le expondré lo sucedido y la importancia que ha tenido su ayuda.

»Además, le aseguro, y de ello me hago también responsable, que todo dispendio habido por esta causa, le será reembolsado inmediatamente por la señora Trent. Ahora bien, señor Mason —aquí el doctor Alton carraspeó—, si sus sospechas fueran infundadas... creo que comprenderá... que...

—No se esfuerce, doctor. Usted quiere decir que si he puesto mi dinero a una carta equivocada, las cosas resultantes serán a mi

cargo y que usted se desentenderá por completo de mí, ¿no es eso?

—Se ha expresado usted, digamos, con mayor contundencia de la que yo me hubiera atrevido, pero ha captado perfectamente mi pensamiento.

—Hacia las nueve y media le llamaré y entonces podrá usted decidir definitivamente.

—Gracias, señor Mason.

Se estrecharon las manos y el doctor se fue.

Della Street contempló con aire dudoso a Mason y luego dijo lentamente:

—¿No tiene usted algún pensamiento reservado acerca del doctor Alton?

—¿Qué quiere que le diga, Della? No puedo desechar el pensamiento... de qué es lo que sucedería si el doctor Alton resultara ser uno de los beneficiarios del testamento de Laretta Trent.

Los ojos de Della Street se abrieron desmesuradamente con consternación al murmurar:

—¡Dios santo, pero usted cree que...!

—Eso exactamente —le interrumpió Mason.

Calló unos instantes, miró ante sí y dando un suspiro continuó:

—Bien, vámonos a cenar y de paso dejaremos esto en el laboratorio y así, personalmente, les urgiremos para que nos den un informe inmediato.

—¿Y comunicará al doctor Alton el resultado? Si es uno de los beneficiarios del testamento... claro... en estas circunstancias... pues no está mal...

—Claro que no. Le comunicaré el resultado, y así estaré completamente seguro de que Laretta Trent queda perfectamente protegida contra futuros... de esos llamados... ataques de gastroenteritis.

—Sí, no cabe duda que es una solución.

Capítulo 13

Mason y Della Street cenaron tranquilamente; aquella comida fue un descanso para ambos.

Della Street había rogado al laboratorio que llamaran al restaurante donde iban a cenar, tan pronto tuvieran el resultado, y el jefe del comedor, sabiendo que Mason esperaba una llamada importante, no quitaba el ojo de su mesa.

La cena había sido bastante distinta para ambos, porque si bien Della Street se había contentado con un bistec delgado y unas patatas fritas, Mason había pedido chuletas, una botella de cerveza grande, ensalada variada y patatas rellenas.

Por fin, el abogado apartó de sí el plato, se arrellanó, tomó el vaso de cerveza, bebió lo que en él restaba, sonrió a través de él a Della y dijo:

—No cabe duda de que es gran placer el poder sentir que uno no pierde el tiempo y puede tomarse todo el tiempo que quiera. Considérelo usted, Della, considérelo. El laboratorio trabaja para nosotros, tenemos a Paul Drake con toda su organización preparada... —se interrumpió al ver que el jefe del comedor venía hacia ellos con el teléfono, y agregó—: e incluso ahí viene Pierre con un teléfono, para mayor comodidad. ¿Qué más se puede desear?

Efectivamente, hacia su mesa caminaba el jefe del comedor con un teléfono en la mano, consciente de las miradas de los comensales con que lo seguían en su camino hacia la mesa del distinguido cliente.

—Su llamada, señor Mason —le dijo con ligera inclinación.

Mason tomó el auricular y dijo:

—Aquí, Mason.

—Un momento, por favor, señor Mason —respondió la

telefonista. Mason oyó un ligero «clic» y seguidamente la voz de la operadora que decía—: Ya tiene línea, señor Mason.

—Aquí Mason —repitió el abogado.

La voz que desde el laboratorio le hablaba parecía ser algo mecánica.

—Usted deseaba un análisis de uñas y cabellos para comprobar la existencia de arsénico. Bien, ambos han resultado positivos.

—¿Qué cantidades? —inquirió Mason.

—No ha sido un análisis cuantitativo. Sólo se han llevado a cabo las reacciones necesarias para la comprobación de la presencia del mineral, pero puedo informarle que hay dos bandas o capas de arsénico, lo que indica que entre ambas dosis transcurrieron aproximadamente unas cuatro semanas. Las uñas no han permitido un examen tan detallado, pero sí para indicar la presencia de arsénico, sin lugar a duda.

—¿No podrían hacer un análisis indicando la cantidad? —preguntó Mason.

—No con el material de que actualmente dispongo. Entendí que lo que importaba era la rapidez y lo empleé puede decirse que todo, en hacer los diversos análisis para comprobar simplemente la existencia del mineral.

—Bien. En resumidas cuentas la cantidad tiene poca importancia. Muchas gracias y guárdelo todo cuidadosamente. Ya lo haré recoger.

—¿Hay que comunicar algo a la autoridad?

—No. Todavía no.

Colgó el auricular, firmó la factura que le trajo el jefe del comedor, añadió una generosa propina, y le dio diez dólares diciendo:

—Esto es para usted, Pierre, y muchas gracias.

—Muchas gracias, señor Mason. ¿La llamada fue oportuna? ¿Se oyó bien?

—Todo fue perfectamente. Gracias de nuevo.

Mason tomó a Della Street del brazo y ambos salieron del comedor. Al pasar ante una cabina de teléfonos, se detuvieron y Mason echó una moneda en el aparato y marcó el número del teléfono del doctor Alton. Oyó como al otro extremo de la línea el aparato comenzaba a repiquetear e inmediatamente la voz del

doctor, diciendo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Diga! ¡Diga! —lo cual indicaba que había permanecido junto al aparato aguardando la llamada.

—Perry Mason al habla, doctor Alton. Bien, ya tenemos el resultado del análisis. Ambas comprobaciones han resultado positivas. Los cabellos indican que hubo dos ingestiones de arsénico con un espacio intermedio de tiempo de unas cuatro semanas.

Durante unos instantes la línea permaneció en completo silencio y luego Mason oyó que el doctor Alton murmuraba con acento consternado:

—¡Dios mío!

—Ahora, doctor, tenga presente que «ella» es su paciente.

—Es que, señor Mason, tengo razones para suponer que yo soy uno de los beneficiarios del testamento de Lauretta Trent. Este terrible asunto me está colocando en una situación muy violenta, pero muy violenta. Tan pronto informe a la señora Trent, sus familiares me castigarán, no sé expresarlo de otra forma, insistiendo en que llame a otro médico. Si éste no confirma mi diagnóstico, puede imaginarse el resultado, y si lo confirma, la familia dirá que he querido apresurar la herencia.

—Creo que debería ante todo reflexionar qué es lo que sucedería si usted no informa a quien debe de lo que ha averiguado y si de producirse un cuarto ataque de esos falleciera la señora Trent.

—Créame que no he cesado de pasearme de un lado a otro, meditando lo que debo hacer, durante la última hora transcurrida. Ya sé que usted no está conforme con las medidas de precaución que he tomado, que las considera insuficientes y que en su opinión por lo menos hubiera debido de informar a la enfermera y que procurara... en fin, todo eso ya es agua pasada.

»Mason, voy a visitar a la señora Trent y me complacería mucho, pero mucho, que usted estuviera presente en la conversación que voy a tener con mi paciente. Quizá necesite el refuerzo de otra autoridad profesional, pero creo que lo que voy a precisar, en primer lugar, es de un abogado. Deseo que usted esté allí para que confirme los hechos y procuraré que sea generosamente recompensado por la señora Trent. Me hago responsable de ello.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó sencillamente Mason.

—El dos mil ciento doce de la avenida Alicia, no tiene pérdida,

ya verá que es una mansión imponente. Como le digo, me voy para allá inmediatamente y si llego primero lo aguardaré. Si fuera usted quien llegara antes, le ruego que me espere en la curva de entrada de la mansión, pues el único lugar donde puede esperarme sin llamar la atención es en la curva que le he dicho.

—De acuerdo. Voy también para allá con mi secretaria, la señorita Della Street.

—Seguramente llegaré yo antes que usted. Le esperaré en dicha curva.

—¿Ya tiene formada una idea de cómo exponer la cuestión?

—No he pensado en ello, pero comprendo que he sido un optimista inconsciente y quizás incluso... un cobarde.

—¿Va a revelárselo todo?

—Sí, se lo diré todo. Le diré que su vida corre peligro, que me equivoqué en mi diagnóstico. En resumen, voy a poner lo que se dice las cartas boca arriba y ver qué es lo que sucede.

—Usted la conoce. ¿Cómo cree que reaccionará? —preguntó Mason.

—No la conozco lo suficiente.

—¿Pero no ha sido durante años su cliente?

—Soy su médico desde hace algunos años, pero no la conozco a fondo, no la he tratado bastante, para predecir cómo reaccionará ante un caso semejante. No lo sé. Es muy independiente en su criterio.

—Parece algo interesante —observó Mason.

—Probablemente es interesante para usted —arguyó el doctor con amargo acento—, pero para mí significa un desastre.

—Caramba, creo que exagera usted, que es demasiado severo consigo mismo. Por lo general los médicos no esperan que haya envenenamiento a cada vuelta de esquina y en la mayoría de los casos en que ha habido envenenamiento por arsénico, el médico, guiado por su buena fe, ha diagnosticado una gastroenteritis, más o menos aguda.

—En mucho agradezco sus amables palabras. Gracias, muchas gracias. Sé que intenta animarme —casi sollozó el doctor Alton, y añadió—: Pero eso no me evitará lo que sea. Voy a afrontar las consecuencias.

—Pues voy para allá en seguida.

El abogado abandonó la cabina y dijo a Della Street:

—Vamos a informar a Paul Drake de que nos vamos a casa de la señora Trent. No podemos dejar solo al doctor Alton en estos momentos.

Capítulo 14

Mason entró en la avenida Alicia y condujo hasta que las luces del paseo le mostraron un imponente edificio blanco que se alzaba en el centro de un espacioso prado. Un paseo enarenado, que describía una curva, conducía desde la avenida hasta la puerta de entrada.

Frente a dicha curva había un coche con las luces apagadas, y se adivinaba la silueta del conductor sentado ante el volante.

Mason murmuró:

—O mucho me equivoco o bien ahí tenemos a nuestro doctor Alton.

El abogado detuvo su coche detrás del que allí estaba, y casi en el mismo instante el doctor Alton abrió la portezuela correspondiente a su asiento, salió y caminó hacia el coche de Mason.

—Ha venido usted muy aprisa —observó el doctor Alton y añadió—: ¿Vamos?

—¿Entramos con ambos coches? —preguntó Mason.

—Sí, es lo mejor. Yo iré delante, usted me sigue. Frente a la entrada hay un lugar adrede para aparcar tres coches. Por lo tanto, no tiene que hacer más que seguirme.

—Pues vamos allá —convino Mason.

El doctor Alton dudó todavía unos instantes, luego respiró profundamente, echó los hombros hacia atrás, entró en su coche, encendió las luces, puso en marcha el motor, arrancó y enfiló el paseo lentamente.

Mason lo siguió pegado a él, aparcó tal como le había dicho, ayudó a Della a apearse y tomándola del brazo subió la escalinata de la casa caminando al lado del doctor. Éste pulsó el timbre de latón.

Al parecer el doctor contaba con que les abriría algún sirviente, porque no pudo ocultar un gesto de sorpresa cuando se encontró a un individuo más bien grueso, de ojos azules, que aparentaba tener unos cincuenta años o bien poco más.

—Caramba, doctor... ¿a estas horas? —exclamó aquel individuo con acento de sorpresa, y preguntó inmediatamente—: ¿Sucedo algo? ¿Hay alguna novedad?

El doctor Alton respondió con alguna vacilación:

—Pasaba por aquí... y he decidido saludar a la señora Trent.

Aquel individuo miró inquisitivamente a Perry Mason y a Della Street.

—¿Estos señores? —preguntó.

El doctor Alton, evidentemente desazonado por la forma en que se desarrollaba la entrada y por aquel encuentro sorprendente, intentó pasar por alto las presentaciones.

—Vienen conmigo —dijo secamente, y echó a andar por el vestíbulo.

Mason tomó de nuevo a Della del brazo y ambos caminaron detrás del médico, el abogado mostrando una sonrisa fría, de cortesía impersonal.

Cuando ya casi habían alcanzado la escalera, el hombre aquel gritó:

—¡Eh! ¿Qué significa esto?

Volvióse el doctor, dudó un instante pero tomando ímpetu, dijo con acento firme:

—He rogado a estos señores...

—¡Pero si es Perry Mason, el abogado! —le interrumpió aquel hombre—. ¡He visto su fotografía en los periódicos!

Pero el doctor Alton ya estaba lanzado y sin vacilar, con la palabra precisa y eficiente aclaró:

—Eso es. Este caballero es el señor Perry Mason y esta señorita es Della Street, su secretaria. Deseo que el señor Mason tenga una entrevista con la señora Trent.

Luego, sobreponiéndose a una duda, añadió:

—Ese caballero es el señor Boring Briggs, cuñado de la señora Trent.

Briggs no prestó atención alguna a la presentación, sino que con agitación preguntó:

—¡Vamos! ¡Digan de qué se trata! ¿Es que intenta que se haga un testamento o algo parecido? ¿Qué ha sucedido? ¿Ha sufrido otro ataque Lauretta?

—Hubiera preferido que la señora Trent contestara a sus preguntas, pero si es que ha de contribuir a su tranquilidad, puedo aclararle que el señor Mason viene conmigo. La señora Trent no lo ha llamado.

—Bien, no creo que haya que molestarse por mis preguntas. Creo que cualquiera que regresa a casa, como yo acabo de hacerlo, y se encuentra en el vestíbulo a un médico acompañado por un abogado... pues es lógico que pregunte qué sucede. Eso es todo.

—Claro. Bien, vamos arriba. Por aquí si tienen la bondad —dijo el doctor con dignidad.

El médico indicó la escalera con un ademán y comenzó a subirla. Mason y Della lo siguieron paso a paso.

Briggs continuó de pie en el vestíbulo viendo cómo subían, con la mirada seria y ceño fruncido.

Cuando el doctor llegó al rellano superior, embocó un largo corredor por el que comenzó a caminar a grandes pasos, que visiblemente los acortó cuando se acercó a una puerta cerrada que al fondo había. Una mujer abrió aquella puerta, quizá porque había oído los pasos del doctor. Esta vez el doctor hizo las debidas presentaciones.

—La señorita Anna Fritch. Enfermera diplomada. Señorita Fritch, ésta es la señorita Della Street, secretaria del señor Perry Mason, abogado. El señor Perry Mason.

Sus ojos les miraron curiosamente mientras decía las frases rituales de saludo y el doctor Alton abría la puerta y la mantenía así para que pasaran Della Street y Perry Mason, al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo se encuentra la paciente?

Los ojos de la enfermera lo miraron abiertamente, mientras contestaba en voz baja:

—Se ha ido.

El doctor Alton la miró como si no creyera en lo que oía y preguntó asombrado:

—¿Dice usted que se ha ido?

—No, no —se apresuró a interrumpirle la enfermera—. Quiero

decir que ha salido. Ha ido a alguna parte.

—Yo le dije que tomara precauciones en lo concerniente a su dieta y...

—Desde luego —interrumpió de nuevo la enfermera, añadiendo —: Todo lo anoté. Le serví tostadas que preparé yo misma en un tostador eléctrico y dos huevos pasados por agua cuya cáscara rompí yo misma. No los sazoné y mucho me temo que extremé la nota. Insistí en que comiera los huevos sin sal y dije que usted deseaba que aquella noche no tomara nada de sal.

—¿Pero no le advirtió que tenía que quedarse en casa?

—Usted no me dijo nada acerca de este extremo.

—¿Conduce ella?

—Creo que George Eagan, el chófer, es quien conduce el coche.

—¿Cuánto tiempo hace que ha salido?

—Pues no lo sé exactamente. La verdad sea dicha, ni sabía que había salido, porque por aquí no pasó. Pero hay una puertecilla en su dormitorio que da al corredor. Usted mismo puede comprobarlo.

La enfermera cruzó la estancia y abrió una puerta que mostró un gran dormitorio con tapicería rosada, luz indirecta, una cama con dosel con un teléfono junto a la cabecera y media docena de sillas confortables; por una puerta abierta también veíase el cuarto de baño y otra puerta que daba al pasillo mencionado.

—¿No le dijo o la avisó de que iba a salir?

—En absoluto.

—¿A qué hora le dio usted las tostadas y los huevos?

—Hacia las siete, y le dije que usted prefería que no comiera nada más.

—¿Hizo algún comentario cuando usted le dijo que yo temía que todos esos ataques e indisposiciones fueran el resultado de una alergia y que deseaba trozos de sus uñas y un mechón de cabello para analizarlos?

—Me ayudó en todo lo que pudo. Comentó que no creía que todas aquellas molestias y trastornos fueran debidos a ciertas comidas, sino más bien debían achacarse a alguna alergia.

—Pues es muy importante que la vea, que hable con ella. ¿No tiene idea de cuándo va a regresar?

La enfermera sacudió la cabeza negativamente.

—¿Tampoco de cuándo se marchó?

—No, doctor. Salí un instante, regresé para ver si había cenado y me encontré con el dormitorio vacío.

—¿No puede estar en la casa?

—Salí inmediatamente del dormitorio y pregunté. Alguien me dijo que la había visto subir al coche.

El doctor Alton atravesó el dormitorio y cerró la puerta que daba al corredor, cerró también la puerta por donde habían entrado y volviéndose a Anna Fritch le preguntó:

—¿Sospechó usted algo cuando le dije que quería que me enviara cabellos y trozos de uñas?

Ella intentó evitar su mirada.

—¿Sospechó usted algo? —preguntó de nuevo el médico.

—Me sorprendí —contestó la enfermera.

—¿Sospechó usted? Dígamelo —reiteró el doctor Alton.

—La petición aquella, unida a sus terminantes instrucciones concernientes a la dieta a seguir... pues... verá, preparé yo misma los alimentos y no dejé que nadie se acercara a ellos.

—Así, pues, usted sospechó algo.

—Francamente... sí.

La puerta del corredor se abrió con cierta violencia y Boring Briggs, acompañado por otro individuo, entró en la habitación.

—¡Quiero saber qué es lo que sucede! —exclamó Briggs.

El doctor Alton miró a ambos con no disimulado desprecio.

—Doy instrucciones a la enfermera —fue su seca respuesta.

—¿Y para eso necesita usted un abogado? —preguntó Briggs.

El doctor Alton, sin hacerle caso, se dirigió a Mason, diciéndole:

—Señor Mason, le presento al señor Gordon Kelvin, otro cuñado de la señora Trent.

Kelvin, un tipo alto, de porte distinguido, que aparentaba tener cerca de sesenta años, con el aire de un actor frustrado, avanzó un paso e inclinándose ligeramente extendió la mano, diciendo al mismo tiempo:

—Mucho gusto en conocerle, señor Mason —y luego de una breve pausa, preguntó a su vez—: ¿Podría decirnos el motivo de su visita?

—Vine para saludar a la señora Trent.

—Creo que es una hora un tanto desusada para una visita.

La sonrisa de Mason no podía ser más amable, mientras

contestaba:

—He conseguido organizar mi vida en la forma que más me place, es decir sin someterme a normas, que con frecuencia son incómodas, y en no contenerme en hacer lo que más deseo, por razones tan absurdas como, por ejemplo, afirmar que es extraño, desusado, distinto o bien indiferente.

El abogado contempló con angelical mirada a los dos irritados cuñados, que cambiaron una mirada entre ellos.

—No creo que ésta sea una ocasión propicia para sermones —dijo Kelvin.

—No quiero hacer chistes, sólo deseo ser exacto —replicó Mason.

Briggs se encaró con el doctor Alton y le preguntó con seco acento:

—¿Quiere decirnos de una vez qué significa esto?

El doctor lo contempló un instante, como dudando qué respuesta debía darle, y luego afirmó:

—Sí. Le diré la razón de mi visita. Me equivoqué al diagnosticar la enfermedad de la señora Trent.

—¿Que se equivocó usted? —exclamó Briggs sorprendido.

—Lo que oye.

—¿Un diagnóstico erróneo? —preguntó ahora Kelvin.

—Exactamente.

—¿Y usted lo admite?

—Sí.

De nuevo ambos hermanos políticos cambiaron una mirada entre sí.

—¿Tendría la bondad de decirnos cuál es la verdadera enfermedad que padece? —preguntó Briggs.

—Desearíamos saber si es algo... grave —añadió Kelvin.

—Me atrevo a decir que ha acertado —contestó el doctor Alton secamente.

Briggs advirtió:

—Nuestras esposas han salido, pero llegarán de un momento a otro. Quizá que aguardemos a que lleguen y... así... ¿eh?... pues usted podría informarlas a ellas también...

—Pedirán una explicación —concluyó Kelvin.

—Muy bien —exclamó el doctor Alton irritado, y continuó—: Se

la daré. Me equivoqué en el diagnóstico. Creía que su cuñada sufría un ataque de gastroenteritis provocado por la ingestión de alimentos en conserva.

—¿Y ahora afirma usted que su diagnóstico no fue correcto? —preguntó Briggs de nuevo.

—No, no lo era.

—¿Y cuál es el diagnóstico acertado? —quiso saber Gordon Kelvin.

—Alguien ha estado suministrando deliberadamente arsénico a su cuñada con el indudable propósito de envenenarla.

En el profundo silencio que produjeron aquellas palabras, irrumpieron dos mujeres que entraron charlando en la estancia, muy parecidas, de las que disipan mucho dinero en institutos de belleza y tiendas de modas, y que aquel día, al parecer, lo habían dedicado a su mayor placer.

Iban tan encorsetadas que incluso tenían un aire desmañado, por sus tiosos movimientos, barbillas levantadas y a pesar de su bellísimo peinado.

El doctor Alton procedió a las presentaciones:

—Señora Briggs y señora Kelvin, el señor Mason y la señorita Street, secretaria del señor Mason.

La señora Kelvin, quizás unos años mayor que su hermana, con penetrantes inquisitivos ojos, tomó inmediatamente la iniciativa diciendo:

—¿Qué sucede?

Boring Briggs respondió:

—El doctor Alton acaba de decirnos que con respecto a Lauretta hizo un diagnóstico erróneo de su enfermedad, que no era debido a la ingestión de alimentos en malas condiciones, sino a que era envenenada con arsénico.

—¡Arsénico! —exclamó la señora Kelvin.

—Absurdo y sin sentido —rezongó la señora Briggs.

—Pues él parece que está seguro —dijo Gordon Kelvin—, porque...

—¡Repito que es un absurdo sin sentido! Si uno se equivoca una vez, ¿por qué no puede equivocarse dos? En mi opinión lo que Lauretta debe hacer es consultar otro médico.

—Creo que debe sugerírselo a ella —observó secamente el

doctor Alton.

—Bien. Pero vamos a ver. ¿Va a salir todo esto en los periódicos? —quiso saber Boring Briggs.

—No, a menos que ustedes se lo digan —respondió el doctor Alton.

—¿Ha hablado con la policía?

—Hasta ahora nos hemos abstenido de ello —aclaró Mason.

Se produjo otro pesado silencio.

Mason continuó calmamente:

—Desde luego, son ustedes los que han de decidir, pero me permito opinar que ésta es una situación para la que no les conviene la publicidad, porque he podido comprobar que han recibido esta nueva con entremezcladas emociones; pero aparte de ello debemos enfrentarnos con hechos, con realidades, y con las realidades no caben argumentaciones.

—¿Y cómo sabe «usted» que hay realidades? ¿Cuáles son? —preguntó Briggs.

—Realidades de laboratorio. Evidencias positivas.

—Ninguna evidencia puede tener de que eso haya sucedido.

Mason replicó pausadamente.

—Es curioso. Generalmente se ignora que el arsénico tiende a depositarse en las uñas y en el cabello... Una vez ha llegado a la sangre, se concentra en las uñas y en los cabellos, donde durante mucho tiempo puede comprobarse su existencia. A última hora de la tarde el doctor Alton me entregó trozos de las uñas y un mechón de cabellos de la señora Laretta Trent, y yo personalmente, lo entregué todo para su análisis a un reconocido y competente laboratorio.

»El resultado fue hallar arsénico en el cabello y en las uñas. Pero el cabello demostraba que dicha señora había sido envenenada en varias ocasiones. Ahora bien, teniendo presente que el doctor Alton es el médico personal de la señora Trent, creo que le corresponde a él darles más amplia información.

—Lo que a mí me interesa en primer lugar es proteger la vida de mi cliente —explicó el doctor Alton, y añadió—: Pero como la he tratado bastante tiempo, creo conocer algo de su temperamento y no dudo en afirmar que en el momento en que yo le comunique que ha sido víctima de uno o varios intentos de envenenamiento,

comenzarán a producirse acontecimientos a su alrededor.

—En eso estoy de acuerdo —exclamó la señora Briggs—. Saltará hasta el techo.

—Una dosis de veneno por arsénico, puede ser algo casual —continuó el doctor Alton—. Pero el caso es que han habido dos intentos de homicidio y muy bien podrían ser tres.

Aquellas palabras fueron recibidas con profundo silencio, que fue roto por la señora Kelvin al preguntar:

—Pero, ¿esos análisis son de fiar? Quiero decir... ¿No puede haber un error?

—Señora, son exactos. No es posible que haya un error —afirmó Mason.

—Recuerdo que la primera vez que se encontró indispueta fue después de aquella fiesta en que comimos platos típicos españoles. Los preparó George en el emparrillado del «patio» —afirmó la señora Briggs.

—Pero recuerda que comimos todos —advirtió la señora Kelvin—. Eso es. Fue la primera vez que se sintió indispueta.

—Sí, es verdad. Sólo Lauretta enfermó —confirmó su esposo.

El doctor Alton apuntó:

—Desde luego, unos platos típicos españoles serían ideales para intentar un envenenamiento mediante arsénico.

—El segundo ataque o indisposición ocurrió después de celebrar aquella fiesta al aire libre. También en aquella ocasión George actuó de cocinero —continuó la señora Briggs.

—¿Quién es ese George? —preguntó Mason.

—George Eagan, el chófer —explicó Gordon Kelvin.

—¿Y hace la comida? —preguntó de nuevo Mason.

—Hace de todo y sirve para todo. Casi siempre está con Lauretta.

—Demasiado tiempo con ella, a mi parecer. Estoy segura que ese tipo intenta dominar su voluntad —comentó la señora Kelvin.

—¿Saben ustedes si está incluido, quiero decir, recordado, en su testamento? —preguntó Mason.

Los que allí estaban se miraron sorprendidos.

—¿Sabe alguno de ustedes los términos de su testamento? —preguntó de nuevo Mason.

De nuevo hubo miradas entre ellos y un silencio embarazoso.

—Parece ser que el señor Delano Bannock, ya fallecido, fue el abogado de confianza de la señora Trent. ¿Sabe alguno de ustedes si le encargó la redacción de un testamento, en su oficina, o bien si después de la muerte del señor Bannock, cambió tal encargo a otro abogado? —continuó preguntando Mason.

—Verá usted... Lauretta es muy reservada en lo que concierne a sus asuntos particulares, quizá porque vive rodeada de la familia. Se ha vuelto muy reservada en lo que concierne a sus cosas —explicó Kelvin.

—Asuntos financieros —aclaró la señora Briggs.

—Digamos financieros y personales —añadió la señora Kelvin.

—Tengo la impresión que en la actualidad se ha llegado a lo que podríamos llamar un momento decisivo —advirtió el abogado.

—¿Cómo consiguió usted retazos de sus uñas y un mechón de sus cabellos? —preguntó Kelvin.

—Di las correspondientes instrucciones a la enfermera —dijo el doctor Alton.

Dirigiéndose a Anna Fritch, preguntó Kelvin:

—¿Se enteró George Eagan que usted tomaba retazos de las uñas y le cortaba un mechón de cabellos a Lauretta?

—Ella se lo dijo. Estaba muy contenta porque aquello confirmaba su creencia de que la enfermedad provenía de alguna alergia. Parecía muy animada —contestó la enfermera.

—¿Una alergia? —preguntó Kelvin.

—Expliqué a la enfermera que quería hacer algunas comprobaciones, algunas pruebas, para determinar si aquellas indisposiciones podían provenir de una alergia, más o menos violenta. Le dije que le recortara las uñas y le cortara un mechón de cabellos. Lo de las uñas todavía se lo aclaré diciéndole que iba a recetarle un preparado que quizá le causaría cierta irritación en la piel y no convenía que se rascara. Que también, si había alergia, podía ser debida a alguna reacción de alguna loción o tinte para el cabello, se han dado casos —explicó el doctor Alton.

—Creo que en lugar de mostrarnos irritados con el doctor Alton, deberíamos expresarle nuestro agradecimiento por su atención y cuidado —opinó con gesto de dignidad Kelvin, y añadió—: Y prestar nuestra atención a otra cosa.

—¿A qué te refieres? —preguntó la señora Briggs.

—A averiguar dónde ha ido Lauretta.

—Salió con ese chófer suyo. Quién sabe a dónde han ido y cuándo regresarán. ¿Qué podemos hacer para localizarlos? ¿Llamar a la policía?

Gordon Kelvin se opuso diciendo:

—Desde luego creo que no hemos de llamar a la policía. Todavía no hay motivo alguno. Pero sabemos de algunos lugares donde podría estar. Los restaurantes que frecuenta y algunos amigos a quienes ha podido ir a visitar. Creo que lo mejor sería llamarlos por teléfono y con diplomacia preguntar si se halla allí. No hay que llamar su atención mostrando ansiedad.

»Eso lo podríais hacer vosotras dos. Id llamando a sus amigos, excusándoos por hacerlo a una hora algo intempestiva; pero indicad que tenéis necesidad de hablar con Lauretta. Si una de vosotras consigue hablar con ella, decidle... que la otra se encuentra indispuesta y que por favor que regrese inmediatamente. Así el chófer ese no desconfiará y no intentará... mejor dicho, no intentará nada.

—¿Y qué puede intentar? —quiso saber Briggs.

—Vete a saber... pues un montón de cosas —exclamó la señora Kelvin.

—Bien. Lo que interesa es que no desconfíe y caiga en la trampa —dijo Kelvin.

—¿Qué trampa? —preguntó a su vez Mason.

Todos le miraron y Kelvin dijo:

—Él es el único que puede haber intentado envenenarla. ¿No lo comprende?

—Pues, francamente, no lo comprendo —replicó Mason y continuó—: Puede haber razones para sospechar, pero de la sospecha hasta la evidente prueba hay un gran trecho. Me permito recomendarles que tengan mucho cuidado en eso de preparar trampas.

—Comprendo lo que usted quiere insinuar. Pero, no obstante, vamos a comenzar a intentar ver si la localizamos y hacer que regrese. En casa estará a salvo —dijo Kelvin.

—No lo ha estado —arguyó Mason.

—Pero ahora sí que lo estará —exclamó Kelvin.

—Soy de su opinión —dijo el doctor Alton y agregó—: Tan

pronto llegue le explicaré con todo detalle lo que ha sucedido, es decir, pondré todas mis cartas encima de la mesa, y si me lo permite organizaré un servicio de enfermeras que cuidarán de ella durante las veinticuatro horas del día y sólo comerá lo que ellas le prepararán.

—Creo que está bien pensado y nadie tendrá nada que objetar —observó Kelvin. Volviéndose a los demás preguntó—: ¿Qué os parece?

La señora Briggs no ocultó su disconformidad, diciendo:

—¡Todo eso son tonterías! No vais a colocarla en una situación que virtualmente sea una cárcel o bien un completo aislamiento. Con que el doctor Alton le explique lo que ha sucedido, bastará, porque ya estará sobre aviso. Ya tiene edad suficiente para vivir su propia vida y no necesita aislarse de nada ni de nadie sólo porque el doctor Alton dice que alguien ha tratado de envenenarla.

—Puede usted acortar la frase, suprimiendo la referencia «el doctor Alton dice» y así quedará «sólo porque alguien ha tratado de envenenarla» —objetó con enojado tono el doctor Alton.

—No tengo por costumbre el acortar mis frases —replicó secamente la señora Briggs.

Mason creyó oportuno echarle un cable al médico diciendo:

—Creo que ya es hora de que nos vayamos, doctor.

—Por lo que a mí atañe, me quedaré para ver si todavía puedo hablar con mi paciente —objetó tozudo el doctor Alton.

Repiqueó el teléfono.

—Es Laretta que llama, estoy segura —exclamó la señora Kelvin—. Por favor, conteste usted, enfermera, y si es mi hermana pásame el auricular.

La enfermera descolgó el auricular y luego de preguntar quién llamaba, dijo:

—Es para usted, señor Mason.

—Con su permiso —dijo Mason a los demás y tomando el auricular, preguntó en voz apagada—: ¿Quién es?

Era Virginia Baxter que preguntaba:

—Señor Mason, ¿cree usted que es conveniente que me entreviste con la señora Laretta Trent?

Mason lanzó una mirada a los demás que había en la estancia y cuyos rostros no podían ocultar la curiosidad que sentían.

—¿Dónde? —preguntó sin más comentario.

—En un motel, encima de Malibu.

—¿Cuándo?

—Pues la verdad es que se retrasa. Mi primer pensamiento fue que sabría lo que tenía que hacer, pero luego me entró la duda.

—¿Dónde se halla ahora?

—En el motel.

—¿Dónde?

—¡Ah! Ahora le entiendo. Es el «Saint Rest» y yo me hallo en la cabaña número catorce.

—¿Hay teléfono ahí?

—Sí, en cada una de las viviendas.

—Bien. Llamaré. Espere.

El abogado colgó el auricular.

Mason hizo un ademán a Della Street e inclinándose a guisa de saludo hacia los demás dijo:

—Señoras, señores, les ruego se sirvan disculpamos, pero hemos de irnos.

—Le llamaré más tarde, señor Mason —dijo el doctor Alton.

—Llame a la agencia Drake. Allí siempre hay alguien de guardia y sabrán dónde encontrarme. O bien puede dejarme el mensaje que quiera.

Con Della Street al lado comenzó a andar hacia la puerta, pero la señora Briggs, le detuvo un momento diciéndole:

—Señor Mason, antes de irse deseo manifestarle que lo que nos ha dicho el doctor Alton nos ha horrorizado... y que francamente nos inclinamos a creer que hay algo más de lo que parece en todo este asunto.

Mason se inclinó de nuevo, diciendo al mismo tiempo:

—Desde luego, son ustedes muy dueños de opinar lo que mejor les parezca. Mi única respuesta es desearles muy buenas noches.

Abrió la puerta y la mantuvo así para que Della le precediera por ella.

Capítulo 15

Una vez hubieron salido, Della Street dijo:

—Supongo que la llamada sería lo suficientemente importante para obligarle a dejar la escena del conflicto.

—La llamada procedía de Virginia Baxter. Parece que Lauretta Trent la ha llamado y ha convenido un encuentro con ella en un motel denominado «Saint Rest», más allá de Malibu. El motel tiene teléfono y nuestra cliente se encuentra en la cabaña catorce.

»Vamos a llamarla tan pronto podamos. A ver si encontramos una cabina, pero que sea lo suficientemente lejos de la casa de Lauretta Trent, para que no nos vea ninguno de ambos cuñados, que parecen unos caballeros cruzados en la defensa de su cuñada, en caso de que salgan en su busca.

—¿Pero a usted qué le parece todo el asunto?

—Pues no sé qué pensar, si bien no cabe duda que hay una estrecha relación entre los testamentos que fueron redactados en la oficina del difunto Bannock y la actitud de varios de los beneficiarios o herederos.

—Del conjunto he sacado la impresión que el que podría estar más comprometido es el chófer. Es el heredero. Es el cocinero en las fiestas al aire libre. Lauretta Trent se pirra por los platos con mucha especia y cada vez que come de ellos tiene una perturbación gástrica. Quizá no sean fatales de necesidad... pero unas violentas náuseas pueden provocar un ataque cardíaco.

—Muy bien descrito todo.

—Hay una gasolinera con teléfono al final de esa manzana. Cuando veníamos me he dado cuenta de ello.

—Estupendo.

Doblaron la esquina y entraron en la gasolinera. Della entró en la cabina, llamó al servicio de información y anotó el número del

motel «Saint Rest», mientras Mason vigilaba que el depósito fuera llenado.

En el momento en que Della llamaba a la cabaña catorce, Mason entró también en la cabina. Entonces Della le pasó el auricular y salió al exterior.

—¿Es usted, Virginia? —preguntó.

—Sí, señor Mason —respondió Virginia.

—Ahora cuénteme qué es lo que ha sucedido.

—Desde luego he de confesar que desobedecí sus órdenes, pero Lauretta Trent me llamó por teléfono, preguntándome si podría entrevistarme con ella esta noche, al objeto de hablar de un asunto muy importante. Le contesté que lo veía difícil, porque aquella noche tenía que quedarme en casa, pues había citado a alguien.

»Entonces me dijo que estaba dispuesta a compensarme por todas las molestias que pudiera ocasionarme, que subvendría a todos los gastos que tuviera y además me recompensaría con quinientos dólares mi buena disposición hacia ella. Pero la primordial condición era que yo no se lo comunicara a «nadie». Que fuera al lugar convenido y que la esperara.

—¿Y qué hizo usted? —quiso saber Mason.

—Pues fui allí. Aquellos quinientos dólares y el pago de todos los gastos se me aparecieron como una montaña de oro puro. Ya en camino comprendí que debía de haberle telefoneado a usted; pero como que ella había insistido tanto en que no se lo dijera a nadie... «No se lo diga a nadie» fue su última recomendación.

—¿Y qué más? —urgió Mason.

—Pues llegué aquí y la esperé durante una hora aproximadamente, sin que ella apareciera o bien mandara un mensaje o comunicación. Cada vez estaba más arrepentida de no haberle telefoneado lo que ocurría y por fin me decidí a llamarlo. Lo hice a la oficina de Paul Drake, donde me indicaron que usted se encontraba en casa de la señora Lauretta Trent, allí me contestó la enfermera y luego hablé con usted.

—Permanezca ahí como si no hubiera hecho nada —dijo Mason y agregó—: Estamos en camino hacia ese motel de Saint Rest. Si Lauretta Trent aparece antes de que lleguemos, entreténgala.

—¿Pero... cómo puedo hacerlo?

—Invéntese una excusa, una historia cualquiera. Dígale que

tiene cierta información muy importante para ella y en último extremo díglele que yo voy para allá. Si ha de llegar a este extremo díglele entonces que deseaba hablar con ella particularmente. Cuénteles todo lo que usted sabe, comenzando por su detención en el aeropuerto y lo concerniente a las copias mecanografiadas que últimamente ha efectuado.

—Pero... ¿cree usted que mi detención estuvo relacionada con todo esto?

—Estoy completamente convencido. Me imagino que el propósito era colocarla a usted en tal situación que su testimonio no mereciera crédito alguno, si es que llegaba el momento de tener que hacerlo.

—Bien, pues me quedo. Aguardando.

—¿Dónde se halla ahora?

—En la habitación que he tomado en este motel.

—¿Cuánto tiempo hace que está ahí?

—Más de una hora.

—Y su coche, ¿dónde está?

—Pues en el exterior, en el lugar de aparcamiento.

—Entendido. Llegaremos en seguida —terminó Mason.

El abogado colgó el auricular, dio su tarjeta al empleado, firmó la cuenta y dijo a Della Street:

—Vamos, Della, que oiremos viejas historias y pondremos en marcha ciertos acontecimientos.

Se dirigieron hacia Santa Mónica, luego a lo largo de la playa, donde una alta y poderosa marea dejaba oír su continuo estruendo. Mason redujo la velocidad en previsión al próximo viraje y embocó una enlodada carretera que partiendo de la general, ascendía hasta lo alto formando una serie de curvas retorcidas.

Mason dio más gas y manejó el volante con singular pericia, procurando no perder un segundo, pero sin olvidar nunca la prudencia.

Mientras el coche iba ascendiendo, Della Street le preguntó:

—¿Y qué dirá a Lauretta Trent, si es que allí la encontramos, Perry?

—Pues no lo sé. He de tener presente que ella «no» es mi cliente.

—Ese chófer... seguramente estará con ella.

Mason asintió en silencio, la vista clavada en la carretera.

—Y si sabe o bien averigua que el doctor Alton ha cambiado el diagnóstico y que ahora afirma que la señora Trent ha sido objeto de un envenenamiento por arsénico, ese hombre puede ser muy peligroso, Perry. Bien podría ser que Lauretta Trent jamás regresara —prosiguió Della Street.

—Si no puedo hablar con ella a solas, puedo prevenirla contra futuros envenenamientos. También hay que tener presente que ninguna obligación tengo de revelarles lo que hemos descubierto, porque ninguna relación tengo con Lauretta Trent, como tampoco la tengo de callar lo que sea. También puedo decirle que llame al doctor Alton y que lo sepa todo por su mediación.

—¿Y luego?

—Por lo tanto, no es absolutamente necesario que el chófer ese, George Eagan, sepa lo que hemos hablado. Pero si ella lo aprecia tanto como para hacerle beneficiario de su testamento, seguramente que hará falta algo más que una sencilla conversación telefónica para que cambie su opinión hacia él; si le digo algo, lo más probable es que se resuelva contra mí.

—Pero eso de que intervenga el doctor Alton, que también es un beneficiario...

—Cosa que no sabemos...

—Pues él bien lo cree así.

—¡Bah! También creyó que los primeros ataques o síntomas eran debidos a alimentos en malas condiciones. Nuestra principal misión es cuidar de los intereses de nuestro cliente. Ella es nuestra responsabilidad primordial. Si Lauretta Trent desea verla es que tiene alguna razón o motivo que la obliga a ello. Vamos a ver esa razón o motivo y en consecuencia actuaremos —concluyó Mason.

La carretera desembocaba en una meseta y a cierta distancia viéronse las luces del motel.

—Lugar extraño para montar un motel —observó Della Street.

—No tanto. Es frecuentado por la gente que va al lago a recorrerlo en canoa y por los pescadores. No hay un sitio adecuado junto a la carretera principal. Ya ha visto cómo es la costa: el océano a un lado y un áspero acantilado al otro.

Mason condujo el coche hasta el lugar de aparcamiento, paró el motor y se apearon. Fueron andando por delante de las cabañas hasta llegar a la indicada con el número catorce. Golpeo la puerta

con los nudillos.

Con un impulso Virginia Baxter abrió la puerta; bien se veía que estaba nerviosa.

—¡Gracias a Dios que los veo aquí! —exclamó y añadió—: ¿No quieren pasar?

—¿Dónde está la señora Laretta Trent? —preguntó Mason sin perder el tiempo.

—No lo sé. Aquí estoy aguardando. No he oído de ella ni una palabra... lo que se dice... ni una palabra.

—Pero ella le urgió para que viniese, ¿no es así?

—Exactamente.

—¿Pero por qué?

—Me dijo que tenía que comunicarme algo muy importante. De la mayor importancia para mí.

—Y esa conversación... ¿cuándo la tuvo?

—Pues... vamos a ver... Cuando salí de la oficina me fui a una estafeta de correos, que no está muy lejos de mi domicilio. Expedí la carta por correo certificado. Tomé café con leche, fui a casa y... pues haría una hora o bien hora y media que había regresado cuando llamó el teléfono. Era Laretta Trent. Me dijo quién era y me pidió que viniera pronto a reunirme con ella, en este lugar.

—¿En este motel?

—Exactamente.

—¿Le indicó la manera de llegar hasta aquí o bien usted ya sabía el camino?

—No, me dio detalladas instrucciones para hallar el camino, al mismo tiempo que me pedía que le asegurara que iba a venir y que no diría nada a nadie de su llamada.

—¿Le dijo a qué hora se reuniría con usted?

—No fijó hora, pero me dijo que no tardaría ni una hora en llegar después de mí.

—Usted, cuando prestaba sus servicios en la oficina del difunto señor Delano Bannock habló alguna vez con la señora Laretta Trent, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Fue testigo de uno de sus testamentos?

—Me parece recordar que los testamentos fueron dos, señor Mason, y no recuerdo si efectivamente fui llamada para actuar de

testigo. Lo que sí recuerdo perfectamente es que los redacté, mejor dicho los mecanografié, que había ciertas condiciones muy particulares concernientes a los parientes, en resumen algo fuera de lo acostumbrado. No se fiaba de sus parientes, quiero decir... que al parecer ella tenía la impresión que esperaban que falleciera y que todo su interés por ella no era nada más que puro egoísmo. Estos días y más en estas últimas horas he procurado recordar qué es lo que disponía en su último testamento... pero, sólo recuerdo vaguedades. Compréndalo, he mecanografiado verdaderas montañas de testamentos.

—Lo que ahora me interesa es si recordaba la voz de Lauretta Trent. Los términos del testamento que dictó, por ahora, son cosa secundaria.

—¿Su voz? No, no la recordaba. Tengo sólo un vago recuerdo de ella... una mujer alta, más bien delgada para su edad... de aspecto... no desagradable, creo que me entiende bien... no gorda... pero bien proporcionada.

—Bien, bien... pero no recordaba su voz.

—No, en absoluto...

—Entonces... ¿Cómo supo que estaba hablando con Lauretta Trent, cuando la llamó por teléfono? —preguntó Mason.

—Porque me dijo... Claro, ahora lo veo...

—En resumen: una voz femenina le dijo por teléfono que estaba usted hablando con Lauretta Trent, que viniera usted para acá; que Lauretta Trent vendría a su encuentro a lo más tardar una hora después que usted hubiese llegado... ¿No es esto? Bien. ¿Cuánto tiempo hace que se halla usted aquí?

—Pues dos horas. No, más, dos horas y media.

—¿Se ha inscrito en el libro de registro con su nombre?

—Claro...

—¿Y le dieron esta habitación?

—Sí.

—¿Y aparcó usted su coche?

—Sí, ahí, en el aparcamiento.

—Vamos a echarle un vistazo —dijo Mason con tono seco.

—¿Pero por qué?

—Porque no me gusta nada todo esto y quiero comprobado todo. Debió usted seguir mis instrucciones y no salir de su casa sin

preguntármelo.

—Pero es que ella insistía tanto en que no dijera nada a nadie... y que percibiría quinientos dólares más todos los gastos pagados... y como ya le he dicho... para mí ahora quinientos dólares, pues son... quinientos dólares...

—También hubiera podido prometerle un millón y si usted no lo percibe, pues la cantidad no tiene importancia.

Virginia fue con ellos hasta el aparcamiento de coches y de pronto exclamó:

—Qué raro... diría que lo había dejado al otro lado de esta señal oblonga... casi estoy segura de ello...

Mason caminó alrededor del coche y preguntó:

—¿Tiene una lámpara eléctrica portátil en el coche?

—No, no tengo ninguna.

—Yo tengo una en el mío. Voy por ella. ¿Cree que, efectivamente, no fue aquí dónde lo dejó?

—Señor Mason, estoy segura de que no lo dejé aquí. Segura. Mire, detuve el coche con el radiador justamente a la altura de ese mojón. Estoy absolutamente segura. Esto quiere decir que aparqué en el lugar debido.

—No toque nada. No se mueva. Voy a examinado. Escapó de una trampa, pero quizás esta vez no seamos tan afortunados.

El abogado fue hasta su coche, tomó la lámpara portátil que tenía en la bolsa de una de las portezuelas, regresó junto al coche de Virginia Baxter y alumbró su interior.

—¿Las llaves? —preguntó Mason.

Virginia se las entregó. Mason abrió una de las portezuelas, examinó los asientos, los respaldos, el suelo y nada halló que llamara su atención.

—Pues parece que todo esté en orden —murmuró incrédulo. Comenzó a examinar el exterior de la carrocería y de pronto exclamó:

—Alto... ¿Qué es esto?

—¡Caramba! —exclamó Virginia sorprendida—. ¡Pero si este parachoques está completamente hundido! ¡E incluso el portaequipajes abollado! ¡Y aquí hay algo roto...!

—Virginia, entre en el coche y ponga en marcha el motor. Pronto —ordenó Mason.

Virginia le obedeció y de pronto anunció:

—Uno de los faros delanteros no funciona...

—Es igual —exclamó Mason—. Salga al instante por el portón de salida y vuelva a entrar por el de entrada. Aprisa.

Mason tomó a Della del brazo y ambos corrieron hacia su coche.

—Entre, Della, porque conviene hacerlo todo con los mayores visos posibles de autenticidad... pero agárrese bien, que va a ser sacudida —le previno Mason.

Mientras tanto Virginia había salido con su coche por el portón de salida, describió una gran curva y enfiló de nuevo la entrada. El coche de Mason, marchando con las luces apagadas, se fue hacia el portón de entrada y ya casi en él se desvió ligeramente, colocándose frente al de Virginia. Las luces de los faros del coche de ella enfocaron el de Mason. Virginia frenó desesperadamente, los neumáticos rechinaron sobre el asfalto y luego oyóse el estruendo de un choque, acompañado de la rotura de cristales cuando el coche de Mason topó contra el suyo.

Se abrieron las puertas de varias cabañas, se encendieron luces, aparecieron cabezas que preguntaban qué era aquello y la encargada llegó corriendo al lugar del accidente gritando.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?

Virginia, muda de sorpresa, confusa, solamente articulaba:

—Pero... usted... pues yo... usted no había encendido las luces... pero dígame... por qué...

—Nada... que me equivoqué. ¿Qué le vamos a hacer? Tomé el portón de entrada por el de salida —dijo con rostro contrariado Mason.

La encargada se revolvió airada contra ése, gritando colérica:

—¡Usted tiene toda la culpa! ¡Sí, señor! ¿Que no tiene ojos en la cara? ¿No ve lo que dice el indicador: «Entrada» y tan claro como en pleno día? Es para desesperarse. Ya es el cuarto accidente que tenemos en la temporada y eso que he hecho poner esos grandes letreros junto a los portones, uno a cada extremo del aparcamiento.

—Créame que lo siento. Sí, es culpa mía —dijo de nuevo Mason con aire contrito.

La encargada se dirigió a Virginia Baxter, preguntándole:

—¿Está acaso herida?

—No, afortunadamente iba despacio y he tenido tiempo de

echar los frenos.

Tranquilizada en aquel extremo la encargada volvió a dedicar su atención a Mason, preguntándole:

—¿Acaso ha bebido?

Mason se apartó de ella al mismo tiempo que respondía.

—No.

—Pues se ha comportado como si lo hubiera hecho... porque ese letrero bien a la vista está... Hay que ver... Bien, señorita, usted está inscrita en el registro, ¿verdad? ¿Cabaña número catorce, no es exactamente eso?

—Exactamente.

—Pues bien, si necesita un testigo estoy en todo momento a su disposición. Voy a llamar a la policía de carreteras.

—Pero no es necesario —exclamó Mason—. Acepto que toda la culpa es mía.

—¡Claro que fue suya! ¡Ha estado bebiendo y he ahí las consecuencias! ¿No está alojado aquí?

—No, acababa de llegar y quería preguntar si había alguna cabaña vacía.

—Pues no las hay y no aceptamos gente embriagada. No se mueva de aquí y no toque los coches mientras llega la policía.

La encargada dio media vuelta y se fue hacia su oficina.

—¿Pero quiere decirme por qué ha hecho todo esto? —le preguntó Virginia a Mason una vez se hubo alejado la enfurecida encargada.

—Coartada —respondió escuetamente Mason.

—¿Coartada? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, nada más que eso. Coartada. Ahora si alguien le pregunta qué le ha sucedido a su coche y dónde, usted puede explicarlo, con testigos y todo. Lo que puede hacer ahora es ir a ver a su amiga la encargada para que le proporcione una escoba; agénciese una de esas palas para recoger desperdicios y tire todo eso en uno de esos cubos de basura. Usted tiene un solo faro y yo también tengo solamente uno. Parece que vamos a tener que pasar la noche aquí a menos que tenga que marchar inopinadamente. Entonces haré que me venga a buscar un taxi o bien alquilaré un coche, si encuentro uno, y la llevaremos a casa.

—¿Y nuestros coches?

Sonrió Mason al responder.

—En cuanto llegue la policía, veremos qué dice del suyo. Por lo que al mío respecta, creo que lo mejor será que mi taller venga a recogerlo.

Capítulo 16

Harry Auburn, el policía de tráfico que acudió a la llamada de la encargada era una persona muy bien educada, muy eficiente e impersonal.

—¿Cómo ha sucedido esto? —preguntó.

—Pues yo salía y esta joven entraba —respondió Mason.

La encargada intervino con acento beligerante, diciendo:

—Ha quebrantado todas las reglas de circulación que rigen en este aparcamiento. Vea usted, guardia, ahí está, «Salida», con letras de casi un metro.

Mason guardó silencio.

El policía lo miró, en silencio también.

Mason habló de nuevo, diciendo:

—Voy a repetir los hechos. Yo conducía, quería salir. Creí que ésa era la salida del aparcamiento y la señorita entraba, eso es todo.

—¿Pero no vio usted que decía «Entrada»? —preguntó el policía.

—Verá... mi compañía de seguros me ha advertido que en caso de accidente jamás haga declaración alguna que pueda servir como una admisión de culpabilidad. En consecuencia, lo único que puedo responderle es que estoy debidamente asegurado y que los hechos hablan por sí mismos.

—¡Ha estado bebiendo! —afirmó de nuevo la encargada.

El policía miró inquisitivamente a Mason.

—Tomé un aperitivo antes de cenar, hará... unas dos horas y... nada más desde entonces —declaró Mason.

El policía fue hasta su coche, regresó con una bolsa de goma y dijo a Mason:

—Por favor, ¿quiere soplar aquí dentro?

—Con mucho gusto —respondió Mason tomando la bolsa y soplando en ella hasta hincharla.

El policía aplicó la boca de la bolsa a un aparato, examinó sus indicaciones y dijo:

—No hay ni rastro de alcohol.

—¡Le digo que está borracho! —afirmó de nuevo la encargada.

Mason le sonrió angelicalmente.

—¡O bien está drogado! —sugirió la encargada.

Mason entregó una de sus tarjetas al policía diciéndole:

—Aquí... siempre podrá encontrarme.

—Ya le había reconocido y además había comprobado su nombre en el carnet de conducir —advirtió el policía.

—Creo que es todo lo que por ahora se puede hacer aquí. Yo, si usted no tiene inconveniente, voy a ver si consigo que alguien me alquile un coche.

—Llamaré para que le traigan uno —se ofreció el policía. Entró en su coche, sentóse ante el volante, tomó el micrófono de su radio y pidió un número.

Unos instantes más tarde, oyóse la voz del locutor. El policía subió los cristales de las portezuelas, disminuyó el volumen y en esta forma cesó de oírse lo que le decían. Habló unos dos minutos, luego colgó el micrófono, salió del coche y dirigiéndose a Virginia Baxter, le preguntó:

—¿Dónde ha estado usted esta noche, señorita Baxter?

—Vine aquí desde mi apartamento, directamente, sin detenerme ni siquiera un solo segundo en parte alguna.

—¿Está segura de que no se ha detenido en ninguna parte?

—No. No me he detenido en parte alguna. Estoy segura.

—¿Dónde vive usted?

—En la dirección que está anotada en mi carnet de conducir: el número cuatrocientos veintidós de Eureka Arms Apartments.

—¿No ha tenido alguna dificultad o accidente en su camino?

—Nada de particular. ¿Por qué?

El policía explicó:

—Ha habido un grave accidente, abajo en la carretera de la costa. A George Eagan, un chófer que conducía a la señora Lauretta Trent hacia el sur, se le cruzó un coche, que además empujó el suyo fuera de la carretera, lo golpeó por el parachoques posterior y el coche cayó por un barranco al océano. Eagan pudo saltar, pero no la señora Trent, que se ahogó. Todavía no se ha recuperado el

cuerpo. La descripción del coche causante del accidente coincide con el suyo... ¿Está usted segura que no ha bebido?

—Haga la prueba —sugirió Mason.

—¿Está usted dispuesta a hacerla? —preguntó el policía a Virginia.

—Sí, señorita Baxter. Le aconsejo que la haga —dijo Mason dirigiéndose a Virginia.

—Bien, estoy dispuesta —aceptó Virginia.

—Sople en esta bolsa —ordenó el policía.

Virginia hinchó la bolsa. El policía la tomó y se fue de nuevo hasta su coche, habló unos instantes por radio y luego regresó.

—¿Ha tomado alguna droga, señorita?

—No. Anoche un par de aspirinas.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿A qué hora salió de su domicilio?

—Pues... hará unas tres horas, aproximadamente.

—¿Vino aquí directamente?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que se halla aquí?

—Quizá lo mejor sería consultar con el registro de entrada —sugirió Mason.

La encargada, que lo oía todo, intervino de nuevo, diciendo:

—No llevamos el registro de entrada por horas, sólo anotamos la fecha, pero diría que... pues pongamos... una hora y media, quizás...

—No, no es cierto. Estoy aquí hace más tiempo —exclamó Virginia.

—Bien, pues yo estoy dispuesta a jurar que como máximo hace una hora y media —afirmó la encargada.

El policía miró pensativo ante sí.

—¿Puedo saber cómo han conseguido la descripción del coche que dicen que es de la señorita Baxter? —preguntó Mason.

El policía lo contempló unos instantes y luego dijo:

—Un coche que marchaba detrás, vio el accidente. Ha declarado que el vehículo causante del accidente torció hacia la carretera que conduce hacia aquí y vio una parte de la matrícula.

—¿Cuál? —de nuevo preguntó Mason.

—Pues lo bastante para identificado.

De pronto, Virginia Baxter tuvo un acceso de cólera y gritó:

—¡Eso es otro complot urdido contra mí! ¡No es eso, nada más que eso! ¡No he tenido ningún accidente en la carretera! ¡No choqué contra el coche de Lauretta Trent! ¡Ese chófer es un embustero! ¡No hace más que seguirme para que falsifique un testamento de Lauretta Trent y...!

—Modérese —la interrumpió Mason.

—¡No quiero! —continuó fuera de sí, agregando—: ¡Ese embustero, ese chófer me pagó para que redactara un testamento falso! Está planeando un asesinato...

—¡Cállese! —rugió Mason.

Virginia se revolvió contra él con ojos llameantes:

—¡No quiero callarme, no! No...

—¿Quiere escucharme un momento, Virginia? —urgió Mason.

—¿Acaso representa usted a esta mujer? —preguntó el policía.

—Sí.

El policía se fue de nuevo a su coche y tomó el micrófono. Esta vez había dejado abierta la portezuela, y así todos pudieron oír lo que decía.

—Aquí, Auburn. Coche dos-quince. Informo desde el lugar del accidente en este motel.

»No puedo hacer la identificación de este coche que conducía Virginia Baxter, porque el coche de Perry Mason chocó violentamente contra el de ella. Al parecer, Perry Mason la representa como abogado y ella dice que George Eagan, el chófer de la señora Trent, le pagó cierta cantidad para que redactara un testamento falso y que esta planeando un asesinato. Esto es lo que cuenta.

La voz que procedía del auricular era lo suficiente fuerte para que todos oyeran como gritaba:

—Aquí el jefe de investigaciones de la fiscalía. Traiga inmediatamente a la muchacha para que se la interroge. Seguramente será acusada de asesinato en primer grado, pero tráigala inmediatamente, antes de que Mason destruya cualquier otra evidencia.

—Muy bien, señor —respondió el policía.

—¡Pero inmediatamente! —ordenó aquella crispada voz, y

continuó—: ¡Y cuando digo inmediatamente, quiero decir ahora!

—¿Puedo permitir que la señorita recoja alguna cosa de uso?

—¡Ahora! —interrumpió aquella voz delirante.

Mason le dijo a Virginia en voz baja:

—Esto es lo que temía, Virginia. Está usted metida, mejor dicho, es la víctima de una especie de intriga. Ahora, por lo que más quiera, ¡cállese! No haga ninguna declaración sin que yo esté presente.

—Mucho me temo que todo se pondrá en contra mía —se lamentó ella—. Ahora encontrarán la carta certificada que me expedí a mí misma y...

El policía interrumpió diciendo:

—Por favor, señorita Baxter. Entre en el coche.

—Seguramente puedo pasar por casa y recoger algunas...

—En las presentes circunstancias —le interrumpió el agente— no, porque usted ya está detenida. Incluso puedo esposarla.

—¿Y qué hay de este montón de hierros? —quiso saber la encargada, que boquiabierta y asombrada lo había presenciado todo para que en el último instante se había recuperado y volvía por sus fueros.

—Enviaremos una grúa en la mayor brevedad, pero ahora tengo otra misión que cumplir —respondió el policía cerrando de golpe la portezuela.

Puso el motor en marcha, arrancó y pasando por el portalón de «Salida», salió de la carretera, encendió la luz roja, y allí quedaron la encargada, Della y Mason oyendo cómo el aullido de la sirena se desvanecía en la lejanía.

Mason contempló unos instantes ambos coches con tristeza y ahogando un suspiro dijo a Della:

—Aquí estamos inmovilizados. Lo primero que hemos de procurar es marcharnos. A ver si consigo algún elemento de transporte.

Capítulo 17

Eran las diez de la mañana. Mason se paseaba impaciente por la estancia reservada para los abogados por el edificio de la cárcel.

Un policía abrió la puerta a Virginia Baxter y luego fue a sentarse discretamente, fuera del alcance de su voz.

—Tengo entendido que usted se lo ha contado todo a la policía, Virginia —dijo Mason mirándola fijamente.

—Me estuvieron interrogando hasta que la cabeza comenzó a darme vueltas, hasta muy tarde... quizás hasta medianoche.

—Sí, ya sé lo que es esto —dijo Mason con un acento de simpatía en la voz—. Sí..., le dijeron que lo que querían era ponerlo todo en claro a la mayor brevedad posible para que usted pudiera irse a su casa y acostarse, que bien se veía que estaba fatigada. Por lo tanto, debía decirles toda la verdad para que pudieran comprobar sus declaraciones y una vez lo hubiera hecho dejarla marchar inmediatamente. Claro que podía negarse a declarar, que éste era su privilegio; pero que esto, en opinión de ellos sólo sería un indicio de que usted era culpable, y, claro, entonces ellos, por su parte, tampoco le ayudarían. Se quedaría aquí y en lugar de ir a casa y acostarse en su cama, lo haría en la cárcel.

—¿Pero cómo es que lo sabe? —exclamó ella con los ojos extremadamente abiertos.

Mason se contentó con sonreír y preguntó de nuevo:

—Vamos, dígame... ¿Qué les dijo usted?

—Pues se lo conté todo.

—Hamilton Burger, el fiscal de distrito, y el teniente Tragg, de la brigada de homicidios, me han llamado; quieren hacerle algunas preguntas y quieren que yo esté presente. Esto... esto es una mala señal, Virginia. Dé por seguro que le tienen reservada alguna sorpresa desagradable.

»Esto significa que usted por fin les dijo que quería comunicarse conmigo y ellos cumplieron con la ley llamándome por teléfono a mi oficina y citándome para hoy.

—Eso es exactamente lo que ocurrió. Yo se lo conté todo anoche porque me dijeron que ellos lo comprobarían, y si se demostraba que había dicho la verdad, podría irme a casa y acostarme. En cuanto hube acabado con mi explicación, se levantaron y me dijeron sin ambages:

»—Bien, Virginia, vamos a comprobar todo lo que nos ha dicho.

»Y cuanto les recordé que me habían prometido que podría irme a casa, me contestaron:

»—Claro que irá. Pero no esta noche. Quizá la próxima, porque necesitaremos todo un día para comprobar lo que nos ha dicho.

—¿Y luego?

—Pues no he pegado un ojo, allí, detrás de rejas por segunda vez. Señor Mason, dígame... ¿Qué pasa, qué sucede conmigo?

—Pues no lo sé —le respondió Mason, y agregó—: Pero la solución de este enredo en mucho depende de si usted me ha contado la verdad o bien me ha mentido.

—¿Por qué había de mentirle?

—Tampoco lo sé. Pero lo cierto es que usted ha estado mezclada en algunas aventuras bien extrañas, si hay que creer en lo que dice.

—¿Y supone usted que hay alguien que no lo crea?

—Verá... me temo que el fiscal de distrito y el teniente Tragg, de la brigada de homicidios, son dos personas que no la creerán.

—¿Lo cree usted así?

—Que sé yo... Algunas veces creen en lo que se les dice... Ahora tratan de hacer justicia, pero desde luego no les gusta que los homicidios queden impunes.

—¿De cuál homicidio habla usted? —preguntó Virginia Baxter.

—George Eagan, el chófer, conducía a Laurretta Trent por la carretera de la costa. Venían desde Ventura e iban hacia el sur.

—Según ha declarado el chófer, la señora Trent le ordenó que en el primer cruce torciera hacia las montañas, porque debía ir a un motel. Se acercaban al lugar del cruce para tomar la carretera que les llevaría al motel donde usted aguardaba, cuando ocurrió el accidente. Según esta declaración, fue pues Laurretta Trent la que le telefoneó y le pidió que fuera allí para tener una entrevista.

—Fue ella, señor Mason. Fue ella quien llamó. Ya le dije...

—Usted no sabe nada —interrumpió Mason, añadiendo—: Nada, excepto que una voz femenina, diciendo que era Lauretta Trent, le habló por teléfono pidiéndole que fuera a aquel motel a esperarla.

»Sea lo que fuera, cuando el chófer se preparaba para girar hacia la izquierda, surgió por detrás otro coche que marchaba a gran velocidad. Se desvió hacia la derecha topando contra el de Lauretta Trent y lo desvió hacia afuera de la carretera, haciéndolo saltar por encima de la cuneta.

»En aquel momento había una gran resaca y el chófer sabía que en aquel lugar había mucha profundidad. Gritó a la señora Trent que saltara al tiempo que abría la portezuela y él se ponía a salvo. Parece que dio con la cabeza contra una roca, lo cual motivó que perdiera el conocimiento durante bastante tiempo. Cuando volvió en sí no había ni rastro del coche y la pareja de vigilancia ya estaba allí. La policía hizo venir un coche grúa, alguien descendió y localizó el coche de la señora Trent. Pudieron engancharlo y ponerlo a flote, pero de la señora Trent no había ni rastro; no obstante, la portezuela posterior de la izquierda estaba abierta. Parece evidente que pudo abrir la portezuela antes de que el coche cayera al agua.

»Parece que no se confía en recuperar el cuerpo. Hay allí corrientes muy fuertes y se forma también un gran remolino. Los buceadores que se han sumergido han tenido que luchar con corrientes muy fuertes. El cuerpo puede haber sido arrastrado a alta mar o bien a lo largo de la costa. Es un lugar muy peligroso.

—¿Pero por qué me han detenido?

—El chófer tuvo tiempo para ver la parte posterior del coche que golpeó al suyo y su descripción coincide con el de usted. Un conductor que iba detrás, denunció que había podido captar las dos últimas cifras de su matrícula, que son las mismas que las de su coche.

—¡Pero si yo no me moví del motel!

Sin contestar a su afirmación, Mason continuó:

—Recogieron unos vidrios en el lugar donde el coche fue lanzado por encima de la cuneta: pertenecían a uno de los faros. Entonces la policía fue al motel donde yo choqué contra su coche y allí encontró un trozo de cristal de faro de su coche. Era igual a los

que habían recogido en la carretera. En consecuencia se podía deducir que los trozos de vidrio hallados en donde el coche de Lauretta Trent fue precipitado al mar, pertenecían a uno de los faros del coche de usted. Uniéndolos han llegado a reconstruir el cristal, excepto un pequeño fragmento triangular: el que falta.

—¿Pero cómo es posible que concedan crédito a lo que diga ese chófer cuando ha hecho lo que todos sabemos?

—Eso es lo que no me explico. ¿Les dijo usted algo del chófer?

—Claro.

—¿Acerca de su proposición de soborno para que redactara, mejor dicho, falsificara una copia del testamento?

—Eso mismo.

—¿Y cómo hizo usted las copias al carbón mecanografiadas y se las envió usted misma por correo certificado?

—Sí. Se lo expliqué todo, señor Mason. Comprendo que fui una incauta y no debí proceder así... pero una vez comenzado... Estaba asustada, aterrorizada. Lo que quería era que me dejaran ir en libertad.

De pronto se abrió la puerta y entró el fiscal Hamilton Burger acompañado por el teniente Tragg.

—Buenos días, Virginia —saludó el fiscal, y volviéndose hacia Perry Mason dijo con una mueca—: ¿Qué tal se presenta la mañana, Perry?

—Hola, Hamilton —saludó a su vez Mason y preguntó—: ¿Qué? ¿Va a poner en libertad a mi cliente?

—Me temo que no —contestó Burger.

—¿Por qué?

—Nos contó una historia muy larga referente a George Eagan, el chófer de la señora Lauretta Trent. Muy interesante, pero increíble.

»Los parientes de Lauretta Trent también nos han contado algo referente a ese chófer. Es bastante plausible, sólo tiene el inconveniente que no coincide en algunos detalles. Comenzamos a creer que su cliente está en combinación con los parientes de Lauretta Trent, intentando desacreditar a Eagan con algún propósito que no está claro; incidentalmente, encubriendo ciertos intentos de asesinato, de un asesinato que ha llevado a cabo su cliente.

—¡Pero todo eso es absurdo! ¡Si jamás he visto ni he hablado a los parientes de Lauretta Trent! —exclamó Virginia.

Burger no dio importancia a la protesta de la joven y yendo hasta la puerta la abrió, diciendo a alguien que al parecer esperaba en el otro lado:

—Entre.

Entró un individuo que aparentaba tener unos cuarenta años, de cabello negro, fuerte complexión, mandíbulas desarrolladas y ojos negros de intensa mirada.

Miró primero a Burger y luego fijó su mirada en Virginia Baxter y luego movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Ha visto usted alguna vez a esta señorita? —le preguntó Burger.

—Nunca —contestó secamente.

—Conque ya lo ve usted —dijo Burger a Virginia con un ligero encogimiento de hombros.

—Bien. ¿Y eso qué quiere decir? Tampoco yo nunca le he visto a él. Tiene como un aire igual al del chófer de la señora Trent... pero no es el que vino a verme.

—Pues éste es el chófer de la señora Lauretta Trent y se llama George Eagan. Puede usted irse, George —ordenó el teniente Tragg.

Dirigiéndose a Mason, le explicó:

—George se hirió en la cabeza contra un peñasco al despeñarse el coche, cuando saltó de él. Estuvo inconsciente cierto tiempo.

—Un momento, por favor —dijo Mason—. Conmigo no valen esas tretas. Si puede salir a la calle y venir aquí para identificar a alguien, en ese caso a mi cliente, también puede contestar a un par de preguntas.

—No tiene ninguna obligación —observó Burger.

Mason pasó por alto la observación del fiscal y preguntó al chófer:

—Usted tiene un coche particular. Es un «Oldsmobile» y el número de licencia es «ODT 062». ¿No es así?

Eagan miró sorprendido a Mason, pero recobrándose respondió:

—Ése es el número de la matrícula, pero no es un «Oldsmobile», sino que es un «Cadillac».

—¿Condujo usted ese automóvil anteayer?

De nuevo apareció la sorpresa en su rostro, pero lentamente respondió:

—¿Anteayer? No. Anteayer conduje a la señora Trent a Fresno.

Burger intervino diciendo:

—Ya está bien, George. No necesita contestar a más preguntas. El chófer salió sin decir otra palabra.

Hamilton Burger se volvió hacia Mason con un nuevo encogimiento de hombros, diciendo:

—En fin, así es la situación. Si es que ha habido un intento de difamación, no cabe duda de que ha sido contra este chófer. Creo que lo mejor es que revise todo lo que le haya dicho su cliente.

»Procederemos a presentar la acusación contra ella a las once de esta mañana, si a usted le parece bien, y estamos dispuestos a aceptar la fecha del juicio preliminar que a usted mejor le convenga, para que pueda prepararse debidamente.

—Le quedo muy agradecido por su atención —contestó Mason, y prosiguió—: Creo que lo mejor es ir al juicio preliminar tan pronto sea posible, quiero decir que el juez pueda aceptarlo. ¿Qué les parece mañana por la mañana?

El rostro de Burger mostró una helada sonrisa al decir:

—Quizás usted cree que así no estaremos preparados en determinados aspectos, Perry, pero se equivoca. No va a confundirnos. Éste es un caso en que usted está en situación de perder. Su cliente es un astuto y desvergonzado oportunista.

»Desde luego, no sé quiénes son sus cómplices, como tampoco quién propinó el veneno a Lauretta Trent, pero sí sé que fue el coche de su cliente el que provocó la salida del de la señora Trent de la carretera, y su cliente ya ha dicho tantas mentiras que estoy hartos vulnerable.

»Pero en fin, nos ocuparemos de ella, pero no nos detendremos en nuestras pesquisas para desenmascarar a sus cómplices. Y ahora puede quedarse con su cliente.

Burger hizo un ademán al teniente Tragg y ambos salieron de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Mason contempló a Virginia Baxter en silencio, que fue roto por ella, diciendo:

—Señor Mason, hay algo que no encaja. Ese hombre tiene todo el aire, digamos del chófer, quiero decir del individuo que habló conmigo, que me dijo que se llamaba Menard... Por cierto que fue usted quien me dijo que era el chófer de Lauretta Trent.

—Sí, ello fue debido a la confusión originada por el parecido

físico y el número de la matrícula del coche que conducía. ¿Está usted segura que era un «Oldsmobile»?

—Sí. No era nuevo, pero sí que era un «Oldsmobile». Claro que también pude equivocarme en lo que concierne al número de la matrícula, es decir, en lo que concierne a la última cifra; pero estoy absolutamente segura de que la primera era un cero.

—Virginia, eso sería demasiada coincidencia. Pero desde luego podría usted ser la víctima de alguien que le haya envuelto en este asunto, que la haya engatusado, seducido para que haga esta faena en su lugar. Para variar, ¿por qué no me dice la verdad?

—¡Pero si ya se la he contado!

—Voy a decirle algo, y vale la pena que lo tenga presente. Si insiste en esa historia, va a ser acusada ante el tribunal de asesinato. Si alguien la está utilizando como instrumento y usted no me da la oportunidad de defenderla como es debido, es decir, si no me dice toda la verdad y exactamente lo sucedido, se va a encontrar en una situación muy apurada, pero muy grave, más de lo que se imagina.

Ella hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

Ella pareció que dudaba un momento, pero luego contestó:

—Le he dicho la verdad.

—Pues si es así, alguien con un cerebro endiabladamente refinado la ha metido en una trampa muy bien urdida.

—Es la verdad... no puedo decir otra cosa...

—Soy su abogado. Si usted insiste en que todo lo que me ha contado es la verdad, a pesar de que parezca increíble, he de creerla y no dudar ni un ápice cuando comparezcamos ante el tribunal.

—¿Pero de veras usted no me cree?

Mason la contempló unos instantes en silencio, pensativo, y luego continuó:

—Vamos a ver, dígame... Si usted fuera un miembro del jurado en un caso semejante, ¿creería eso que nos ha contado?

Virginia Baxter comenzó a gemir.

—¿Lo creería? —preguntó de nuevo Mason.

—No —contestó ella sollozando—. No... se puede creer... pero es la verdad, es la verdad...

—Pues bien. Usted sólo tiene una defensa, sólo una. O bien me

cuenta la verdad absoluta y yo me baso en ella, o bien se mantiene en esa historia. Si usted lo hace así, me verá obligado a adoptar la posición de expresar la opinión de que alguien diabólicamente listo la está empujando a que sea declarada asesina. Y tal como se están poniendo las cosas, es muy probable que sea condenada.

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—En fin, creo que me ha entendido. Una vez haya adoptado ante el tribunal la posición de que usted está siendo víctima de una maquinación, si la menor partícula de su historia resultara falsa irá a parar a presidio acompañada de una opinión pública muy adversa. La menor falsedad destruirá todas sus posibilidades.

—Le comprendo perfectamente —respondió ella con voz firme.

—Bien, en vista de la situación le pregunto de nuevo, ¿tiene que modificar algo de todo lo que ha declarado?

—Nada tengo que cambiar.

—¿Porque ya lo ha declarado así?

—Porque es la verdad, señor Mason.

—Pues bien. Tomaré por base lo que ha declarado y deséeme suerte.

El abogado abandonó la estancia.

Capítulo 18

Jerry Caswell, el letrado de la fiscalía del distrito y que en su día había presentado la acusación contra Virginia Baxter por la posesión de narcóticos, recordaba aquel juicio como un fallo de la justicia, y ahora había pedido al fiscal que le fuera permitido presentar la nueva acusación contra Virginia Baxter en el juicio preliminar que iba a tener lugar.

Bien compenetrado con el sumario, que había estudiado a fondo, estaba determinado a dar la batalla a Perry Mason y decidido a que no tuviera facilidad alguna imputable a una ingenuidad o bien a falta de agilidad mental.

Como primer testigo llamó a George Eagan.

El chófer subió al estrado, dio su nombre, domicilio y profesión.

—¿Podría decirnos qué es lo que hacía en la noche del último miércoles? —preguntó Caswell.

—Conducía a la señora Lauretta Trent en su automóvil. Habíamos ido a Ventura y regresábamos por la carretera de la costa.

—¿Sabía usted a dónde tenía que ir?

—La señora Trent me dijo que tomara una carretera que arranca de la principal y conduce a un motel y a un lago que se hallan en las montañas. Que en el momento oportuno ya me indicaría dónde debería girar.

—¿No se lo dijo de antemano?

—No. Me dijo que ya me avisaría.

—Bien, pero usted conoce el motel llamado «Saint Rest» y la carretera que conduce al mismo. ¿No es así?

—Sí, señor. La carretera esa comienza unos trescientos metros más allá, hacia el norte, del café «Sea Crets».

—Cuando usted se aproximaba a ese principio o arranque de carretera el miércoles por la noche, ¿qué sucedió?

—La señora Trent me ordenó que aminorara la marcha.

—¿Y qué más?

—Bien, comprendí que iba a...

—No diga qué es lo que usted pensó —le interrumpió Caswell—. Limítese a contestar las preguntas que se le hagan. ¿Qué sucedió?

—Pues advertí que por la parte de atrás se acercaban unos focos... Es que no sé cómo expresarme sin decir lo que se me ocurrió o pensé en aquel momento, pero me preparaba para girar a la izquierda; por lo tanto giré...

—No mencione para lo que usted se estaba preparando, declare lo que «hizo» —interrumpió de nuevo el fiscal.

—Pues me desvié hacia la derecha de la carretera, tanto como pude, y esperé a que aquel coche pasara.

—¿Y aquel coche le sobrepasó?

—Pero no de una forma normal... correcta.

—¿Qué sucedió?

—El coche aquél de pronto se fue hacia un lado, su parte delantera chocó contra la de mi coche, y luego el conductor manejó el volante de forma que su parte posterior volvió a toparse violentamente contra la delantera de mi coche. Literalmente me lanzó fuera de la carretera y perdí el control del vehículo.

—¿Entonces qué pasó?

—Giré a mi vez el volante, intentando evitar que el coche saltara por encima de la cuneta, pero sentí que no me obedecía. Grité a la señora Lauretta Trent que abriera la portezuela y saltara también al mismo tiempo que abría la mía y lo hacía.

—¿Y luego qué pasó?

—No lo sé. No sé qué es lo que pasó inmediatamente.

—¿Quedó usted inconsciente?

—Sí, señor.

—¿No recuerda cuándo volvió en sí? ¿La hora?

—No. No podía saber qué hora era. Sé aproximadamente la hora del accidente, pero no miré mi reloj para determinarlo, no lo hice hasta mucho más tarde. Estaba trastornado y excitado al mismo tiempo, me sentía muy mal. Me dolía la cabeza de un modo terrible y... en fin, no podía más.

—¿Cuánto tiempo cree usted que estuvo inconsciente?

—Señoría, considero que la pregunta es inadecuada, fuera de

lugar e innecesaria, y que no debe permitirse porque induce a una conclusión por parte del testigo —interrumpió Mason.

—Se acepta la objeción —decretó el juez Grayson.

—Con la venia del tribunal —arguyó Caswell—. Hay cierto modo, ciertas formas o maneras en que una persona puede decir o dar a entender cuánto tiempo estuvo inconsciente; digamos ciertas partículas de evidencia circunstancial.

—Deje que el testigo dé a conocer esas evidencias circunstanciales y no las conclusiones que él haya deducido de dicha evidencia.

—Perfectamente —dijo Caswell, y dirigiéndose de nuevo al testigo le preguntó—: Cuando usted volvió en sí, ¿en qué posición se encontraba?

—Estaba tendido en el suelo, caído sobre el pecho, el rostro sobre la tierra.

—¿A qué distancia de la carretera?

—No lo sé exactamente, pero probablemente sería de tres a cuatro metros.

—¿Quién había allí?

—Un policía de la carretera principal, estaba inclinado sobre mí.

—¿Le ayudó a ponerse de pie?

—No en seguida. Primero me dio la vuelta, quiero decir que me puso de espaldas. Luego me dieron una especie de estimulante. Luego me preguntaron si podía mover los dedos de los pies. Comprobé que sí. Luego que intentara mover los dedos de las manos. Los moví. Después que moviera las piernas, lentamente. Lo hice. Después los brazos, y por fin me ayudaron a sentarme y luego me puse de pie.

—¿Sabía de dónde habían venido?

—Sólo lo que ellos me dijeron.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que volvió en sí y consiguió ponerse en pie?

—Varios minutos.

—¿Entonces buscó el coche de la señora Trent?

—Sí.

—¿Lo vio?

—No. Había desaparecido.

—¿Explicó usted a los policías lo que había sucedido?

—Necesité unos minutos, no sé cuántos fueron, para que volviera a reunir mis ideas. Parece que en los primeros momentos divagaba.

—¿Y qué sucedió luego?

—Sonaron muchas sirenas y llegó un coche grúa, luego otro coche, y algunos hombres descendieron por aquel barranco y por fin localizaron el coche. Estaba en el agua a unos siete u ocho metros de profundidad, tumbado sobre su costado derecho y el extremo del radiador más hundido que el resto del vehículo. Las portezuelas de la izquierda estaban abiertas, pero en el coche no había nadie.

—¿Cómo supo usted que no había nadie dentro?

—Estaba allí cuando lo sacaron del agua. Corrí a ver si había alguien en su interior. Ni rastro de la señora Lauretta Trent.

—Con la venia del tribunal, señoría —dijo Caswell—. Desearía retirar este testigo momentáneamente para proseguir su interrogatorio y completar el de otro testigo que va a presentar el ministerio fiscal. No obstante, me doy cuenta que en cuanto comience a pedir la admisión de pruebas contra la acusada, se me objetará que no existe el llamado cuerpo del delito. Deseo manifestar que este ministerio está preparado para esta eventualidad; porque «cuerpo del delito» significa el cuerpo del crimen y no el «cuerpo de la víctima».

»Hay numerosas sentencias que apoyan esta teoría, y conforme a ellas, los criminales fueron juzgados y condenados e incluso ejecutados, si bien el cuerpo de la víctima jamás fue hallado. Basta probar que existe «cuerpo del delito» según evidencias circunstanciales como otro factor...

—Ruego al representante del ministerio fiscal que se abstenga en su intento de dar lecciones elementales de jurisprudencia a este tribunal —le interrumpió el juez Grayson, añadiendo—: En mi opinión hasta ahora no se ha probado la posibilidad de que haya habido un delito; si el señor Mason adopta la actitud de pedir la presentación del «cuerpo del delito» o bien que la existencia del mismo no ha sido probada, opino que es cosa de su incumbencia.

Mason se puso en pie, sonriente y dijo:

—Señoría, esta defensa está convencida, por las pruebas aportadas, y que cree que son suficientes, que demuestran que la

señora Laurretta Trent ha muerto. En consecuencia, esta defensa no desea pedir la presentación de este «cuerpo del delito» que menciona el representante del ministerio fiscal, por cuanto cree que ha desaparecido. No obstante, estoy convencido de que el tribunal opina también que el llamado «cuerpo del delito» no consiste sólo en la prueba de muerte o fallecimiento, sino que también por la existencia o empleo de medios no permitidos. Hasta ahora, parece que la muerte de Laurretta Trent fue debida a un accidente fortuito.

—Por la razón u opinión que acaba de exponer la defensa es por lo que este ministerio fiscal desea reservarse a este testigo para un posterior interrogatorio. Con su testimonio probaré que fue un crimen.

—Bien, bien —dijo el juez, y añadió—: Ahora la defensa está facultada para interrogar al testigo en aquello que ya ha sido preguntado.

—Esta defensa también desea reservarse el derecho de un posterior interrogatorio, señoría.

—Llame a su próximo testigo —decretó el juez, dirigiéndose a Caswell.

—Teniente Tragg, de la policía —dijo a su vez el representante del fiscal.

Compareció Tragg y tomó el juramento.

—¿Se hallaba usted en la cárcel cuando la acusada ingresó en ella?

—Sí, señor.

—¿Mantuvo alguna conversación con la acusada?

—Sí, señor. Hablé con ella.

—¿Le dio cuenta de sus derechos con arreglo a la constitución?

—Sí, señor.

—¿Qué explicó ella?

—Me dijo que Laurretta Trent le había telefoneado y preparado una entrevista con ella en el motel «Saint Rest». Que ella fue allí, afirmando que estuvo esperando más de una hora. Que comenzó a ponerse nerviosa y llamó por teléfono a Perry Mason. Que dicho señor acudió al motel. Que cuando él llegó, sugirió que fueran a ver cómo estaba el coche de ella.

—¿Y qué más?

—Comprobaron que el coche había sido golpeado. Que un faro

delantero había sido roto y hundido uno de los parachoques.

—¿Hizo el señor Mason alguna sugerencia? —preguntó Caswell con tono incisivo.

—Explicó que el señor Mason le dijo que tomara el coche y saliera por el portón de salida y volviera a entrar por el de la entrada. Que cuando lo hacía el señor Mason le echó su coche encima y así las averías fueron confundidas en forma que...

—Con la venia, señoría. Debo objetar que no hay que sugerir conclusiones al testigo. Sólo debe dar cuenta de los hechos en que ha estado presente —intervino Mason.

—Le estoy preguntando qué es lo que dijo la acusada —arguyó Caswell, y volviéndose al testigo preguntó—: ¿Dijo la acusada por qué se hizo aquello?

—Sí. Explicó que fue hecho para que no se pudiera determinar qué averías se habían producido antes.

—¿Qué más le contó?

—Dijo que el chófer de la señora Lauretta Trent, llamado George Eagan, la había visitado con relación a la falsificación de la copia de un testamento.

—¿Qué clase de testamento?

—Un testamento que se suponía que había sido dictado por la señora Trent.

—¿Qué declaró con referencia a este extremo?

—Dijo que había aceptado quinientos dólares, que falsificó dos copias de testamento con papel de oficio del difunto Delano Bannock, que en vida fue un abogado de la señora Lauretta Trent. Ella había sido la secretaria de dicho abogado.

—¿Ofreció alguna prueba de la veracidad de su declaración?

—Dijo que se había dirigido a sí misma una carta certificada conteniendo las hojas de carbón que había empleado para redactar aquellas copias falsas. Dijo que siguiendo el consejo de Perry Mason utilizó para cada nueva hoja otra de papel carbón nueva y de esta forma era posible leer los términos del testamento falsificado manteniendo los papeles carbón a contraluz.

—Un momento —interrumpió el juez Grayson—. ¿No es esto inducir a declarar un consejo confidencial dado por un abogado a su cliente?

—Señoría —convino Caswell—, no cabe duda que sería

impropio para mí el relatar o bien oír esta conversación, excepto si preguntó qué es lo que dijo la acusada. En otras palabras, si la acusada estuviera en el estrado de testigos, y este ministerio le preguntara qué es lo que le dijo su abogado, esto sería inmiscuirse en una comunicación particular; pero es el teniente Tragg quien está en el estrado y en consecuencia yo puedo preguntarle qué es lo que le dijo la acusada con relación a su actuación. Si al tener lugar la conversación el acusado opta por abandonar el privilegio de la comunicación confidencial y declara lo que su abogado le ha dicho, el testigo, puede repetir la conversación.

»Esta posibilidad debe tenerla presente un abogado cuando aconseja a su cliente el llevar a cabo acciones que puedan entorpecer las gestiones de los encargados de velar por el cumplimiento de las leyes, y en el presente caso destinadas a llevar a cabo una falsificación.

»Procederemos contra el señor Mason ante el tribunal competente y en el momento oportuno, pero mientras tanto tenemos el derecho de presentar ante este tribunal el relato de lo que le dijo el abogado a su cliente.

—¿No tiene alguna objeción que presentar, señor Mason? —preguntó desde su sitio el juez Grayson, dirigiéndose al abogado.

—No, señoría. No creo adecuado el presentar objeciones para esta clase de declaraciones, por cuanto estoy convencido que hay personas que deliberadamente quieren imputar un crimen a mi defendida...

—Debo objetar, señoría —interrumpió Caswell—, que éste no es el momento, a mi juicio, para que Perry Mason interponga una defensa para este acusado o bien para sí mismo. Tendrá la oportunidad de defender al acusado cuando el ministerio fiscal haya terminado su acusación, e incluso de defenderse él mismo ante el tribunal competente.

—Creo que es algo justo —decretó el juez Grayson—; pero no obstante, el señor Mason tiene el derecho de interponer una objeción.

—Señoría, agradezco en lo que vale su advertencia, pero esta defensa no presenta ninguna objeción concerniente a este extremo, porque está muy interesada, tanto como el representante del ministerio fiscal, en oír qué es lo que la acusada declaró.

—Bien; que continúe el ministerio fiscal. Interrumpí el interrogatorio porque a mi juicio cabía el interponer una objeción, fundada en que se estaba diciendo una comunicación particular. Claro que si el cliente renuncia al privilegio de la comunicación y hace una declaración voluntaria... En fin, como que no hay objeción, que siga el interrogatorio.

—¿Declaró que el testigo, George Eagan, fue quien la visitó?

—Sí, señor.

—¿Y lo identificó?

—Sí, señor.

—Puede interrogar —dijo Caswell dirigiéndose a Mason.

—¿Esa conversación se efectuó a última hora de la noche, teniente? —le preguntó Mason.

—Sí, señor, puesto que la detención no se efectuó hasta primeras horas de la noche.

—¿Sabía usted que era mi cliente?

—No.

—¿No lo sabía?

—Yo sólo sabía lo que ella había declarado.

—¿Y usted creyó que decía la verdad?

—Jamás creemos lo que nos dice un detenido, sin una posterior investigación y comprobación.

—Lo comprendo. Por lo tanto, usted no puede afirmar que la versión de la acusada, referente a mis consejos, sea verdad, ¿no es así?

—Bueno..., existían algunas circunstancias que lo corroboraban —dijo Tragg dubitativo.^[1]

—¿Cuáles?

—Nos dio permiso para recoger la carta certificada que se había enviado a sí misma y para que la abriéramos.

—¿Y lo hizo usted así?

—Sí.

—¿Encontró en ella las copias en papel carbón de la copia del testamento falsificado tal como ella le había dicho?

—Sí.

—Y esa circunstancia le indujo a usted a creer que todo lo demás era verdad, ¿no es así?

—Eran circunstancias que lo corroboraban.

—Entonces... ¿por qué no la creyó cuando afirmó que era cliente mía?

—Bien... sí que la creí.

—Entonces... ¿por qué no me notificó que había sido detenida?

—Le dije que podía llamarlo.

—¿Y qué respondió ella?

—Respondió que no era necesario. Que no comprendía lo que había sucedido, pero que ese chófer, George Eagan, era el culpable, y que nos lo contaba todo en completa libertad y voluntariamente, para que así pudiéramos detener al llamado Eagan.

—¿Lo hicieron así?

—No aquella noche. Emprendimos las gestiones a la mañana siguiente.

—¿Y qué sucedió entonces?

—En presencia del fiscal de distrito, Hamilton Burger, y de usted, la acusada fue careada con el llamado George Eagan y éste declaró en presencia de la acusada que nunca la había visto. Ella lo confirmó asegurando que no era aquél el individuo que la había visitado.

—¿Hizo otras declaraciones?

—Admitió que el individuo que la había visitado jamás le dijo que fuera George Eagan, el chófer; pero que así lo había declarado basándose en una descripción física y en la matrícula de un coche. Dijo también que quien fue a verla le dijo que se llamaba George Menard.

—Y usted le dijo a la acusada que le explicara todo esto porque usted estaba encargado de la investigación del asesinato, que deseaba detener al culpable, que no creía que ella lo fuera, que era demasiado simpática para creer que pudiera ser culpable de un crimen semejante, que usted creía que alguien trataba de comprometerla y que lo que debía hacer era darle todos los detalles que supiera sin esperar a hablar conmigo a la mañana siguiente que inmediatamente comenzaría las gestiones para esclarecer lo que había sucedido y que quizás así podría irse a su casa. ¿No fue así?

—preguntó Mason.

—Bien. Yo no le dije todo eso personalmente, pero sí uno de los funcionarios que estaba presente —admitió Tragg con una sonrisa.

—¿Fue en su presencia y con su aprobación?

El teniente dudó un momento antes de contestar y por fin, con ligera sonrisa, dijo:

—Claro..., éste es el procedimiento de rutina con ciertos sospechosos.

—Gracias. Eso es todo —replicó Mason.

A continuación fue requerido por el fiscal otro testigo llamado Carson Herman. Compareció un individuo alto, delgado, de nariz aguileña, ojos intensamente azules, boca de firme trazo, anchas mandíbulas y con un tono de voz enfática.

Declaró que conducía su coche hacia el Sur por la carretera de la costa. O sea de Oxnard hacia Santa Mónica. Ante él marchaban dos coches. Uno de ellos era un «Chevrolet» de un color rojo suave y el que iba delante de éste era un coche grande tipo sedan, color negro. No podía precisar la marca de este último.

—¿Observó usted algo desusado? —preguntó Caswell.

—Sí; cuando nos aproximábamos al comienzo de una carretera vecinal, el coche negro se desvió hacia la derecha, al parecer para aguardar a...

—Por favor, no nos diga qué es lo que usted creía que iba a hacer el conductor del coche —interrumpió Caswell—, cíñase a decirnos qué es lo que sucedió.

—Sí, señor. El coche negro se desvió hacia un lado.

—¿Qué sucedió entonces?

—El «Chevrolet» avanzó y cuando hubo llegado a la altura del automóvil negro se precipitó contra éste chocando las delanteras de ambos vehículos. Luego con una maniobra y golpe de volante volvió a chocar con la parte posterior.

—¿Y vio usted lo que sucedía al coche negro?

—No, señor. Marchaba inmediatamente detrás del «Chevrolet» y ya lo había pasado antes de que pudiera echarle un vistazo. Tuve una rápida visión de que iba de un lado para otro de la carretera.

—Continúe. ¿Qué sucedió entonces?

—El «Chevrolet», con rechinamiento de neumáticos, giró hacia la carretera que asciende por las colinas.

—¿Qué hizo usted?

—Comprendí que el «Chevrolet» intentaba huir y como buen ciudadano...

—No le pregunto acerca de su opinión ni sentimientos —le

interrumpió de nuevo Caswell—. ¿Qué hizo usted?

—Pues me lancé tras aquel automóvil, intentado leer el número de la matrícula.

—¿Lo consiguió?

—Aquella carretera está llena de curvas, pero a pesar de ello lo conseguí, en parte... Pude ver dos números, el «seis» y el «cinco»; «sesenta y cinco». De pronto me di cuenta que aquélla es una carretera muy solitaria y decidí detenerme en el primer lugar conveniente que hallara, dar la vuelta y avisar a la policía. Como digo aquella carretera es muy solitaria y tortuosa y daba por descontado que el conductor del «Chevrolet» comprendería que yo...

—Por dos veces el fiscal le ha advertido que se abstenga de declarar sus conclusiones. Cíñase a los hechos. ¿Qué hizo usted? —le interrumpió el juez Grayson.

—Me detuve y vi cómo desaparecían las luces de aquel coche. Al doblar una de las curvas observé que uno de sus faros delanteros iba apagado; seguramente lo había perdido en el encontronazo.

—¿Qué quiere usted decir con eso que había perdido uno de sus faros? —preguntó Caswell.

—Que sólo uno alumbraba.

—¿Y qué más?

—Continué marchando lentamente y en un lugar propicio di la vuelta y regresé a la carretera principal. Algo más allá de donde arranca esa carretera hay un restaurante. Me detuve y telefoneé a la policía de carretera informándoles de lo que había sucedido. Me contestaron que ya había allí varios policías de tráfico y también iba para allá un coche con radio.

—¿No regresó usted al lugar donde ocurrió el accidente para ver si había heridos o bien si el coche había quedado averiado?

—No, señor. Quizá no hice lo debido, pero en aquel momento me pareció que lo principal era avisar a la policía. Me dije que si había heridos, algún coche de los que venía detrás ya se habría detenido y cuidaría de ellos.

—Puede interrogarlo —dijo Caswell a Mason.

—¿Pudo ver si el coche autor del encontronazo iba conducido por una mujer o por un hombre? ¿Cuántos había en su interior? —preguntó Mason.

—Estoy seguro que en el coche sólo iba una persona. Pero no puedo afirmar si era hombre o mujer —respondió el testigo.

—Gracias por su información —repuso Mason.

—Gordon Kelvin —dijo en voz alta Caswell.

Kelvin se encaminó hacia el estrado mostrando gran dignidad, tomó el juramento y declaró que era cuñado de la difunta señora Lauretta Trent.

—¿Estaba usted presente cuando uno de los testigos ha declarado que la acusada le había dicho que le habían pedido que participara en la ejecución de una copia falsa de un testamento?

—Sí, señor.

—¿Qué puede usted decirnos con relación a la herencia de la señora Lauretta Trent?

—Señoría, debo objetar que esta pregunta es improcedente, no corresponde al sumario y ninguna relación tiene con él —advirtió Mason.

Caswell replicó inmediatamente, diciendo:

—Con la venia del tribunal, es mi propósito demostrar que esta pregunta es por lo contrario muy importante, porque demostraré que lo que contó la acusada es algo completamente inexacto y que no correspondía a la verdad. Con este testigo demostraré que la fallecida Lauretta Trent ya dictó un testamento años atrás, que lo dio a guardar a este testigo en un sobre lacrado para ser abierto en caso de su defunción; que el testigo ha entregado este sobre, y abierto se ha encontrado en su interior dicho testamento de Lauretta Trent; que no cabe duda o ambigüedad concerniente al mismo y que en consecuencia cualquiera de esas denominadas copias de otros testamentos son completamente inválidas.

—Se rechaza la objeción —decretó el juez Grayson.

Kelvin dijo a continuación:

—Siempre estuve en muy buenas relaciones con mi hermana política, y por ser el mayor de los cuñados la difunta me había confiado sus asuntos financieros. Sabía donde guardaba su testamento, en un sobre lacrado situado en un cajón de su escritorio. Hace cuatro años que me lo había confiado y pedido que en caso de fallecimiento cuidara que el mismo se abriera.

»Después del trágico accidente ocurrido el último miércoles, y suponiendo que habría que proceder a algún trámite acerca de este

testamento, me puse en contacto con el fiscal del distrito y en presencia de un abogado, un banquero y de dicho fiscal, fue abierto el sobre lacrado.

—¿Qué contenía?

—Un documento en el que se leía que era la última voluntad de Lauretta Trent.

—¿Tiene aquí el documento ése?

—Sí.

—Haga el favor de presentarlo.

El testigo sacó de uno de sus bolsillos un documento plegado.

—¿Ha marcado este documento en alguna forma para que pueda ser identificado en todo momento?

—Cada una de las páginas ha sido marcada con mis iniciales, las del fiscal Hamilton Burger, las del banquero que actuó de testigo y del abogado que allí estaba presente.

—Eso lo identificará siempre —observó con una ligera sonrisa el juez Grayson, y añadió—: Estas iniciales son las tuyas. ¿Las escribió usted mismo?

—Sí, señoría.

Con rostro pensativo el juez hojeó el testamento y luego, sin decir palabra lo entregó a Perry Mason, que a su vez lo examinó y lo pasó, en silencio también a Caswell, y éste dijo:

—Deseo que este documento sea incluido en el sumario, teniendo presente que se trata del original del testamento. Que el secretario del tribunal redacte una copia certificada que sustituya a todos los efectos el original.

—La defensa nada tiene que objetar —observó Mason.

—Leeré el testamento como prueba del sumario y luego pido que sea archivado con el mismo, hasta la terminación de la causa.

Con tono solemne Caswell comenzó a leer:

Yo, Lauretta Trent, disfrutando de buena salud y de todas mis facultades mentales, de estado viuda, sin hijos, declaro que los únicos parientes consanguíneos que tengo son mis hermanas: Dianne Briggs y Maxine Kelvin; que mi hermana Dianne está casada con Boring Briggs y Maxine está casada con Gordon Kelvin.

Declaro, además, que he comprobado que las mujeres, y en

particular mis dos hermanas no tienen la astucia o habilidad innata suficiente que las capacite para enfrentarse a los numerosos problemas que van unidos a la administración de mi fortuna.

En consecuencia, designo y nombro a Gordon Kelvin como el ejecutor testamentario de esta mi última voluntad.

Luego de haber sido atendidos los distintos legados y mandatos que a continuación especifico, es mi voluntad que el restante, residuo y sobrante, sea dividido en partes iguales entre Dianne y Boring Briggs, Maxine y Gordon Kelvin.

Caswell hizo una dramática pausa en su lectura, al mismo tiempo que echaba una mirada al silencioso auditorio que llenaba la sala, y continuó:

Doy, mando y lego a mi hermana Dianne Briggs la suma de cincuenta mil dólares; a mi hermana Maxine Kelvin una suma igual de cincuenta mil dólares.

Caswell hizo otra pausa y lanzó otra mirada al auditorio y continuó:

También deseo premiar la devoción y lealtad demostrada hacia mí por otras personas.

En primer lugar he de mencionar al doctor Ferris Alton, porque se ha dedicado a la medicina y no a la cirugía, rama de su profesión que acostumbra a estar bastante mal recompensada, comparado con la tan remunerativa que es la cirugía.

Virginia Baxter agarró la pierna de Mason por debajo de la rodilla, con dedos crispados, exclamando en un susurro:

—¡Sí, eso es! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Recuerdo haberlo mecanografiado! ¡Recuerdo el comentario hecho con respecto al...!

—¡Pst! —recordó Mason.

Jerry Caswell continuó:

En consecuencia doy, mando y lego al doctor Ferris Alton la

suma de cien mil dólares.

Hay otras dos personas cuya lealtad y devoción me han causado siempre una gran impresión. Son George Eagan, mi chófer, y Anna Fritch, la enfermera que siempre me ha cuidado cuando he estado enferma.

No es que desee que mi fallecimiento sea para esa gente un acontecimiento que les haga pasar de pobres a ricos, pero por otra parte no quiero que su lealtad quede sin premio alguno.

Por lo tanto, doy, mando y lego a mi chófer, George Eagan, la suma de cincuenta mil dólares, confiando en que así podrá agenciarse un negocio por cuenta propia, con una parte de este dinero como capital, y guardar el restante como reserva. También doy, mando y lego una suma igual de cincuenta mil dólares a mi enfermera Anna Fritch.

Llegado aquí, Caswell giró las páginas como se acostumbra a hacer cuando se llega al final de una lectura en que lo importante está al final.

Si alguna persona, corporación o entidad, reclama contra este testamento o bien aparece alguien demostrando que he tenido alguna relación con ella y que él o ella es un heredero, que por descuido o por otra causa he dejado de mencionarla, lego a dicha persona la suma de cien mil dólares.

Caswell interrumpió de nuevo la lectura diciendo:

—Ahora este testamento ya no contiene más que las acostumbradas cláusulas con la fecha en que fue dictado y redactado. Está firmado por la testadora y firman como testigos, el fallecido abogado Delano Bannock y —aquí hizo una pausa para realzar el énfasis dramático de sus palabras— la presente acusada, Virginia Baxter.

Virginia lo contemplaba boquiabierta.

Mason tiró de su manga y la volvió a la realidad.

—¿Ha concluido la declaración del testigo? —preguntó el juez Grayson.

—Sí, señoría.

—¿Alguna pregunta? —dijo el juez dirigiéndose a la defensa.

Mason se levantó.

—¿Este testamento fue el que usted halló en el sobre lacrado?

—Sí. El sobre lacrado se hallaba en el cajón en que Lauretta Trent me dijo que lo dejaba. El testamento estaba en el sobre lacrado.

—Cuando usted lo retiró de aquel cajón, ¿qué hizo con él?

—Lo puse en la caja de caudales y llamé al fiscal de distrito.

—¿Dónde se halla la caja?

—En mi dormitorio.

—¿Y su dormitorio se halla en la casa perteneciente y habitada por Lauretta Trent durante su vida?

—Sí, señor.

—¿Esa caja de caudales ya estaba allí instalada, en su dormitorio, quiero decir, cuando usted se trasladó a ella?

—No. La instalé yo.

—¿Por qué?

—Porque tenía ciertos documentos de valor y sabía que la mansión es grande, así como la reputación de que Lauretta Trent era extremadamente rica. En consecuencia, quena tener un lugar seguro en el que guardar las joyas de mi esposa y mi dinero.

—¿Cuáles eran sus ocupaciones?

—He tenido varios negocios.

—¿Cuáles?

—Señoría debo objetar que las preguntas están fuera de lugar, no corresponden al sumario y no deben hacerse al testigo —advirtió el fiscal.

—Creo que puede ser objeto de un mejor examen de la situación y no debe coartarse a la defensa en su función, para que luego pueda informar al tribunal cuando el momento sea llegado —arguyó el juez Grayson.

—No hay ninguna necesidad de investigar la vida privada del testigo —continuó impertérrito Caswell.

El juez Grayson miró a Mason inquisitivo:

—¿Tiene algún motivo particular para formular estas preguntas? —le preguntó.

—Las he formulado para, como bien dice su señoría, poder resumir la situación.

Y dirigiéndose de nuevo al testigo, le preguntó:

—Todos esos negocios, actividades y lo demás, que usted mismo declara que han sido varios, terminaron siempre con pérdidas, ¿no es así?

—Eso no es verdad, no, señor.

—Pero el resultado final fue que usted se vio obligado a recurrir a la señora Lauretta Trent, ¿no es así?

—¡Ella me invitó, señor!

—Conforme, eso es. Cuando usted ya no podía mantenerse.

—No es eso. Podía mantenerme perfectamente, pero había sufrido ciertas pérdidas... circunstanciales, algunos negocios que no habían resultado como era de esperar.

—En otras palabras, usted estaba completamente arruinado.

—Tenía ciertas dificultades financieras.

—Y su cuñada le invitó a vivir con ella.

—Sí.

—¿Por instigación de quién?

—Su otro cuñado, el señor Boring Briggs, ya vivía en la casa. Es una mansión grande... y mi esposa y yo fuimos a visitarla y ya no nos movimos.

—Lo mismo que ocurrió con Boring Briggs, según usted ya sabía, ¿verdad?

—¿Qué es lo que sabía?

—Que había sufrido ciertos fracasos financieros y se había ido a vivir con la hermana de su esposa.

—En este caso, había circunstancias que aconsejaban ayudar... era una necesidad.

—¿Circunstancias de orden financiero?

—Algo parecido. Boring Briggs había sufrido importantes pérdidas y no podía proporcionar a su esposa las... comodidades que podía ofrecer la generosidad de su hermana, Lauretta Trent.

—Gracias por su información. Eso es todo.

Kelvin abandonó el estrado.

—Bien —dijo Mason en voz baja volviéndose hacia Virginia—. Dígame lo que quería decirme.

—¡Ése es el testamento! —afirmó excitada—. ¡Ahora lo recuerdo! ¡Recuerdo que me llamó la atención aquel elogio tributado al doctor!

—Voy a pedir que me dejen ese testamento y examinarlo

detenidamente, pero no quiero mostrar gran interés al hacerlo; mire por encima de mi hombro. Ponga toda su atención en el párrafo que da cuenta de los testigos y examine con todo cuidado su firma.

Mason fue hasta la mesa del secretario y dijo:

—¿Me haría el favor de dejarme ver ese testamento? Me gustaría comprobar ciertos requisitos.

El secretario le entregó el testamento mientras Caswell decía en voz alta:

—Llamo al testigo Harry Auburn, de la policía de tráfico del Estado de California.

Auburn, de uniforme, se adelantó hasta el estrado. Declaró que fue el agente que inspeccionó lo que había sucedido en el motel de «Saint Rest».

Mason, luego de ir girando las páginas del testamento, examinaba con toda atención las firmas estampadas en la última hoja.

Virginia Baxter dijo con voz queda, desconsolada:

—No cabe duda. Ésta es mi firma y ésa otra es la del señor Bannock. Señor Mason, ahora sí que lo recuerdo todo. Éste es el verdadero testamento. Recuerdo diversas particularidades de él. Sí. ¿Ve usted? Ahí, al pie de la hoja hay una pequeña mancha de tinta. Recuerdo que se me produjo a mí al firmar. Propuse al señor Bannock el mecanografiarla de nuevo, pero me contestó que no tenía importancia.

—Aquí parece que haya una huella dactilar —observó Mason—. Sí, una leve huella de tinta. ¿La ve usted?

—No, ¿dónde?

—Aquí. Fíjese. Es muy tenue, pero no cabe duda; es una huella dactilar. Lo suficiente para identificarla.

—¿Quizá sea mía... o bien de Lauretta Trent!

—Dejémoslo para Caswell. A ver si se da cuenta.

El abogado echó una rápida mirada a las demás páginas, lo dobló como antes y metiéndolo en el sobre lo dejó encima de la mesa del secretario como si no tuviera importancia. Regresó a su mesa y prestó toda su atención al nuevo testigo.

Cuando Mason se hubo sentado de nuevo, Virginia en un susurro dijo:

—¿Pero por qué hay alguien que ha armado este lío de dos

copias falsas cuando ya existía un testamento original bien guardado? Esto tiene que haberlo hecho alguien que desconocía su existencia.

—Quizás ha sido alguien que quería que el testamento apareciera. Vaya usted a saber. Bien, ya hablaremos luego de todo ello.

Harry Auburn prestaba su declaración con voz monótona, sin expresión, relatando sencillamente todo lo que había sucedido, al parecer procurando ser imparcial y, al mismo tiempo, ciento por ciento exacto.

Declaró que por radio le ordenaron dirigirse al motel «Saint Rest» para que investigara lo que había sucedido en un accidente automovilístico que había sido una llamada rutinaria, que había seguido la carretera que partiendo de la principal de la costa conducía a «Saint Rest» y allí en el motel había hallado el coche de la acusada y otro perteneciente a Perry Mason, que habían chocado. Mientras establecía los detalles de lo ocurrido, y luego de dar cuenta de las características de ambos vehículos, fue de nuevo llamado por la radio de su coche.

—Bien, usted no puede repetirnos lo que le dijeron por radio, porque declararía sobre algo que oyó solamente, pero sí díganos qué hizo con referencia a aquella llamada —dijo Caswell.

—Luego de aquella llamada, pregunté a la acusada si conduciendo su coche había chocado con otro, previamente, y dónde había estado durante la última hora.

—¿Qué respondió?

—Declaró que desde que había llegado sólo había utilizado el coche para dar una vuelta alrededor del motel. Que estaba allí desde hacía unas dos horas y negó categóricamente que hubiera chocado previamente con otro vehículo.

—¿Qué ocurrió luego?

—Comprobé el número de la matrícula del coche y allí había dos cifras harto significativas, miré la matrícula del coche y creí tener motivos suficientes para detenerla.

»Más tarde volví al lugar del choque, en el motel. Recogí los trozos del vidrio reflector de uno de los focos delanteros; comprobé que correspondían al faro de la derecha.

»Entonces me fui al lugar donde había ocurrido el accidente y

recogí allí los vidrios rotos que habían quedado esparcidos, entre ellos los de un faro reflector del automóvil. Retiré el foco roto del coche de la acusada y comprobé que los trozos correspondían a aquél.

—¿Ha traído consigo ese faro?

—Sí, señor.

—Preséntelo.

Auburn bajó del estrado y levantó una caja de cartón, la abrió y mostró un faro de automóvil. El lente reflector había sido montado de nuevo, si bien con los diversos trozos pegados.

—¿Quiere explicar cómo están pegados esos trozos? ¿Y qué significan?

—Sí, señor. El trozo del borde, éste, todavía estaba en el faro del coche de la acusada cuando lo examiné. He marcado el faro y el trozo de vidrio con los números uno y dos, y todo lo he sujetado con cinta adhesiva. Los trozos que hallé en el lugar del choque en el motel «Saint Rest» los he marcado con los números tres y cuatro; los otros tres restantes que llevan los números cinco, seis y siete, los recogí en el lugar del accidente en la carretera de la costa.

—Puede interrogar —dijo Caswell al defensor.

—Prescindo —contestó Mason con una sonrisa.

—¿No quiere interrogarlo? —preguntó sorprendido el juez Grayson.

—No, señoría.

—Bien, pues. Llamo de nuevo a George Eagan, para interrogarle en otro aspecto del sumario.

—Que comparezca —decretó el juez.

Eagan subió de nuevo al estrado.

—Usted está todavía bajo juramento —le advirtió Caswell.

Eagan asintió en silencio y se sentó.

—¿Fue usted a ver en alguna ocasión a la acusada, Virginia Baxter, y le habló de algo concerniente a un testamento?

—Jamás he visto a la acusada hasta que la vi en la cárcel.

—¿Le dio alguna vez a ella quinientos dólares o bien otra cantidad para que redactara copias falsas de un testamento?

—Nunca.

—En resumen. ¿Ha tenido usted algún trato con ella?

—Jamás.

—¿La vio usted alguna vez?

—Nunca.

—Puede interrogarle —dijo Caswell.

Mason lo contempló unos instantes con rostro pensativo y luego preguntó:

—¿Sabía usted que era uno de los beneficiarios del testamento de Lauretta Trent?

El testigo dudó un momento antes de contestar.

—Conteste usted. ¿Lo sabía o no lo sabía?

—Sabía que me citaba en su testamento, pero no el importe.

—Así, pues, sabía que a la muerte de la señora usted sería rico; en comparación, claro está.

—No, señor. Como ya le he dicho, desconocía lo que me legaba.

—¿Cómo supo usted que ella le había comprendido en su testamento?

—Ella me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres meses; bien, quizá cuatro... o quizá cinco.

—Con frecuencia usted cocinaba, preparaba platos con manjares para la difunta señora Lauretta Trent. ¿No es así?

—Sí, señor.

—En ocasión de comidas al aire libre, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Acostumbraba a aderezarlas con ajo?

—Sí. Le gustaba mucho.

—¿Sabía usted que el ajo es algo muy adecuado para disimular el arsénico en polvo?

—No lo sabía, señor.

—¿Puso alguna vez arsénico en las viandas que preparaba?

—¡Señoría, esto es intolerable! —botó Caswell—. Son preguntas fuera del sumario, inadecuadas e insultantes para el testigo y mencionan aspectos y extremos que no están relacionados con el caso.

—Estoy de acuerdo con el representante del ministerio fiscal —advirtió el juez Grayson, y añadió—: La defensa puede asegurarse y en consecuencia preguntar si el testigo sabía que era uno de los beneficiados por el testamento, pero lo que ahora pregunta es completamente distinto.

—Es mi intención demostrar que intentó en varias ocasiones envenenar a la señora Laurretta, mediante la mezcla de arsénico en sus comidas, y por lo menos en una cuya comida fue preparada por el testigo.

Los ojos del juez Grayson se abrieron desmesuradamente e inclinándose hacia adelante preguntó con acento de sorpresa:

—¿Puede usted probarlo?

—Puedo probarlo, mediante evidente pertinencia.

—Queda denegada la objeción. Conteste el testigo a la pregunta.

Eagan contestó indignado.

—Jamás puse veneno en la comida de la señora Trent. Nada sé de venenos y tampoco sabía que había sido envenenada. Sabía que había tenido varias indisposiciones intestinales y me dijeron que habían sido muy graves por la ingestión de viandas muy aderezadas. Así, pues, me había permitido rogarle de que se abstuviera de aquellas comidas al aire libre, que tanto le agradaban. Y para su buena información, señor Mason, debo decirle que no sé nada, ni tengo la más absoluta idea de lo que concierne al arsénico.

—¿Sabía usted que saldría beneficiado con la muerte de Laurretta Trent? —preguntó Mason imperturbable.

—¡Señoría! —protestó de nuevo Caswell—. Esto no es interpretar correctamente la contestación que ha dado el testigo.

—Le pregunto si se había dado cuenta del provecho que para él significaba la muerte de Laurretta Trent —arguyó el abogado.

—No.

—¿No se dio cuenta de que tendría más ventajas de lo que representa su salario mensual?

—Verá... sí. Tuvo la bondad de decírmelo.

—Así, pues, usted sabía que con su muerte se beneficiaría.

—No del todo. Porque hay que tener presente que perdería mi puesto de trabajo.

—¿Pero ella le había asegurado que lo recordaría en tal forma que no experimentaría en absoluto ninguna pérdida?

—Sí.

—En consecuencia usted sabía que con su muerte saldría beneficiado.

—Bien, si usted lo expresa de esta manera, resulta que sí, que yo no iba a perder nada.

—¿Puede usted decirnos cómo iba vestida Lauretta Trent en su último viaje?

—¿Cómo iba vestida?

—Sí, eso es.

—Pues... llevaba un sombrero, un vestido y zapatos.

—¿Qué llevaba además?

—Bien, permítame que lo recuerde. Vestía un abrigo, con algo de piel cerrado al cuello y sujeto al abrigo de alguna manera. No lo recuerdo.

—¿Está seguro que lo llevaba puesto?

—Sí. Recuerdo que me ordenó que cerrara la calefacción del coche porque no quería quitárselo.

—¿A dónde fueron?

—A Ventura.

—¿Sabe usted por qué quería ir allí?

—No, señor.

—¿Sabe usted si tenía intención de ver o comprar una propiedad en aquella localidad?

—Bien, sí. Sabía que íbamos a una propiedad que ella había visto y deseaba adquirir. Quería verla de nuevo.

—¿Llevaba un bolso con ella?

—Claro que llevaba un bolso.

—¿Sabía usted lo que contenía?

—No, señor. Pero supongo que las cosas corrientes.

—No le pregunto lo que usted supone. Le pregunto si lo sabe o bien lo sabía.

—¿Cómo quiere que supiera lo que llevaba en el bolso?

—Le pregunto si lo sabía.

—No.

—¿Es verdad que no sabía que allí llevaba cincuenta mil dólares?

La sorpresa que provocó en el testigo aquella pregunta le hizo dar un salto y exclamar:

—¿Qué?

—Cincuenta mil dólares —repitió Mason con voz reposada.

—¡No es posible! ¡No llevaba tanto dinero!

—¿Está usted seguro?

—Seguro.

—Así que usted sabía qué es lo que «no había» en su bolso.

—Lo que sé es que jamás hubiese llevado consigo tanto dinero, sin habérmelo dicho.

—¿En qué se funda?

—Pues porque la conocía.

—Bien, así podemos decir que usted sabía que ella no llevaba consigo tal cantidad de dinero basándose en una presunción de usted. ¿No es eso?

—Creo que entiendo lo que usted quiere decir y es que yo no sé si ella llevaba ese dinero consigo.

—Creo que es así —observó Mason pensativo.

—Pero casi estoy seguro que no lo llevaba —dijo el testigo casi inconscientemente.

—¿No le dijo ella que llevaba aquella cantidad para pasarla ante la nariz del dueño de la propiedad aquella? ¿O bien expresiones similares? —preguntó Mason.

Eagan dudó de nuevo visiblemente.

—¿No se lo dijo? —insistió Mason.

—Me dijo... que pensaba comprar una propiedad allí. Y que creía que si demostraba al dueño que estaba dispuesta a pagarla al contado, es decir, a agitar los billetes ante su nariz, se dispondría a venderla.

—Eso es lo que quería decir —corroboró Mason con acento triunfante—. ¿Cuando el automóvil fue extraído del mar, estaba usted allí?

—Sí, señor.

—¿Y en el interior del coche se encontró el bolso?

—No. Creí que los policías lo encontrarían, pero la parte posterior del coche apareció completamente vacía.

—Ni aquella estola de piel, ni el abrigo, ni el bolso. ¿No apareció nada?

—Nada. Los policías hicieron un heroico esfuerzo para encontrar el cuerpo, pero los buceadores no quisieron arriesgar sus vidas intentando encontrar objetos o prendas, según tengo entendido.

—¿Conoce al conductor que llevaba el coche que chocó contra el suyo?

—Se me ha dicho que era la acusada.

—Pero usted no lo conoce ni lo reconoce. ¿No es así? —añadió

Mason con una sonrisa.

—Eso es.

—¿Usted no reconoce a la acusada como el conductor del coche mencionado?

—No.

—¿Podría ser otra persona?

—Sí.

Mason dio la vuelta con brusquedad y apartándose del estrado de testigos, regresó a su mesa y mientras se sentaba, dijo:

—No tengo otras preguntas que hacer.

—Señores, lo siento, pero debo suspender la vista. Hemos comenzado con algún retraso porque este tribunal ha tenido que examinar antes otro sumario cuyo juicio también estaba señalado para hoy. Tendremos que continuar por la tarde.

—Mi demanda ya está casi terminada —dijo Caswell—. Creo que el tribunal podrá examinar todas las pruebas de evidencia en la sesión de hoy. Estas pruebas muestran indudablemente que ha habido un crimen y que la comisión del mismo cabe relacionarla con la acusada. Eso es todo lo que necesitamos presentar en un juicio preliminar, y me gustaría haber terminado con este sumario hoy, porque mañana hay señalada otra vista.

Mason, con tono tranquilo, objetó:

—El representante del ministerio fiscal continúa cometiendo su habitual falta de atención respecto a la parte contraria. De sus palabras podría deducirse que todo depende de la opinión e informe de una de las partes. Pero la defensa tiene el derecho de discutir esas evidencias de que habla.

—¿La defensa tiene la intención de discutir las? —preguntó el juez Grayson.

—Señoría, francamente no lo sé —contestó Mason con una ligera sonrisa—; pero sí que deseo oír y estudiar todas esas evidencias de que habla el ministerio fiscal, y en consecuencia solicito que sea aplazada la vista para tener la oportunidad de poder conferenciar con mi defendida y examinar la situación últimamente creada.

—Teniendo presente esas circunstancias, a este tribunal sólo le queda una solución: aplazar la vista hasta mañana por la mañana, en que continuará a las diez horas.

»Queda aplazada la vista. La acusada continuará en custodia, pero la policía cuidará de dar al defensor la más amplia oportunidad para conferenciar con su cliente antes de que sea retirada de la sala de este tribunal.

Con estas palabras el juez Grayson se levantó y se retiró del tribunal. Mason, Della Street, Paul Drake y Virginia Baxter se reunieron en un rincón de la sala.

—¡Pero Dios mío! —exclamó Virginia—. ¿Quién fue aquel que vino a verme a pedirme que falsificara las copias del testamento?

—Eso es lo que tendremos que averiguar —dijo Mason.

—¿Y cómo es que usted sabía que ella tenía cincuenta mil dólares en su bolso?

—Cuidado, que yo no he dicho eso —corrigió Mason con una mueca—. No he dicho que ella tuviera cincuenta mil dólares en su bolso. Yo he preguntado a Eagan si no sabía que ella llevaba cincuenta mil dólares en su bolso.

—¿Pero usted cree que los llevaba?

—No tengo ni la más remota idea. Pero deseaba que Eagan dijera que «ella no los tenía».

»Bien ahora usted, Virginia, va a prometerme que no hablará absolutamente ni una palabra con nadie del proceso hasta que mañana comparezca de nuevo en la sala. No creo que ellos intenten conseguir o bien obtener algo más de usted; pero si lo intentaran, recuérdelo bien, debe contestar que su abogado le ha ordenado no contestar a ninguna pregunta.

»¿Cree que podrá hacerlo Virginia, sea lo que sea lo que le prometan para que hable?

—Si usted me dice que me mantenga callada, callada estaré —contestó ella.

—Eso es lo que le pido por su propio bien —dijo Mason.

—Pues bien, se lo prometo.

Mason le golpeó un hombro diciendo:

—Buena chica.

Se fue hacia la puerta y con un ademán indicó a la agente de policía femenina que podía llevarse a Virginia Baxter.

Mason tomó una silla e indicó a los demás que se sentaran.

—Vamos —dijo Paul Drake—, comience. ¿Qué hay de los cincuenta mil?

—Deseo que se emprendan pesquisas para encontrar ese bolso y deseo que sea la policía quien las haga. Creo que ahora las harán.

»Y ahora entra usted, Paul. Voy a decirle lo que ha de hacer. No sé cómo ha sido que no se me ha ocurrido antes.

Drake sacó su cuaderno de notas.

Mason dijo:

—Lauretta Trent estaba a punto de indicarle o bien le decía a Eagan que girara hacia la izquierda y embocara la carretera que conduce al motel de «Saint Rest». Tenía un motivo para ir allí.

»Cuando Virginia me dijo que Lauretta Trent la había telefoneado diciéndole que fuera al motel «Saint Rest» y que la aguardara allí, creí que quizá Virginia había sido víctima del conocido truco de asumir la personalidad de otro, para hablar por teléfono. Como el teléfono no transmite el aspecto físico del que habla, es fácil engañar al que escucha, si no se está muy atento.

»Por lo tanto, el hecho de que Lauretta Trent quería que el coche girara hacia la izquierda y remontara aquella carretera es prueba indudable que «ella» había telefoneado a Virginia Baxter.

»Ahora bien, ¿por qué le había telefoneado?

Drake se encogió de hombros.

Mason continuó:

—Pues, o bien deseaba dar a Virginia cierta información o bien esperaba recibirla de Virginia. La mayoría de las probabilidades indican que esperaba recibir alguna información de la muchacha.

»Pero alguien debió oír aquella conversación telefónica. No es de suponer que la línea telefónica tuviera una derivación. Por lo tanto, hay que aceptar que alguien oyó lo que hablaban en uno o en el otro extremo de la línea. Es decir, alguien escuchaba a Virginia Baxter, lo que no es probable o bien escuchaba lo que decía Lauretta Trent.

Drake asintió en silencio y Mason prosiguió:

—Ese oyente, sabiendo que Virginia Baxter iba en su coche hacia el motel de «Saint Rest», se fue también allí, aguardó a que Virginia aparcara su coche y entrara en la cabaña que había alquilado. Entonces tomó el coche de Virginia, bajó a la carretera de la costa y esperó a que llegara Lauretta Trent.

»Ese desconocido tenía que ser un conductor muy ducho. Golpeó la delantera del coche de Lauretta Trent con la fuerza suficiente

para desviarlo hacia afuera de la carretera, luego aceleró y con la parte posterior lo golpeó por segunda vez, consiguiendo que el coche de la señora Trent no pudiera controlarse.

—Luego este desconocido regresó al motel «Saint Rest» y lo aparcó de nuevo.

»Pero en el ínterin otros huéspedes habían venido y se habían marchado. Ahora el espacio donde había estado aparcado el coche de Virginia estaba ocupado, en consecuencia, tuvo que dejarlo en otro.

—¿Qué más? —preguntó Drake.

—Entonces —concluyó Mason— tomó su propio coche, arrancó y desapareció.

—Eso es evidente —convino Drake.

—¿Pero es necesario? —observó Mason lentamente—. Hay que tener presente que no podía fiarse por completo del elemento «tiempo». No podía contar con la posibilidad de que alguien marchase detrás y anotara la matrícula del coche de Virginia Baxter, en lugar de ver sólo las dos últimas cifras. Necesitaba una segunda cuerda para su arco.

—No lo entiendo —dijo Drake.

Mason aclaró su pensamiento:

—Necesitaba un lugar seguro donde esconderse en el caso de que no tuviera tiempo para regresar abajo, a la carretera general. ¿Cómo podía hacerlo?

—Pues... alquilando a su vez una cabaña en el motel de «Saint Rest» —dijo Drake.

—Eso es. Veo que has comprendido. Deseo que vayas al «Saint Rest», compruebes el registro de huéspedes, el de la matrícula de los automóviles y veas quiénes son sus respectivos dueños. Mira si puedes localizar a algunos cuya entrada fue registrada y luego se marchó sin dormir en la cama. Si se da el caso consigue la descripción del individuo.

Drake cerró su cuaderno de notas, diciendo:

—Pues es un encargo, pero veremos de llevarlo a cabo, sea como sea. Voy a dedicar a ello un grupo de mi gente.

—Un momento, que todavía no he terminado.

—¿Algo más? —preguntó Drake.

—Consideremos lo que sucedió después que el coche fue

despedido de la carretera, Paul.

—Es un paraje muy rocoso —aclaró Drake—. El chófer perdió el control del coche y éste cayó al agua... francamente, el lugar no podía ser más adecuado. Lo he examinado personalmente. La carretera forma una curva hacia la izquierda. Tan pronto se sale de ella, se salta a las rocas. Entre la carretera y el borde del acantilado apenas quedan tres o cuatro metros... luego se cae a plomo en el agua.

»Allí se puede decir que el acantilado es casi liso. Cuando construyeron la carretera tuvieron que ir formando, mediante voladuras, una especie de friso en la costa: esto es la actual carretera. Por un lado, se eleva quizá cincuenta metros por encima de la carretera, y por el otro, cae al mar como una piedra.

—Es de suponer que escogieron adrede ese lugar para despeñar el coche.

—Claro —dijo Drake con una mueca—. Celebro que lo comprendas porque es algo elemental, mi querido Holmes.

—Exacto, mi querido Watson —replicó en el mismo tono Mason—. Mas, dime, ¿qué fue de la señora Lauretta Trent? El chófer le gritó que saltara y es de presumir que intentó salir del coche; la portezuela posterior de la izquierda estaba abierta, no se encontró cuerpo alguno en el interior del vehículo y como última posibilidad habrá que admitir que fue despedida en la caída al mar.

—Bien, pero... ¿nos atañe a nosotros? —quiso saber Drake.

—Su bolso... su bolso, Paul, su bolso. Cuando una mujer salta de su coche, no atiende, no se preocupa de su bolso, excepto si contiene una gran cantidad de dinero o bien algo de inestimable valor para ella.

»Por eso me esforcé en averiguar de Eagan si la señora Trent llevaba o no algo de extremado valor. Si tenía en su bolso una importante cantidad o bien algo que estimara en mucho. Lo más probable, vista la confianza que tenía en su chófer es que se lo comunicara, para el caso de alguna emergencia.

»Pero la sorpresa de Eagan fue demasiado natural, no era fingida. En consecuencia tuve que forzar la declaración de que, si ella tenía algo de valor en el bolso, él no lo sabía.

»No obstante, hay que suponer que cuando la señora Trent vióse ante aquel peligro, ante aquella suprema emergencia, en aquel

momento crucial, o bien cogió el bolso que a su lado tenía o bien en la caída el bolso también saltó del coche, porque de lo contrario estaría dentro del vehículo.

»Mi reiterado interrogatorio acerca de los cincuenta mil dólares que se supone que estaban en el bolso, espoleará a la policía a hacer un desesperado esfuerzo para hallarlo empleando buzos o submarinistas y la luz artificial, y si el bolso ése está entre las rocas lo encontrarán, porque un cuerpo en el agua es ligero, flota y puede ser arrastrado por las corrientes, pero un objeto como el bolso probablemente quedará atrapado entre las rocas.

Drake dejó escapar un ligero silbido.

—Luego, claro, no hemos de olvidar la peculiar conducta de los herederos. Alguien estaba intentando que Virginia le proporcionara una copia falsa del testamento, que debía ser introducida en los antiguos archivos de testamentos de Bannock —dijo Mason.

—Francamente, eso es algo que no entiendo —replicó Drake, añadiendo—: Si poseen un testamento legal, verdadero, válido, ¿por qué uno de ellos quería falsificar una copia?

—Esto es lo que hemos de saber y aclarar... antes de las diez horas de mañana —recalcó Mason con expresión sombría.

—¿Por qué una segunda copia, también falsa?

—Es algo sabido en la falsificación de testamento. Si por cualquier causa el testamento falso número uno es desechado o no puede presentarse, se utiliza el número dos. Por lo general, unos herederos, si han de luchar contra dos obstáculos o reclamaciones, se sienten más inclinados a llegar a un compromiso.

—Quizás... pero francamente todo esto es demasiado complicado para mí. No sé si tenemos la adecuada respuesta para todo esto, ni siquiera si vamos por buen rumbo para obtenerla.

—Supongo que por rumbo quieres decir camino —observó Mason—. Y siendo así, ¿a qué camino te refieres?

—Al que conduce a demostrar la inocencia de Virginia Baxter.

Mason asintió con grave expresión al mismo tiempo que decía:

—Como su abogado defensor, Paul, no veo otro camino para demostrarlo.

Capítulo 19

De nuevo en su oficina Mason dijo mirando a Della:

—Le propongo que se quede hasta bien entrada la noche y a cambio le convido a cenar.

—Bien sabe que jamás me marchó antes que usted cuando tenemos un asunto entre manos —respondió Della con una sonrisa.

—Della, es usted un ángel. Ya sé que puedo confiar siempre en usted. Por favor, ponga una hoja en la máquina, quisiera que mecanografiara algunos extremos que voy a dictarle.

—¿Extremos o preguntas? —inquirió Della.

—Llámelos como quiera. Pero tengo la sensación de que estoy pasando por alto algo que perjudica a mi cliente, sencillamente porque no uso mi cerebro. Hay algo fundamental que se me escapa.

»Alguien cuya identidad ignoramos está llevando a cabo un bien preconcebido plan o quizá cabe incluso decir que ya lo ha llevado a cabo. Este plan, este proyecto, sin duda tiene pleno sentido para él porque sabe qué es lo que quiere; pero para el profano, para el que desconoce su propósito, la cosa carece de sentido. El examen de lo sucedido, produce el efecto de que sólo se ve una parte del conjunto. En consecuencia, lo mejor es examinar con todo detalle todo lo acontecido e intentar lograr respuestas lógicas.

»Comencemos por lo que podríamos llamar la pregunta número uno —continuó Mason— y ahí va. ¿Por qué alguien intentó colocar un contrabando de drogas en la maleta de Virginia Baxter?

Della Street mecanografió la pregunta.

Mason comenzó a pasearse por la estancia, siguiendo su costumbre cuando algo le preocupaba y continuó:

—Primera contestación y la más consecuente: es la de que ese desconocido quería a Virginia Baxter convicta de un delito.

»Pregunta número dos: ¿Por qué ese desconocido quería a

Virginia Baxter convicta de un delito? Porque sabía que era uno de los testigos que firmo en el testamento de Lauretta Trent. Intentaba hacer algo que demostrara que aquel testamento era falso y en consecuencia deseaba debilitar su posición, su crédito como testigo.

»Pregunta número tres: ¿Por qué alguien fue a ver a Virginia Baxter y pedirle que mecanografiara dos copias falsas del testamento? La evidente contestación es que quería introducir esas copias en algún lugar donde más tarde le fueran de utilidad.

»Siguiente pregunta: ¿Por qué podían serle útiles esas copias falsas? ¿Qué esperaba ganar con ellas?

Mason, que se había detenido en medio del despacho al dictar la última frase, reanudó su paseo y meneando la cabeza con gesto preocupado, exclamó:

—¡Pues... la respuesta no es tan sencilla!

»¡Porque también tenemos la pregunta siguiente!: ¿Por qué Lauretta Trent quería hablar con Virginia Baxter? La lógica respuesta es que ella sabía que los, digamos conspiradores, intentaban usar a Virginia Baxter para sus propios fines. Probablemente, ya conocía la existencia de las copias falsas o quizá sólo quería saber dónde habían ido a parar las copias de los testamentos que había cumplimentado Bannock.

»De nuevo nos hallamos ante un muro... desconcertante, pues... ¿Por qué tenía que preocuparse tanto Lauretta Trent por un testamento que se supone que ella dictó años atrás? Si quería variar ciertos legados o bien redactar uno nuevo, podía ir a un abogado cualquiera y una hora más tarde hubiese tenido un nuevo testamento debidamente redactado en su poder.

Mason todavía continuó en su ir y venir durante unos instantes hasta que de pronto, dirigiéndose a Della, dijo:

—¡Ésas son las preguntas!

—Me parece que usted ya se da casi todas las respuestas.

—Las contestaciones lógicas, pero... ¿Son las verdaderas? ¿Las acertadas?

—Para mí, en efecto, me parecen las lógicas también.

—Pero surge otra pregunta. ¿Por qué en el momento de mayor peligro Lauretta Trent echó mano de su bolso? O expresándola de otra forma: ¿Por qué no se halló el bolso de Lauretta Trent en el interior del coche cuando fue sacado del agua?

—Quizá se lo colgó del brazo —observó Della.

—Es poco probable... algo colgando del brazo... Además, supongamos que así fuera, cabe la posibilidad de que fuera despedida con vida desde el coche, cayera al agua, intentara nadar. Si usted intenta nadar, emplea sus brazos y cuando los emplea, un bolso colgando de ellos...

—Sí, claro... Pero por lo menos hemos redactado una lista de preguntas muy interesantes.

Mason tornó a pasearse por el despacho, las manos a la espalda, hasta que deteniéndose de nuevo, dirigiéndose a Della dijo:

—¿Sabe lo que me sucede? Pues aquello de que uno quiere recordar algo, pero por más que se esfuerza no recuerda cómo se llama. Entonces procura evocar algo parecido y a los pocos instantes brota en su mente la palabra deseada. Estoy seguro que sé, lo adivino, la solución a este enredo, pero algo se me escapa. Quisiera pensar durante algún tiempo en otra cosa que en estas preguntas.

—Vamos, pues, ¿en qué le gustaría pensar?

Mason esbozó una mueca, diciendo al mismo tiempo.

—¿Sabe qué? Vámonos a cenar. Escogeremos un lugar donde estemos tranquilos, podamos tomar una copa y luego disfrutar de una buena cena. ¿Qué le parece si nos fuéramos a uno de esos restaurantes en las colinas? Desde allí contemplaríamos las luces de la ciudad y estaríamos lejos de este ruido.

—Conforme —respondió Della al mismo tiempo que cubría la máquina con la funda y añadía—: ¿Nos llevamos estas preguntas?

—Sí, nos las llevamos, pero hasta después de cenar no hablaremos de ellas.

Capítulo 20

Della Street miraba de reojo a Perry Mason, que sentado frente a ella ahora sorbía lentamente el café, mirando distraído a las parejas que bailaban en la pista, mas sin ver a ninguna, como tampoco el mar de luces que en el fondo del valle se veía a través de la amplia ventana. Durante toda la cena se había mantenido en silencio. El solomillo lo había cortado, masticado y engullido mecánicamente y probablemente de haberle preguntado qué había bebido y comido, no habría sabido qué responder.

La mano de Della Street se deslizó por encima de la mesa y rozó la de él, al tiempo que le decía:

—Está preocupado, ¿verdad?

Él la miró sin verla, mas de pronto volvió a la realidad, una cálida sonrisa animó su rostro, y le contestó:

—Estaba pensando, eso es todo, Della.

—Pero preocupado.

—Pues bien... sí, preocupado.

—¿Por su cliente o por usted mismo?

—Por ambos.

—No debe desanimarse —dijo manteniendo su mano junto a la de él.

—Della, un abogado no es un médico. Un médico tiene cierto número de pacientes: algunos de ellos son jóvenes y con probabilidades de curación, otros son viejos y sufren dolencias ya para ellos incurables. Está en la naturaleza de la vida el que ésta transcurra en una corriente incesante que va desde el nacimiento a la muerte. Un médico, por más que lo quiera, jamás llegará a compenetrarse con sus pacientes, porque son demasiados, como para sufrir como ellos.

»Un abogado es algo distinto. Por lo general tiene pocos clientes.

La mayoría de sus digamos «indisposiciones» pueden curarse, si el abogado sabe exactamente lo que ha de hacer. Pero tanto si son curables como si no lo son, si un abogado conoce la conveniente combinación, siempre podrá guiarlos para salir de la situación en que se encuentren, o por lo menos intentarlo.

—¿Y qué hay de usted mismo?

—Me guió por mi barbilla. Por lo que atañe a Virginia sé desde luego, que alguien tomó su coche y que se vio complicada en un accidente. Tuve la sensación de que era una trampa y que alguien intentaba perjudicarla. Por lo tanto, si mi suposición fue acertada, lo que hice está plenamente justificado.

»Aunque cabe afirmar que estuvo justificado de todas formas, incluso si no supiera que se había cometido un crimen, pero sí sabía que se había intentado hacer responsable a Virginia de la comisión de un delito hacía poco tiempo, y en consecuencia, debía estar sobre aviso y protegerla. Claro que no sabía que se había cometido un asesinato y que para ello se había utilizado el coche, porque de haberlo sabido mi actuación sí que hubiera sido de índole delictiva. En resumen, todo lo más que se puede discutir es...

Calló el abogado, miró de nuevo distraídamente a las parejas que bailaban y otra vez su mirada se perdió en el vacío. Pero de pronto, poniendo su mano encima de la de Della, dijo:

—Gracias por su lealtad, Della. No sé expresado en palabras y comprendo que a veces la trato como si fuera el aire que respiro o bien el agua que bebo, pero esto no significa que aprecie en todo lo que vale lo que por mí hace.

Le abrió la mano y miró sus dedos.

—Tiene usted unas manos muy femeninas, son competentes, saben lo que hacen y cómo deben hacerlo, mas a pesar de todo son fuertes.

—Los años de mecanografiar son los que han desarrollado los músculos de mis dedos —dijo ella con risa argentina.

—Y los años de lealtad han fortalecido también su mente.

Ella le estrechó la mano, pero dándose cuenta que estaban llamando la atención, la retiró rápidamente.

De nuevo ambos guardaron silencio y Mason volvió a sumergirse en su abstracción, mas de pronto abrió desmesuradamente los ojos al mismo tiempo que daba un respingo.

—¿Se le ha ocurrido algo? —preguntó ella sorprendida.

—¡Claro...! —comenzó a decir Mason, pero al parecer cambió de idea y exclamó—: ¡Della, gracias por la inspiración!

Ella levantó las cejas con aire de interrogación.

—¿Le he sugerido algo? —preguntó Della.

—Sí, lo que ha dicho de «mecnografiar».

—Es como tocar el piano. Refuerza los dedos y las manos.

—Nuestra pregunta número dos, Della. ¿Por qué nuestro desconocido quería a Virginia convicta de un delito? La contestación que di fue errónea.

—Pues no se me ocurre otra cosa que la contestación lógica, que es la más natural. Parece que la única razón era que, condenada por aquel delito, su posterior testimonio era fácil de rebatir o rechazar a consecuencia de la condena... —opinó Della.

—Nada de eso... —la interrumpió Mason y añadió—: No deseaba que fuera condenada, lo que quería es que no estorbara.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quería entrar en su apartamento, conseguir hojas de papel de oficio con el nombre del abogado fallecido.

—Pero quien fuera sabía que se hallaba en un avión y...

—Probablemente, quien fuera, no lo supo a tiempo —la interrumpió Mason de nuevo—. Ella fue a San Francisco, pero sólo estuvo ausente una noche. Quien fuera, necesitaba poder agenciarse la máquina de escribir de Virginia y los papeles de oficio que tenía, y era absolutamente necesario que Virginia no regresara hasta que estuviera terminado todo lo que tenía que hacer.

—¿Y qué tenía que hacer?

Mason, con el rostro casi purpúreo de excitación, con la mirada en el vacío, continuó:

—¡Dios santo, Della! ¡Y que no lo haya comprendido antes! ¿Pero no se dio cuenta de que aquel testamento tenía algo de particular?

—¿Quiere decir en la forma en que repartía sus bienes?

—No. Me refiero a como estaba redactado. Recuerde que la cláusula residual estaba consignada en la primera página... Vamos, Della... dígame. ¿Cuántos testamentos ha mecnografiado en su vida?

—Nadie lo sabe, ni yo misma. Podría decir... montañas —agregó

ella con una ligera risa.

—Perfectamente —repuso Mason y hablando lentamente añadió —: ahora fíjese... En cada uno, en todos, el testamento ha sido redactado en forma tal que se mencionan los legados específicamente y luego al final, antes de terminar, el testador dice: «... todo el restante, residuo y sobrante de mis bienes, sea cual sea su naturaleza y donde se hallen, lo dono, mando y lego a...».

—Es verdad —dijo ella, pero sin acabarlo de comprender.

—Él o los desconocidos tenían un testamento. La última página de éste es auténtica, probablemente también es auténtica la segunda página pero la primera es una falsificación mecanografiada en la máquina que había estado en la oficina de Bannock, y sólo hace pocos días. Quien la falsificó hubo de tener una oportunidad para usarla.

—¿Pero quién la falsificó? —preguntó Della Street.

—Cuando se trata de la falsificación de tales documentos —respondió Mason— la persona o personas que la han llevado a cabo acostumbran a ser las que de ella se van a beneficiar.

—Los cuatro parientes existentes son beneficiarios —observó Della.

—Y el doctor, la enfermera y el chófer —recordó Mason.

El abogado guardó silencio de nuevo y luego continuó:

—Con ocasión del primer proceso de Virginia Baxter, hubo un detalle que me sorprendió.

—¿Cuál?

—El policía que testimonió no pudo o no quiso dar el nombre de la persona que había pasado el aviso, pero afirmó que dicha persona había demostrado que era de fiar por antiguas confidencias.

—Todavía no lo entiendo —arguyó Della.

—Quienquiera que falsificó el testamento tenía que conocer a un confidente de la policía, sobornarlo para que pasara aquella falsa información y arreglárselas para introducir las drogas en la maleta de Virginia.

Mason echó hacia atrás la silla en que se sentaba, se levantó de un salto y miró a su alrededor en busca del camarero.

Éste no aparecía y Mason, impaciente, depositó encima de la mesa un billete de veinte y otro de diez dólares, diciendo a Della Street:

—Esto saldará con creces la cuenta. Vámonos, que tenemos trabajo.

—Pero esto es demasiado —exclamó Della—. Recuerde que yo controlo sus gastos.

—No los anote éstos —exclamó Mason—. El tiempo es más valioso que todas estas anotaciones. Vámonos.

Capítulo 21

Paul Drake estaba sentado en su despacho encristalado, situado al final de un largo corredor que más parecía una conejera. Encima de su mesa tenía cuatro teléfonos. Una bandejita de cartón con restos de unos bocadillos de hamburguesa y una servilleta de papel, grasienta, fueron apartados a un lado.

Con una mano sostenía un recipiente de papel con café, con la otra mantenía un teléfono contra la oreja, mientras sorbía lentamente el brebaje y echaba una ojeada a Mason y Della Street, que en aquel momento entraban.

—Bien —dijo hacia el auricular—. Aguarde ahí y manténgase en contacto conmigo.

Colgó el auricular y contempló al abogado y a su secretaria con ojo crítico. Por fin exclamó:

—Muy bien, así me gusta. Ahí viene quien ha gustado ese suave y humeante filete a la mignon, crujientes patatas y cebollas francesas fritas, pan blanco y vinos escogidos. Yo he vuelto a tragar una hamburguesa grasienta y apestosa, y mi estómago comienza a...

—Olvídate de él —le interrumpió Mason—. ¿Qué has averiguado del motel?

—Poca cosa. Un individuo que contrató una cabaña, no durmió en ella. Seguramente es el que buscamos, pero el nombre y dirección que dio eran imaginarios; incorrecta la matrícula del coche...

—Pero era una «Oldsmobile». ¿Vale?

Drake levantó una ceja, algo sorprendido y continuó:

—Efectivamente. El coche fue anotado como una marca por otra, pero por lo que atañe a la matrícula... pues se equivocan a menudo en el orden de los «Oldsmobile». Por lo general nadie se

atreve a citar cifras...

—¿Sus características? —preguntó Mason.

—Nada de particular. Un tipo más bien algo rechoncho con...

—Ojos negros y bigote.

Drake levantó ambas cejas y preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Concuerta.

—Vamos, continúa —le animó Drake.

—Paul... ¿Cuántos contactos tienes? Quiero decir en los diversos departamentos de la policía.

—Pocos —respondió Drake cauteloso—. Yo les paso avisos, doy alguna propina y ellos me corresponden con ciertas tolerancias, alguna información de escaso interés. Nos llevamos bien, pero, desde luego, no me perdonarían nada. Me detendrían y me retirarían la licencia, sin contemplación alguna, si me pescaran haciendo algo que... diríamos fuera contra la ética. Sí, eso que tú acostumbras a hacer...

—No, hombre, no, no te alarmes. Todo lo que quiero saber es el nombre del confidente de la policía relacionado con el caso de las drogas y que responde a la descripción del individuo ése que tú has localizado en el motel «Saint Rest».

—Va a ser difícil.

—Creo que no. Cuando la policía solicita una orden de registro basándose en la información de un confidente o bien de una información recibida, han de aclarar de dónde procede ésta, si es que quieren aprovecharla. Por esta razón hay una continua renovación de confidentes. Cuando uno de éstos ya es conocido, ya no les sirve, porque los bajos fondos ya lo tienen señalado.

»En el presente caso tengo buenas razones para creer que nuestro amigo es un confidente, cuya identidad ha sido puesta al descubierto por algún abogado defensor que ha avisado a los traficantes de drogas, y por lo tanto es de creer que tiene ciertas dificultades para comer.

—Sí es así, probablemente podré localizado con la descripción que de él tenemos.

Mason indicó con un ademán aquella batería de teléfonos y dijo:

—Paul, no dejes el asunto de la mano. Vamos abajo, a nuestras oficinas. Esperamos.

—¿Hasta dónde puedo llegar? —todavía preguntó Drake.

Mason le apremió:

—Hasta que consigas resultados efectivos. Es algo de vida o muerte. Necesito esta información y la preciso lo más pronto posible. Pon en movimiento para ello una docena de tus hombres, si los tienes, llama a todas partes, explica que es un servicio a la ley y ofrece una recompensa si crees que ha de servir para algo.

—Perfectamente —dijo Drake, con un suspiro, soltando el recipiente de café, descolgando un teléfono con su mano izquierda, con la derecha abriendo un cajón y sacando un tubo de tabletas digestivas, añadiendo—: Te llamare tan pronto sepa algo, o mejor, iré personalmente a comunicártelo.

Mason le saludó con un movimiento de cabeza, mientras añadía:

—Vamos Della, lo esperaremos abajo.

Capítulo 22

Mason y Della Street aguardaban en la oficina la llamada de Paul Drake. Della tenía la cafetera eléctrica llena de café. Mason se paseaba de un lado a otro, los pulgares metidos en el cinturón y la cabeza ligeramente echada hacia adelante. Por fin, cansado del inútil caminar, se hundió en un sillón y con un ademán rogó que le diera una taza de café.

Della se la llevó al momento.

—¿Por qué da usted tanta importancia al bolso ese? ¿Es que ha recibido alguna información concerniente a él? —preguntó Della.

—Bien sabe usted que no —respondió Mason con voz cansada.

—Pero algo he oído acerca de cincuenta mil dólares que se hallaban en aquel bolso.

—En este caso, Della, hay cosas bastante raras. Una de ellas es ésta, el bolso. ¿Por qué no fue hallado en el interior del vehículo?

—Vamos —dijo ella—; cuando después de un violento choque, en una noche tormentosa, un automóvil cae al mar...

—El bolso debió estar en el suelo del coche. Si fue a parar a fuera, no pudo ir demasiado lejos. Recuerde que yo no dije que el bolso contuviera cincuenta mil dólares, sólo pregunté a Eagan si no sabía que contenía cincuenta mil dólares. Esperaba que así toda una falange de buscadores de tesoros se lanzarían tras el bolso ese...

Se oyeron los golpes de nudillos característicos de Drake, en la puerta de la oficina. Della se levantó rápidamente, pero Mason la ganó en velocidad y fue él quien abrió la puerta.

Drake, con evidentes muestras de fatiga en el rostro entró en el despacho, diciendo:

—Bien, Perry, creo que ya tenemos a ese hombre.

—¿Quién es?

—Un tipo llamado Hallinan Fisk. Durante bastante tiempo ha

sido confidente de la policía en uno de los suburbios, pero en cierta ocasión la policía debió de dar su nombre y Fisk hubo de testificar. Ahora ya está señalado. Incluso cree que su vida se halla en peligro. Intenta conseguir de la policía el dinero suficiente para marcharse del país.

—¿Crees que podremos conseguir algo de él? —preguntó Mason.

—Quizá sí, porque la policía no suelta una perra gorda. Este mundo es así, el uno se come al otro. Es una vida de perros. Pero la policía en esta ciudad, llena de pecado, con frecuencia paga a sus informadores dejando que se pudran en un rincón o bien que los liquiden.

»Durante bastante tiempo, Fisk ha estado dando a la policía información de toda clase, incluso de drogas. También hacía algún dinero como intermediario para un corredor de apuestas. La policía cerraba los ojos en compensación a sus informaciones, en particular por lo de las drogas. Pero ahora que ya se sabe con toda seguridad que ha sido y es un confidente, el corredor de apuestas tiembla cada vez que lo ve; aun cuando Fisk le ha asegurado al corredor ése que puede estar tranquilo, que la policía no lo molestará.

»El corredor tiene miedo que cualquier día le asalten el negocio e incluso teme por su vida. Ya ha recibido numerosas llamadas telefónicas advirtiéndole que se aparte de Fisk, y en ese negocio y mundo tal aviso hace que Fisk sea tan deseable como si tuviera la viruela.

—¿Tienes su dirección?

—Creo saber dónde encontrarlo —dijo Drake.

—Pues vamos allá.

Della se levantó, pero Drake la obligó a sentarse de nuevo diciéndole:

—Nada de eso, niña. Adonde vamos no es un lugar para damiselas.

—¡Uy! ¡Qué miedo! Sepa usted que soy una experta en pájaros, abejas, flores y bajos fondos.

—Es cosa seria, chica —insistió Drake.

Della Street miró a Perry con implorantes ojos. Mason dudó un momento, pero luego se decidió, diciendo:

—Bien, venga usted, pero tenga cuidado, no se aparte de nuestro lado... ¿Llevas protección, Drake?

Sin decir palabra Drake desabrochó su chaqueta y mostró la pistolera con el arma.

—Si la cosa se pone fea —advirtió— echaré mano de mis credenciales, pero si llegamos a las manos, habrá que sacar la artillería.

—Della, tenga presente que vamos a tratar con un asesino. Pero si quiere venir, venga.

Apagaron las luces de la oficina, cerraron la puerta y descendieron a la calle, donde entraron en el coche de Drake. Éste lo condujo hacia una de las avenidas que a aquella hora estaba rutilante de luces y de actividad nocturna.

De cuando en cuando lanzaba una mirada de preocupación a Della Street.

Por fin halló un lugar apropiado donde aparcar, cerca de la casa de habitaciones de alquiler adonde iban.

Della, cubierta por las anchas espaldas de Perry Mason y de Paul Drake caminó por una acera llena de gente y luego entró en un portal, hasta un mostrador sobre el que campeaba un rótulo con la palabra «Oficina» junto al pulsador de un timbre.

Más allá del mostrador se veía un gran tablero con ganchos y llaves.

—El número cinco —murmuró Drake—. La llave no está ahí. Vamos a ver si le echamos un vistazo.

—¿Cree usted que estará? —preguntó Della, y agregó—: Es la hora de mayor animación en la avenida.

—Le apuesto lo que quiera a que está arriba. Su mayor temor es tener que abandonar la habitación.

Subieron las escaleras y embocaron un corredor, oscuro, maloliente y siniestro. Drake se detuvo ante la puerta que mostraba el número cinco, e indicando al suelo, por donde se veía una raya de luz, dijo:

—¿Lo veis? Está dentro.

Los nudillos de Mason se hicieron mensajeros de una perentoria llamada. Durante unos instantes nada se oyó, pero luego una voz masculina, junto a la puerta, preguntó en tono cauteloso:

—¿Quién llama?

—Detective Drake —contestó Paul.

—No conozco a ningún «poli» por ese nombre —fue la

respuesta.

—Tengo algo que decirle —insistió Drake.

—Es lo que me temo —fue la contestación.

—¿Quiere que desde aquí le hable a grito pelado para que todo el mundo oiga el recado que le traigo?

—No, no, de ninguna manera.

—Bien, pues entonces ya me dirá qué hacemos.

—¿Quiénes son éstos?

—Viene una chica conmigo y un amigo.

—¿Quién es esa chica?

—Me llamo Della Street —afirmó Della.

—Pues, hermana, búsquese otra puerta.

Mason intervino diciendo:

—Bien, si lo prefiere así, usted mismo. La fiesta será a su cuenta. Usted deseaba desaparecer y el encargo que iba a darle le daba una posibilidad.

—El que debe desaparecer es usted —respondió aquella voz—. No abriré la puerta por cualquier imbécil que llame. Si quiere que abra, tráigame a alguien que yo conozca.

Mason, en voz baja, les dijo a sus acompañantes:

—Tú y Della, quedaos aquí. Si intenta salir, no lo permitas.

—¿Qué debo hacer?

—Sujetarlo, sea como sea. Mételo en su cuarto. Mantenlo aquí aunque sea amenazándolo con la pistola.

—¿Pero con qué motivo?

—Cualquiera. Pero no temas, no abrirá.

Mason caminó a lo largo de aquel corredor hasta una cabina telefónica que apestaba a colillas de tabaco barato. Marcó el número de la Jefatura de policía y cuando se estableció la comunicación, dijo:

—La brigada criminal, por favor.

Instantes después respondían:

—Aquí la brigada criminal, ¿qué sucede?

—Tengo que hablar con el teniente Tragg para un asunto de suma importancia. ¿Cuánto tiempo necesitarán para pasarle un recado? Soy el abogado Perry Mason.

Oyó como su interlocutor decía:

—Un momento, por favor.

Un segundo y medio más tarde, la seca voz del teniente Tragg llegaba hasta él:

—¿Qué tal, Perry, encontró otro cadáver?

—No sabe lo que me alegra oírle. Estoy en un compromiso.

—Desde luego no lo dudo —replicó sarcástico Tragg—. Me ha encontrado por casualidad, porque sólo he entrado unos instantes para ver si había alguna novedad. ¿Qué le sucede?

—Deseo que venga inmediatamente. Tengo algo importante.

—¿Un cuerpo? ¿Un cadáver?

—Nada de eso, pero... quizá más tarde.

—¿Dónde está usted?

Mason se lo dijo.

—Veo que no está lejos de aquí —observó animadamente Tragg.

—¿Viene? —preguntó Mason.

—Claro.

—Tráigame un agente —añadió Mason.

—Perfectamente. Con el primer coche que pesque iré hacia allí. Sólo tardaré unos segundos.

—Le aguardo junto al mostrador del portero que hay a la entrada. Es una casa de varias viviendas, pero sólo de dos pisos; detrás del mostrador hay un enorme cuadro con ganchos y llaves.

—Sí, ya recuerdo donde está. Bien, hasta ahora.

Mason quedó aguardando junto a la cabina telefónica.

De pronto entraron dos hombres, se fueron hasta el mostrador, miraron furtivamente a su alrededor, vieron a Mason y avanzaron hacia él. El abogado a su vez fue hacia ellos, uno o dos pasos. Aquellos dos individuos miraron su estatura, sus hombros, cambiaron una mirada entre sí, volvieron sobre sus pasos, bajaron de nuevo la escalera y rápidamente desaparecieron en la calle.

Unos segundos más tarde, Tragg, acompañado por un agente de uniforme, subía las escaleras, se detuvo un momento y miró a lo largo del corredor. Mason avanzó hacia ellos con un ademán de saludo.

Tragg se apoyó en el mostrador, mirando al abogado con ojos burlones.

—Bien, Perry, aquí estamos. ¿Qué sucede? A su disposición. ¿Dónde están las castañas que hay que sacar del fuego?

—Habitación cinco —respondió Mason.

—¿Y cómo son esas castañas?

—No lo sé. Pero una vez hayamos entrado y las hayamos sacudido, creo que tendremos la solución del caso de Laurretta Trent.

—¿Pero no cree usted que ya está solventado?

—Sabe tan bien como yo que no.

Tragg suspiró.

—Me hubiera ahorrado un paseo si fuera menos curioso y algo más escéptico. Pero qué le vamos a hacer. Hay que emprender gestiones que fortalezcan las razones de los abogados defensores en contra de las opiniones del fiscal del distrito. Y además, que la cosa salga en los periódicos, como un cuento romántico, ¿eh?

—¿Cuándo ha aparecido en los periódicos, siendo por mi mediación, que no se haya cubierto de gloria? —le preguntó Mason.

—Si he de ser sincero he de darle la razón a usted.

—Pues ya que ha llegado hasta aquí, lléguese hasta la habitación cinco.

Tragg suspiró de nuevo y dirigiéndose al agente le dijo:

—Bien, vamos a echar una mirada. Pero sólo una mirada.

Mason caminó ante ellos mostrándoles el camino hasta donde Paul Drake y Della los esperaban.

—Vaya, vaya —dijo Tragg—, ya veo que tenemos «quorum».

De nuevo Mason golpeó con los nudillos aquella puerta.

—Márchense —exclamó la voz al otro lado con claro malhumor.

Mason dijo en voz alta:

—Aquí está el teniente Tragg con un agente.

—¿Trae una orden?

—No necesitamos orden alguna —dijo Mason—. Nosotros...

—Bien, un momento, por favor —interrumpió Tragg, añadiendo —, que yo también sé hablar. Dígame... ¿de qué se trata?

—Ahí dentro está el individuo que se hospedó en el motel de «Saint Rest» con el nombre de Carlton Jasper. Es también el confidente que dio a la policía la falsa información acerca del asunto de las drogas que se hallaron en la maleta de Virginia Baxter. Ahora espera que la policía le recompense con una cantidad para poder marcharse de la ciudad.

»Ha sido, puede decirse, un confidente profesional de la brigada de narcóticos... Vamos, Fisk, ¿quiere que vaya contando toda la

historia aquí en el corredor a grito pelado?

Se oyó el correr de un cerrojo, luego como una cadena de seguridad era colocada. La puerta se abrió lo que aquélla permitía y unos ojos negros de mirada ansiosa se asomaron. Primero cayeron encima del uniforme del policía, luego miraron a Tragg.

—Déjeme ver sus credenciales —solicitó anhelante.

Tragg sacó de uno de sus bolsillos una cartera de piel, la abrió y la mantuvo en alto para que aquel individuo la viera.

—Mire arriba y abajo por el corredor. ¿Hay alguien?

—Ahora no —respondió Mason—. Pero hace un par de minutos vinieron dos matones. Venían hacia esta habitación, pero se volvieron cuando me vieron.

Manos temblorosas manejaron la cadena y la puerta se abrió.

—Entre —dijo Fisk.

El grupo entró en aquella habitación. Una cama plegable mostraba un mísero edredón; una delgada estera estaba tendida ante una cómoda barata de madera de pino, que sostenía un espejo cuya superficie reflejaba la imagen deformándola. Había además un viejo sillón y una silla.

—Bien... ¿De qué se trata? Y vosotros, chicos, habéis de protegerme.

Sin hacerle caso, Mason le preguntó:

—¿De quién fue la idea de mezclar a Virginia Baxter en aquello de los narcóticos? ¿Por qué fue usted al motel «Saint Rest» y tomó su coche?

—¿Y usted quién es? —preguntó Fisk.

—Soy su abogado.

—Vamos. Que yo no necesito boqueras.

—No soy ningún boqueras. Soy un abogado. Y aquí tiene una citación para mañana. Deberá presentarse ante el tribunal donde se ve la causa del Estado contra Virginia Baxter.

—A eso lo llamo yo fresca —exclamó irritado el teniente Tragg—. Hacerme venir para que usted pueda entregar una citación.

—Desde luego, esto es todo, amigo —convino Mason, y añadió —: Siempre que no use su cabeza, porque si lo hace, se va a cubrir de gloria.

—Usted no puede entregarme una citación —protestó Fisk—. Yo

sólo he abierto a requerimiento de la ley.

—¿Cómo es que sus huellas dactilares se hallan en el coche de Virginia? —preguntó Mason de pronto.

—Tonterías, usted no ha hallado ni una huella mía en él.

—Y además —continuó Mason pasando por alto su afirmación—, cuando los agentes fueron a casa de Virginia Baxter, creyendo en sus afirmaciones de que allí había drogas, usted se las compuso para que la puerta no quedara cerrada y luego entró de nuevo con la persona que mecanografió unas hojas en la máquina de Virginia Baxter.

—Palabras, palabras y más palabras —replicó Fisk—. Ya comienzo a estar cansado de todo esto. Óigame, abogado, he tratado con gente más lista que usted. Sois unos aficionados de poca categoría.

—Usted llevaba guantes mientras manejaba el coche de Virginia —continuó Mason—, pero no mientras estuvo en la cabaña del motel «Saint Rest» sus huellas dactilares están esparcidas por toda la estancia.

—Bien. ¿Y qué? ¿No podía hospedarme en el motel ese?

—Y se inscribió con nombre falso.

—Es cosa corriente.

—Y anotó una matrícula de coche falsa.

—La anoté según la recordaba.

De pronto Mason, mirándolo atentamente, exclamó de nuevo y con gesto de sorpresa:

—¡Claro! ¡Ahora se entiende! ¡Vaya semejanza! ¡Usted es un pariente de George Eagan!

Por un momento aquellos ojos negros miraron a Mason con fría y desafiadora mirada.

—Claro..., y esto es cosa que puede probarse —afirmó Mason, cada vez más seguro.

Fisk pareció que adelgazaba en el interior de su chaqueta.

—Bien, somos hermanastros. Yo soy la oveja negra de la familia, ¿qué pasa?

—Y anotó el número de matrícula con las cifras del coche de Eagan... claro, por si alguien intentaba identificarlo por el número de la matrícula.

—¿Tiene alguna prueba?

—No la necesito. Después de que haya declarado mañana en el estrado de testigos ante el tribunal y los periódicos hayan contado quién es usted y sus actividades como confidente de la policía, la gente del barrio ya se encargará de usted. Mejor que yo, no le quepa duda. Bien chicos, ¿vámonos?

Mason dio media vuelta y abrió la puerta de la habitación.

Por un momento Fisk pareció vacilar; luego, de pronto agarró la manga de la chaqueta de Mason, diciendo con tono plañidero:

—¡Aguarde! ¡Aguarde! ¡Un momento, un momento! Podemos entendernos.

Dirigiéndose a Tragg, exclamó:

—Os daré toda la información que queráis, pero debéis ayudarme a salir de la ciudad. Quitadme este boqueras de encima. Sacadme de la ciudad.

El teniente Tragg lo miró unos instantes y luego respondió:

—Vas a contarnos toda la historia, desde el principio hasta el fin, y luego veremos qué se puede hacer; pero no nos comprometemos a nada. Anda, venga, habla.

—Verán, he pasado muy malos ratos, con muchos quebraderos de cabeza. George tuvo que ayudarme para salir de ellos, más de una vez.

—¿Quién es ese George? —preguntó Tragg.

—George Eagan, el chófer de Lauretta Trent.

Mason y Tragg cambiaron una rápida mirada, y Tragg, dirigiéndose de nuevo a Fisk, le conminó:

—Bien... ¿Pero vas a contar la historia de una vez?

—Pues verán... aquella combinación que tenía con la policía se acabó, perdí todos los posibles medios de información y estaba hundido. Eso es, estaba hasta el cuello.

»Entonces fue cuando vino aquella mujer, a quien yo había ayudado cierta vez.

—¿Qué mujer?

—La enfermera, Anna Fritch. Hace algunos años me entrevisté con ella un par de veces, proporcionándole drogas.

—Vamos, continúa —urgió Tragg de nuevo.

—Estaba liada con un tal Kelvin. Kelvin se había propuesto agenciarse la mayor parte de la herencia de la Trent; él y su cuñado y sus esposas, desde luego; indujo a la enfermera a que apresurara

el final de la vieja.

»Le dieron arsénico en tres ocasiones... no, no se atrevían a matarla mediante el arsénico, pero verán... tenía la bomba, ¿eh?, sí, el corazón débil, y tuvieron la idea de que al vomitar en los espasmos de las náuseas... pues eso, que la bomba fallara.

»Pero mientras la vieja dama estaba hospitalizada con el último ataque, Kelvin halló el testamento. Estuvo a punto de morir del susto.

»Había que cambiar el testamento, modificarlo, ¿eh? Averiguaron en qué máquina de escribir se había hecho y quién la tenía. La enfermera esa, es una buena mecanógrafa. Había asegurado diversas veces que podría redactar un testamento falso y que nadie sería capaz de descubrirlo; pero necesitaba la máquina aquella y papel de oficio. Esto requería no sólo desacreditar a Virginia Baxter para que en su testimonio no fuera digna de crédito, sino que de ser posible debía quedarse en la «trena», digo, en la cárcel.

»También querían conseguir las copias mecanografiadas con papel carbón del archivo de Bannock del testamento verdadero, o bien crear tal confusión, que nadie pudiera establecer la verdad examinando aquel archivo; para esto fue examinado más tarde y por sugerencia mía.

»En resumen, lo primero era conseguir que esa chica, la Baxter, fuera puesta en chirona y luego condenada por un delito de drogas.

»Claro, hice lo que es de suponer. Convencí a uno para que me dejara ir hasta el avión, a coger mi equipaje en la pista, que era muy valioso. Llevaba conmigo el paquete. Una vez junto al avión dije que había perdido el talón, pero di las características de las valijas. Me dijeron que debía describir su contenido; en total, que se armó un buen batiburrillo y en la confusión pude introducir el paquete en la maleta.

»Creí que todo había terminado para mí.

»Pero eso es lo que pasa con estas cosas. Uno se lía con esa gente y los tiene siempre encima.

»Ahora tenía que coger el coche de la chica y aguardar a que pasara George, arrimarme a su coche y sacarlo de la carretera. No quería hacerlo me repugnaba. Pero George en los últimos tiempos me aborrecía y... vamos, uno tiene que vivir.

—Bien, no divagues; continúa, ¿qué hiciste? —preguntó Tragg secamente.

—Pues hice lo que me dijeron —respondió Fisk trémulo y lentamente—. Pues... hice eso... darle un buen empujón... no me di cuenta de que había perdido el control del coche... creía que sólo le había causado una avería... Bien, ya estoy mejor después de haberlo confesado todo.

—Para ese topetazo... ¿utilizó el coche de Virginia Baxter? —preguntó Mason.

—Eso es. Me dijeron que fuera a recogerlo al motel de «Saint Rest» y para que supiera cuál debía de coger me dieron el número de su matrícula. Apenas la chica habría entrado en la cabaña que había alquilado, quizá no se habría sentado todavía, que yo me había apeado de mi coche y ya había tomado el de ella. Luego, tan pronto hube cumplimentado el encargo, regresé, aparqué el suyo y cogí de nuevo el mío.

»Pero mientras tanto, el lugar donde ella lo había aparcado al llegar había sido ocupado por otro coche, y por eso tuve que dejarlo en otro sitio. Me dijeron que tuviera cuidado. Debía golpear con el coche de la chica la parte delantera del automóvil de Lauretta Trent, pero luego darle fuerte con la parte posterior. De esta forma desviaría el coche de Lauretta Trent y el de la chica no sufriría avería de tal gravedad que le impidiera continuar funcionando.

—Bien. ¿Cuánto percibiste por todo ello? —preguntó Mason.

—Nada o casi nada... promesas, palabras. Estaba totalmente copado. Me he enemistado con mis antiguas relaciones y he conseguido que en un momento dado me lleven a dar un paseo. Esa gente me prometió veinticinco veces cien, pero ella sólo me dio doscientos en la mano. No comprendo cómo ustedes me han hallado, pero por Dios, no me pongan en el estrado de testigos, y no dejen que en los periódicos publiquen esta historia; si lo hacen mi vida no valdrá ni un chasquido de dedos... ya me buscan... usted ha dicho que ahí fuera se ha topado con un par de matones, ¿no es eso?

Mason asintió en silencio.

Fisk juntó las manos en actitud de súplica, gimiendo:

—Teniente, arrésteme, por favor. Déme toda la protección que pueda. Le he dado la ocasión de dar un gran golpe y lucirse, pero

sólo usted puede protegerme de esos matones.

—¿Quién es el «mandamás» de éstos? —preguntó el teniente Tragg.

Fisk, temblando de miedo, exclamó:

—Le juro que no lo sé. Nunca lo he visto. Siempre he tratado con gente subalterna y los que hacen correr el género; pero si me pone en el escenario, o... por lo que más quiera, métame en una celda donde esté solo. Procure que pueda huir y le contaré todo lo que sé.

Tragg volvióse hacia Mason, diciéndole:

—Bien, amigo, parece que usted tenía razón. Su tostada tiene mantequilla por ambos lados y podrá comer a dos carrillos.

Capítulo 23

Al filo de medianoche, Perry Mason, Della Street y Paul Drake se apeaban del coche de este último ante la puerta del edificio de sus respectivas oficinas.

El recepcionista que estaba de guardia en el vestíbulo de entrada, le dijo a Perry Mason:

—Ha venido un par de veces una señora, preguntando por usted, señor Mason. Me ha dicho que era muy importante el que usted la recibiera. Le he contestado que usted había salido, que no sabía cuándo regresaría. Ha replicado que esperaría cuanto fuera necesario.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Supongo que por ahí, dando vueltas. Hace unos cinco minutos que ha vuelto a preguntar por usted y ha repetido una vez más que volvería.

—¿Qué aspecto tiene?

—Pues... aire de aristócrata. Unos sesenta años. Cabellos grises. Buena ropa. Voz... más bien baja, nada de estridencias, pero con acento de absoluta seguridad, así como de autoridad...

—Gracias. Estaré en mi despacho. Cuando llegue Virginia Baxter envíemela arriba... y éste será un día completo.

—¡Y qué día! —exclamó Paul Drake.

—¡Virginia Baxter! —exclamó el recepcionista, y preguntó seguidamente—: ¿La que estaba acusada de un asesinato?

—Va a ser dejada en libertad —aclaró Mason—. El teniente Tragg va a traerla en un coche de policía.

—Pero usted lo sabe todo —exclamó de nuevo el recepcionista, con admiración—. ¿Así ha conseguido su libertad?

—Lo «hemos» conseguido —comentó Mason con una sonrisa, y dirigiéndose a sus compañeros, dijo—: Bien, vayamos arriba.

El ascensor los dejó en el piso de las oficinas de Mason, y al salir al corredor Drake comentó:

—Bien, voy a echar un vistazo a mi despacho, Perry. ¿Qué piensas hacer con la enfermera esa?

—¿Yo...? Nada. Nuestro amigo el teniente Tragg ya ha tomado la iniciativa. Ya leerás en los periódicos el brillante razonamiento deductivo del teniente Tragg. No dudes que Tragg dio a Perry Mason la oportunidad de acompañarle cuando él fue a coger lo que podríamos llamar la llave maestra del caso del asesinato de la señora Trent.

—Sí ya me supongo que se apropiará de toda la aureola.

—No por parte de Tragg, creo que es demasiado honrado; pero el departamento así lo exige y, ¿qué le vamos a hacer? Así lo imponen las reglas del juego.

Mason y Della Street entraron en su oficina. Él sacó la llave de su despacho particular, encendió las luces, bostezó ostensiblemente y se fue hacia la cafetera eléctrica.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en llegar? —preguntó Della Street.

—Creo que dentro de un cuarto de hora estará aquí. Tragg desea tenerla fuera de la cárcel, ahora es lo mejor. Me la confiará en custodia, para que la mantenga lo que podríamos decir fuera de circulación. No desea nada que interfiera el gran relato que va a entregar a la Prensa. Quiere...

Le interrumpieron unos tímidos golpes dados en la puerta. Mason fue hasta ella y la abrió.

Una mujer alta de cabellos grises, casi blancos, preguntó:

—¿El señor Mason, por favor?

—Soy yo.

—No podía esperar más —dijo la mujer—. Tenía que verlo.

Miró a Della Street con ojos inquisitivos.

—Mi secretaria, la señorita Della Street —explicó Mason, y tras una casi imperceptible duda, añadió—: y creo que no me equivoco, Della: tengo el honor de presentarle a la señora Lauretta Trent.

—Así es —convino aquella mujer, y añadió—: Ya no podía permitir... que las cosas continuaran así y que aquella pobre muchacha fuera condenada. Tenía yo que verle y pedirle que me proteja hasta que se ponga en claro quién es el que quiere

asesinarme.

—Siéntese, señora, por favor —la invitó Mason.

—Fui muy ingenua, señor Mason. Lo fui hasta que el doctor Alton pidió a la enfermera que le enviara retazos de mis uñas y un mechón de mis cabellos. Cierta vez leí algo acerca de los síntomas de envenenamiento. Comprendí lo que aquello significaba y decidí desaparecer sin dilación alguna.

»Luego, cuando aquel coche se precipitó sobre nosotros y George me gritó: «Salte»... pues salté. Sólo me hice una erosión ligera. Afortunadamente, unos instantes antes, ¿fue una intuición?, comprendí que aquel coche iba hacia nosotros y cuando el chófer me gritó, ya tenía la puerta abierta.

»No llevaba cincuenta mil dólares en efectivo conmigo, en mi bolso, como usted afirmó ante el tribunal, pero sí lo suficiente para vivir uno días.

»Vi que George estaba herido. Subí de nuevo a la carretera y casi inmediatamente se detuvo un coche que me llevó hasta el café que hay un poco más allá. Desde allí llamé a la policía y les informé del accidente. Dijeron que venían inmediatamente.

»Entonces decidí que lo mejor que podía hacer era desaparecer por algún tiempo y ver cómo se desarrollaban las cosas, quería saber qué es lo que se escondía detrás de todo aquello.

—¿Y lo averiguó? —preguntó Mason.

—Cuando fue leído aquel testamento ante el tribunal... jamás me he llevado mayor sorpresa...

—Supongo que era falso... —aventuró Mason.

—¡Completamente! Una o dos páginas son genuinas, pero el resto es una falsificación. Lo que decía en el preámbulo de mi testamento era que habiendo llegado a la convicción de que mis parientes eran unos egoístas, que sólo aguardaban a que muriera para poder vivir de la herencia, sin inteligencia ni voluntad para salir y tratar de ganarse la vida, legaba a mis dos hermanas una manda a cada una tan exigua que obligara a sus respectivos esposos a trabajar.

»Tenía el testamento en lo que creía que era un lugar seguro. Se hicieron con él, soltaron las grapas que sujetaban las diversas hojas, sustituyendo las que no les convenían por las falsificadas y decidieron desembarazarse de mí.

—Al parecer está usted predispuesta a un ataque al corazón — aclaró Mason—. Creo que no fueron sus parientes, quiero decir sus hermanas, las que quisieron apresurar la muerte de usted, pero sí la enfermera, que además es una buena mecanógrafa, que lo aceptó todo de Kelvin, incluso la redacción del testamento falso, probablemente conviniendo un tanto por ciento y basándose en la posibilidad de ejercer una posterior e ilimitada extorsión.

»Por lo que atañe a Virginia Baxter, trataron de ponerla en tal situación que si hubiera llegado a enterarse de la muerte de usted y recordara el texto del testamento, su declaración como testimonio no mereciera tomarse en consideración, incluso que consideraran que era falsa.

»Crea que estoy muy satisfecho de que todo se haya aclarado. Ya cuando no encontraron su bolso en el coche, me supuse, casi tuve la certeza de que usted vivía. Pero a Virginia Baxter le ha hecho pasar una mala temporada, si bien todo tiene cura. Ahora la aguardamos.

Lauretta Trent abrió su bolso al tiempo que decía:

—Afortunadamente he pensado en traer mi talonario de cheques. ¿Cree usted que veinticinco mil para usted serán suficientes, señor Mason? ¿Compensarán sus honorarios y gastos suplidos? ¿Y otro de cincuenta mil compensará las molestias que haya sufrido la señorita Virginia Baxter por mi causa?

—Creo que debe usted extender los cheques, señora Trent. La señorita Virginia Baxter va a llegar de un momento a otro y podrá darle personalmente la respuesta.

Notas

[1] Traducido por el editor de la presente edición para llenar una omisión en el dialogo. El texto original es: “Well,” Tragg said, hesitating, “there were certain corroborating circumstances.” < <